El Joven de Carácter

Tihamér Tóth

El Joven de Carácter



New York—2013

Manufactured in the United States of America

IVE Press
113 East 117th Street
New York, NY 10035

Ph. (646) 470–9590
Fax (855) 483–2665

orders@ivepress.org
http:// www.ivepress.org

ISBN 1-933871-68-7
ISBN 13 978-1-933871-68-4

Library of Congress Control Number: 2011939919

Printed in the United States of America ∞

CONTENIDOS

PRÓLOGO GENERAL A LAS OBRAS DE MONS. TIHAMÉR TÓTH

Cuando jóvenes leíamos abundantemente los libros de Mons. Tóth (en húngaro se pone primero el apellido y luego el nombre: Tóth Tihamér) que nos hacían mucho bien, pienso que, de manera especial, por proponernos grandes ideales, como nos enseñara años después alguien que continuó las huellas de Mons. Tóth en Argentina, el General médico, Dr. Jorge Olivera: «Ideal es aquello por lo que vivimos, y por lo que somos capaces de morir».

Mons. Tihamér Tóth nació en Szolnok (Hungría) el 14 de enero de 1889 y murió en Budapest el 5 de mayo de 1939 a los 50 años de edad. Lo ordenaron sacerdote el 27 de junio de 1911 y lo consagraron Obispo Auxiliar y Coadjutor de Veszprém en marzo de 1939.

Para conocer su persona no hay nada mejor que leer sus muchos e interesantes libros. En un breve escrito titulado «Mons. Tóth y su obra» (1943[1]) ha trazado su perfil, el que fuera el gran traductor al español de sus libros, Mons. Antonio Sancho Nebot, Canónigo Magistral de Mallorca, gracias al cual, la obra de Mons. Tóth ha hecho tanto bien en España y en Hispanoamérica.

Fue un gran pedagogo de Cristo, apóstol de los jóvenes, gran predicador de púlpito y de radio, escritor proficuo, insigne confesor, sacerdote católico cabal, patriota ejemplar.

---

[1] Puede bajarse de http://www.libroos.es/libros-de-religion/cristianismo/56080-sancho-nebot-antonio-monsenor-toth-y-su-obra-pdf.html.

Conocí en Argentina a un discípulo de Mons. Tóth, el Doctor Imre Bálint, quien escapó de un campo de concentración, donde conoció a su esposa, y al venir a Argentina comenzó a dar charlas por todo el país. Fue ordenado diácono permanente para la diócesis de Morón (que en esa época abarcaba hasta Francisco Álvarez, incluyendo Merlo y Moreno), y enviado a Moreno Sur, a la capilla Nuestra Señora de la Piedad. Escribió más de 10 libros, en húngaro, portugués y español, con más de 20 ediciones en total. Uno, «Aventuras y confesiones de un diácono» (Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1991), tuvo la amabilidad de dedicármelo a mí. Me contó decenas de anécdotas de Mons. Tóth. Tenía una Combi con altoparlantes en el techo con la que iba, sobre todo los domingos, a los parques y plazas a predicar el Evangelio de Jesucristo.

Debo decir también, que el Dr. Jorge Olivera, feligrés de San José de Flores, que vivía en la calle Boyacá, ilustre miembro de la Acción Católica Argentina, quién dio más de 2.000 conferencias sobre matrimonio y familia, noviazgo, amistad, apostolado, etc., gran conocedor de Mons. Tóth, era un gran conferencista que llenaba los salones de gente que aplaudía a rabiar. Iba acompañado por su mujer a dar las conferencias, luego que ella hubiese educado a sus hijos. Tenía muy buena voz, incluso usaba la pipa, y al alternar con la voz femenina de su mujer, entre los dos hacían muy entretenida la exposición. Me tocó una vez dar una conferencia con ellos en el Aula Magna del Colegio La Salle de Buenos Aires, calle Ayacucho 665, y aproveché la ocasión para agradecerles a ellos el valiente y fecundo apostolado y dije que para nosotros él era el «Tihamér Tóth de la Argentina».

Recuerdo también que siendo seminarista fui a comprar libros a la Librería de la A.C.A., en el 1er piso de la calle Rodríguez Peña y Paraguay, atendida por una benemérita mujer de la Acción Católica, muy buena, de nombre Raquel, y le pregunté si tenía algún libro de Mons. Tóth, a lo que me respondió: «No. Está superado».
–«Bueno –respondí– llevo alguno de los que lo han superado».

–«No tenemos ninguno», finalizó.

Años después la Editorial Difusión publicó dos ediciones de libros de Mons. Tóth con un total de 10.000 ejemplares; ¡en dos años ya estaban agotadas esas ediciones!

Hace pocos años visitando la Parroquia de la Piedad, Bartolomé Mitre y Paraná, su gran párroco el Padre Salvador Culotta, muy amigo de la Flia. Costantini, me donó toda la colección que tenía de Tihamér Tóth, que ahora comenzamos a publicar.

Por último, la predicación más grande de Mons. Tóth a mi modo de ver, está en el Cementerio Monumental de Budapest dónde está enterrado bajo una gran cruz de unos 5 m de alto, que tiene como pie una construcción que parece un altar, en cuyo frente hay en grandes letras de molde 4 palabras: «CREDO IN VITAM ETERNAM» (=Creo en la vida eterna).

P. CARLOS MIGUEL BUELA, IVE.

PRÓLOGO AL LIBRO «EL JOVEN DE CARÁCTER»

Este famoso libro de Mons. Tihamér Tóth al referirse al «joven de carácter», me parece que lo hace basándose en la 9ª acepción de la palabra «carácter»[2]: «Fuerza y elevación de ánimo natural de alguien, firmeza, energía. *Un hombre de carácter*».

Eso es lo que pretende lograr el autor con este libro: ¡Jóvenes fuertes, de elevado ánimo, con firmeza y energía!, es decir, totalmente opuestos a lo que algunos parecieran proponernos en estos tiempos: Jóvenes endebles, de ánimo apocado, como veletas al viento, sin eficacia ni poder para actuar.

Lo decía con palabras bien fuertes el gran poeta francés Paul Claudel: «*La juventud no ha nacido para el placer, sino para el heroísmo*». Quien ha vivido bien su juventud, lo sabe por experiencia. Solo hay dos opciones: «*Sapos o Águilas*». O según otros: «*Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados*». Incluso, un decir muy de gauchos: «*Unos nacen con montura, otros nacen con espuelas*».

Querido Joven: esta es la alternativa que se te presenta a esta edad. No hay escapatoria. Serás una cosa o caerás en la otra.

Cristo te llama al heroísmo, a volar alto como las águilas, a ser capitán de tu propia estrella, a vivir con espuelas.

¡Qué elijas bien!

P. CARLOS MIGUEL BUELA, IVE.

---

[2] **D**ICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 22ª Ed.

AL JOVEN LECTOR

Hijo mío: Junto a mi escritorio muchas veces hay estudiantes sentados a mi lado.

Al inaugurarse el curso empiezan las visitas de los muchachos. Los nuevos llaman a mi puerta con recelo; los de antiguo conocidos, con alegría más confiada.

Se sientan junto a mi mesa y, en la desnudez de mi cuarto silencioso, me abren el reino, lleno de riquezas, de un alma joven, guardado antes por mil cerrojos.

Al exponerme sus pequeñas penas, que para ellos parecen terriblemente aplastantes; al escuchar yo las quejas de sus innumerables y pequeños dolores, que para ellos resultan en extremo serios; al colocar en la palma de mi mano su alma joven con sus tempestades, con sus profundos problemas; y al decirme después ellos, con ansiosa sed en sus ojos abiertos: dadme un consejo, ¿qué he de hacer?, entonces en estos momentos inspirados, he aprendido yo, que el alma de cada joven es una mina de diamantes, inagotable; una promesa, en que late un desarrollo inconmensurable. Ayudarles en su formación resulta para los hombres ya maduros, no sólo un deber santo, sino hasta un honor excelso.

Quienes no tratan la juventud, no sospechan siquiera cuántas dudas, cuántos tormentos, cuántos tropiezos –quizá hasta la caída definitiva– puede llevar consigo el hervor de vuestras almas, y cuánto necesita vuestra frágil navecilla sentir, en las tempestades que levanta la primavera de la vida, la dirección de una mano vigorosa que empuñe el timón.

Y cuando en estas ocasiones he querido infundiros fuerza para la lucha, apaciguar vuestra alma alborotada, daros consejo en la duda, y tenderos una mano fuerte para ayudaros a salir del doloroso trance, me ha parecido que no sólo estaba sentado ante mi uno de mis estudiantes, sino que buscaban mi alma los ojos de miles y miles de jóvenes, de todas aquellos que están luchando con idénticos problemas serios, pero no tienen, quizá, a nadie a quien pedir respuesta, consuelo, consejo y dirección, y de esta suerte han de librar solos los duros combates de sus años de juventud.

Así nacieron estos libros. Así es como me vino su idea.

Sé muy bien que la letra impresa, la letra muerta, mengua mucho la eficacia de la palabra hablada; pero no será, quizá, completamente inútil componer algunos libros para tu uso, reuniendo los pensamientos que suelo tratar con mis estudiantes.

No sé cómo te llamas. No sé qué colegio frecuentas: instituto, escuela de comercio, escuela normal, escuela de artes y oficios..., o quizá ya la Universidad. Tan sólo sé una cosa: que eres estudiante, que en tu alma llevas el porvenir de tu nación, y que tienes problemas serios; y resolver tus dudas es la obligación más santa que nos incumbe a nosotros.

Porque no hay en la vida deber más sublime que dar a beber de la fuente eterna de la verdad a las almas sedientas. No existe mérito mayor ante la Humanidad, ni hay nada más grato a Dios como librar de la perdición una sola alma joven, que es la mayor esperanza de la patria y el «templo vivo» de Dios.

Todas las líneas de este libro fuéronme dictadas por el amor que profeso a tu alma y por la convicción de que es un deber imperioso llenar a un alma joven de nobles ideales. Este amor merece que tú también medites con seriedad lo que lees en estos libros; y si hay algo que no comprendas, si necesitas acaso ulteriores explicaciones, si tienes algunas observaciones que hacer, y principalmente si mis pensamientos te han ayudado a marchar por la senda del bien, escríbeme. Porque el mayor galardón de mis fatigas será el que, mediante estas líneas, haya podido encaminar a un solo joven y prestado fuerzas a una sola alma, para que permanezca, durante su desarrollo, en el sendero recto. Te saluda, aun sin conocerle, y es tuyo.

El Autor.

CAPÍTULO PRIMERO

¿CUÁL ES EL JOVEN DE CARÁCTER?

1. Régulo en Cartago

Cartago envió una embajada a Roma para pedir la paz. Confióse la legación al romano Régulo, que estaba preso, y se le exigió el juramento de volver a la cautividad si la misión no alcanzaba éxito. Puedes imaginarte la emoción de su alma al ver de nuevo su amada Roma. Y habría podido quedarse allí, en su patria, definitivamente, caso de conseguir la paz.

¿Sabes qué hizo?

Fue él precisamente quién abogó con más ardor por la continuación de la guerra; y cuando el Senado le alentaba a quedarse, dando por motivo que el juramento arrancado a viva fuerza no obliga, contestó: «¿Tan empeñados estáis en que me degrade? Bien sé que me esperan torturas y muerte al volver. Pero ¡qué cosa más de poca importancia es todo esto en comparación con la vergüenza de una acción infame, con las heridas de un alma culpable! Quiero conservar en su pureza el carácter romano, aun siendo prisionero de los cartagineses. He jurado volver. Cumpliré mi deber. Lo demás, dejadlo en manos de los dioses». Volvió a Cartago, y los cartagineses, en medio de grandes tormentos, le dieron la muerte.

¡Este era el carácter romano!

Pues, ¿cuál tendrá que ser el carácter cristiano?

No se puede pedir que todos los hombres sean ricos; ni que todos sean, sabios; tampoco que todos sean célebres; pero sí de todos podemos exigir que tengan carácter.

A pocos les es dado conquistar pueblos. Son pocos los que ciñen en sus sienes corona real. Pero tomar posesión del reino del alma, lleno de riquezas, y colocar sobre nuestra frente la corona del carácter varonil, es un deber santo, sublime, que todo hombre debe cumplir. Todo hombre, sin excepción. Muchos no lo cumplen. Pero tú, hijo mío, lo cumplirás, ¿verdad?

Mas el carácter no es un «premio gordo», que se pueda sacar sin méritos.

El carácter no es un apellido de alta alcurnia que se hereda sin trabajo.

El carácter es el resultado de la lucha ardua, de la autoeducación, de la abnegación, de la batalla espiritual sostenida con virilidad. Y esta batalla ha de librarla cada uno por sí solo, hasta que venza.

Magnífico resultado de la lucha será tu carácter. Lo que significa esta palabra quizá no lo comprendas por completo en este momento. Pero llegará el día en que se descubra ante el divino acatamiento la obra–cumbre de tu vida y se muestre, en su sublimidad sin par, tu alma en que tanto has trabajado; entonces se te escapará el grito de entusiasmo, como a Hadyn cuando oyó su obra intitulada Creación: «¡Dios mío!, y ¿soy yo el autor de esta obra?».

Homines sunt voluntates, dice con frase lapidaria y admirable San Agustín: «El precio del hombre es su voluntad».

De día en día crece el número de convencidos de que la escuela actual dedica excesivos cuidados al entendimiento de los jóvenes y olvida demasiado la formación del carácter, de la fuerza de voluntad del joven. De ahí la triste realidad de que, en la sociedad de los hombres formados, abunden también más cabezas instruidas que temples de acero, de que haya más ciencia que carácter. Y, sin embargo, el basamento del Estado, su piedra funda-

mental, no es la ciencia, sino la moral intacta; no la riqueza, sino el honor; no la vileza, sino el carácter.

Este libro quiere formar «jóvenes de carácter». Jóvenes que piensen de esta manera: «Una responsabilidad inmensa pesa sobre mí: un deber serio tiene mi vida. En mi alma están depositados los gérmenes del porvenir; he de caldearla con el escrupuloso cumplimiento del deber y con una vida ideal, he de cuidarla, he de procurar que se abra en una flor maravillosa para que dignamente pueda despedir su fragancia durante toda la eternidad ante el trono de Dios eterno».

Este libro quiere forjar «jóvenes de carácter» en un tiempo en que –al parecer– todo está revuelto y el mundo camina cabeza abajo en vez de ir sobre los pies.

Hoy la enorme y casi única enfermedad de la humanidad, semillero de todos los pecados, es la consunción aterradora de la voluntad; hoy, el no tener carácter pasa, en el sentir de muchos, como virtud de prudente adaptación a las circunstancias, y la negación de los propios principios es bautizada con el nombre de política real, y el perseguir el interés individual se llama interés por el bien común; hoy, cuando el hombre, que con sentimentalismo exagerado se ofende a cada paso, alardea de dignidad personal, y la envidia se viste con la careta de amor a la verdad; hoy se evitan los trabajos pesados, so pretexto de imposibilidad, y sólo se persigue la comodidad y los goces.

Pues, hoy, este libro quiere educar jóvenes cuyo carácter sea íntegro, cuyos principios de vida sean firmes y justos, cuya voluntad no se arredre ante las dificultades: jóvenes que sean caballeros fascinados por el cumplimiento del deber; jóvenes cuya alma y cuyo cuerpo sean fuertes como el acero, rectos como la verdad, luminosos como un rayo de sol y nítidos como el riachuelo de los montes.

Quiere estudiantes de carácter en un tiempo en que pululan los estudiantes de alma quebrada, sin trabas; estudiantes que no sien-

ten interés por ningún problema espiritual; cuya única preocupación es cómo hacer una jugada al profesor, cómo evitar un día al estudio, saber quién es la nueva «estrella» de la pantalla y dónde se dan los más agradables bailes. ¡Cuán grande es su número! ¡Y qué pocos los jóvenes de carácter!

Pues bien; este libro quiere demostrar que, a pesar de todo, son estos pocos los que tienen razón. Los otros parecen tan alegres, ¡tan despreocupados! Estos han de surcar con duro trabajo el camino del carácter, y este libro quiere alentarte a que te alistes, a pesar de todo, en la fila de estos últimos, porque sólo así llegarás a una vida digna del hombre.

Es la voluntad la que hace al hombre grande o pequeño digo yo también con Schiller: *Den Menschen macht sein Wille, groß und klein*[3].

Y sostengo con el Barón de Eötvös, el gran pensador húngaro: «El valor real del hombre no depende de la fuerza de su entendimiento, sino de su voluntad. Quien esté desprovisto de ella no hará sino debilitarse con las grandes dotes intelectuales; y no hay criatura más desgraciada, y algunas veces más infame, en el mundo que una gran inteligencia a la que no corresponde el carácter».

En la primavera, el campesino sale a mirar su campo y queda absorto en la contemplación de los surcos silenciosos. Como si preguntara: «¡Tierra mía! ¿Qué me darás hogaño?». Pero la tierra le devuelve la pregunta: «Antes dime tú, ¿qué me darás tú a mí?».

Así está también el joven ante la puerta misteriosa de la vida que le espera: «¡Vida! ¿Qué me darás? ¿Qué es lo que me espera?».

Pero la vida le devuelve la pregunta, como la tierra al campesino: «Depende de lo que tú me des. Recibirás tanto cuanto trabajes, y recogerás las mieses de lo que hayas sembrado».

El joven de carácter quiere dar a conocer los medios de esta labor autoeducativa. Cuidado, hijo mío, no te engañes. El libro tan

---

[3] *La muerte de Wallenstein.*

sólo descubre los enemigos que acechan, sólo llama la atención sobre los peligros, sólo muestra los medios, pero no ocupa tu puesto en la lucha. La lucha, si quieres llegar a ser «joven de carácter», has de librarla tú mismo.

Verás por propia experiencia que el camino del carácter no es tan llano. Al andarlo, sentirás muchas veces qué voluntad más robusta se requiere para guerrear de continuo contra nuestras faltas, pequeñas y grandes, y para no hacer las paces nunca con ellas.

Pero sea como fuere... ¡Yo quiero, quiero!

¿Qué quiero?

Quiero hacerme dueño de mis sentidos y de mis sentimientos.

Quiero poner orden en mis pensamientos.

Quiero pensar antes y sólo hablar después.

Quiero tomar consejo antes de obrar.

Quiero aprender del pasado, pensar en el porvenir, y para esto hacer fructificar el presente.

Quiero trabajar con alma y vida, padecer sin palabra de queja, vivir siempre sin claudicaciones, y un día –con la esperanza de la bienaventuranza eterna– morir con tranquilidad.

¿Hay programa de vida más sublime? ¿Hay otro fin por cuya realización valga más vivir?

Ojalá que este libro ayude a muchos jóvenes en la tarea elevada: en la formación del carácter.

2. ¿Cuál es el joven de carácter?

¿Qué es el carácter? ¿Qué pensamos cuando decimos de alguien es un joven de carácter?

Con la palabra carácter entendemos la adaptación de la voluntad del hombre a una dirección justa; y joven de carácter es aquel que tiene principios nobles y permanece firme en ellos, aun cuando esta perseverancia fiel le exija sacrificios.

En cambio, es de carácter inestable, de poca garantía, débil, o –en último grado– es hombre sin carácter quien contra la voz de la propia conciencia cambia sus principios según las circunstancias, según la sociedad, según los amigos, etc., y hace traición a sus ideales desde el momento en que por ellos tenga que sufrir lo más mínimo.

Con esto ya puedes ver en qué consiste la educación del carácter. En primer lugar, hay que adquirir ideales, principios; después, tenemos que acostumbrarnos, con un ejercicio continuo, a obrar según nuestros nobles ideales en cualquier circunstancia de la vida. La vida moral del hombre sin principios está toda ella expuesta a continuas sacudidas y es como la caña azotada por la tempestad. Hoy obra de un modo, mañana se deja llevar por otro parecer.

Antes de todo, pues, pongamos principios firmes en nuestro interior; después, adquiramos fuerza para seguir siempre lo que hemos juzgado justo y recto.

El primer deber que te incumbe es formar principios rectos en tu alma. ¿Cuál es, por ejemplo, el principio recto en el estudio? «He de estudiar con diligencia constante, porque he de pulir las dotes que me fueron dadas según la voluntad de Dios». ¿Cuál es el principio justo respecto a mis compañeros? «Lo que deseo que me hagan a mí he de hacerlo yo también a los otros». Y así sucesivamente. En todo has de tener principios justos.

El segundo deber –ya más débil– es seguir los principios justos; es decir, educarte para una vida de carácter.

El carácter no se da gratis, sino que hemos de alcanzarlo por una lucha tenaz de años y decenas de años. El aire del ambiente, cualidades heredadas, buenas o malas, pueden ejercer influencia sobre tu carácter; pero, en resumidas cuentas, el carácter será obra personal tuya, el resultado de tu trabajo autoeducativo. El hombre recibe dos clases de educación: una se la dan sus padres y la escuela; la otra –y ésta es la más importante– el propio trabajo autoeducativo.

¿Sabes qué es educación? Inclinar la voluntad del hombre de suerte que en cualquier circunstancia se decida a seguir sin titubeos y con alegría el bien.

¿Sabes qué es el carácter? Un modo de obrar siempre consecuente, cuyos móviles son principios firmes: constancia de la voluntad en el servicio del ideal reconocido como verdadero; perseverancia incontrastable del alma en plasmar el noble concepto de la vida.

Así verás que, en la educación del carácter, lo que resulta difícil no es tanto el formular rectos principios para la vida, que esto se consigue con relativa facilidad, cuanto el persistir en ellos a través de todos los obstáculos. «Es uno de mis principios y me mantengo en él, cueste lo que costare». Y como esta firmeza

exige tantos sacrificios, por eso hay tan pocos hombres de carácter entre nosotros.

«Guardar siempre fidelidad a nuestros principios», «perseverar siempre en la verdad», etc., ¿quién no se entusiasmaría con tales pensamientos? ¡Si no costase tanto trocar estos pensamientos en obras! ¡Si no se esfumasen con tanta facilidad los planes bajo la influencia contraria de la sociedad, de los amigos, de la moda y de mi propio «yo», amado, cómodo!

Escribió Reinick: «No seas veleta, no empieces a cada momento algo nuevo; fíjate el objetivo y persíguelo hasta el fin».

En esto te servirá de ayuda la recta autoeducación.

3. Edúcate

Esculpir en tu alma la imagen sublime que Dios concibió al formarte es la noble labor a que damos el nombre de autoeducación. Este trabajo tiene que hacerlo cada uno por sí mismo, y ningún otro puede cumplirlo en su lugar. Los otros podrán darte consejos, podrán indicarte el camino recto; pero, en definitiva, tú has de ser quien sientas el deseo de formar en ti la noble imagen que Dios ha escondido en tu alma.

Has de ser tú quien desees ser noble, fuerte, limpio de alma. Has de conocer cómo es tu alma, cuáles son las hierbas malas en ella, qué es lo que le falta. Has de poner mano en la educación de tu alma, sabiendo que el éxito ha de obtenerse a costa de muchos esfuerzos, abnegaciones y victorias alcanzadas sobre ti mismo. Has de negarte a menudo cosas deleitosas; has de hacer muchas veces lo que no te apetece, y sellar tus labios y erguir tu frente cuando notes que alguna de tus buenas intenciones, una y otra vez, se ve frustrada.

Tu carácter, el curso de toda tu vida, depende de estos trabajos pequeños. «Siembra un pensamiento y segarás el deseo; siembra un deseo y recogerás la acción; siembra la acción y recogerás la costumbre; siembra la costumbre y recogerás el carácter; siembra el carácter y tendrás por mies tu propia suerte». De pequeños pensamientos y acciones va entretejiéndose la suerte de tu vida.

«En todas las horas de tu vida vuelve tu mirada con respeto y amor hacia la virtud; no pierdas jamás la ocasión de hacer una obra buena, y si esta obra estuviere en pugna algunas veces con tu provecho y deseo momentáneos, acostumbra tu voluntad a vencerlos… Así alcanzarás un carácter con que puedas un día hacer algo grande, trabajar para tu época y para el porvenir, y lograr que tu nombre se pronuncie entre tus compañeros envuelto en respeto y amor» (Kölosey).

Pero el hombre ha de educar su voluntad para que se compenetre con la voluntad de Dios. Altísima escuela de carácter, la más sublime que pueda haber, es la que nos hace exclamar con sentimiento sincero: Señor, «no se haga mi voluntad, sino la luya»[4]. Hemos logrado la más valiosa autoeducación si tras nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos formulamos la pregunta: «Señor, ¿ha sido de veras tu voluntad lo que he hecho, lo que he dicho? ¿También lo querías Tú de esta manera?».

Y esta educación del carácter has de empezarla, hijo mío, ya, ahora. En la edad madura sería tarde. El carácter no se forma en el vaivén de la vida. Al contrario, quien llega sin carácter firme al ajetreo del mundo, pierde hasta lo poco que haya podido tener.

---

[4] Lc 22, 42.

4. Un corazón de bronce

Ahora ya sabes de quien decimos: es un joven de carácter. Lo decimos de aquel que tiene principios, ideales nobles y sabe ejecutarlos y permanecer firme en ellos. Permanecer firme aun cuando nadie en el mundo confiese estos nobles ideales; aun cuando todos los que le rodean sean cobardes y sin carácter. Permanecer firme a pesar de millares y millares de ejemplos adversos y malos. ¡Permanecer firmes en nuestros principios, sean cuales fueren las circunstancias! Sólo Dios sabe cuan terriblemente difícil es a veces.

Cuando muchachos sin entrañas, cual jauría suelta, torturan largo rato a un compañero de menor capacidad, y éste como ciervo asustado ante los perros de caza en vano mira a su rededor buscando ayuda…, desviar entonces con suavidad el interés de los compañeros crueles, esto es amor, valentía, fidelidad de principios: Un corazón de bronce.

Cuando en un grupo de jóvenes imberbes se salpican con burlas y hiel las más santas verdades religiosas y con «argumentos» sacados de libros baratos –hojarasca de literatura–, entre rudas carcajadas, se refutan, las enseñanzas de la clase de religión..., levantar entonces la palabra sin espíritu de ofender, pero con valentía incontrastable, con ciencia imponente, descubriendo los errores y falsos argumentos, y defender la doctrina que ha servido de blanco a la mofa, es algo que requiere carácter fuerte, heroísmo.

Cuando la risa despreocupada de tus compañeros se oye debajo de tu ventana y te atrae el patio de recreo apartándote de la ingrata lección de álgebra, permanecer en estas ocasiones, con vigorosa decisión, fieles al deber, es propio de todo un carácter: Un corazón de bronce.

En las sangrientas persecuciones de los primeros siglos cristianos apresaron a un campesino sencillo y le pusieron ante una estatua de Júpiter… «Echa incienso en el fuego y sacrifica a nuestro dios». «¡No lo hago!», contesta con calma Barlaam. Empiezan a torturarlo. En vano. Entonces extienden, a viva fuerza su brazo para que la mano esté justamente encima de las llamas, y le ponen incienso en la palma. «¡Deja caer el incienso y serás libre!». «¡No lo hago!», repite Barlaam. Y allí está en pie, inconmovible, con el brazo extendido... La llama del fuego va subiendo, ya está lamiendo la palma de la mano, ya empieza a humear el incienso...; pero el hombre sigue impertérrito. El fuego consumió su mano, y así se quemó el incienso, pero el corazón del mártir Barlaam no fue perjuro a su Dios: Un corazón de bronce.

Hijo mío, ¡cuán pocos son, por desgracia, en nuestros días, los que tienen este carácter de mártir! El carácter al cual rindió ya pleitesía el poeta pagano al escribir:

Justum, ac tenacem propositi virum...
Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae.

Al hombre justo y firme en sus propósitos..., aunque el mundo resquebrajado caiga, lo encontrarán impávido las ruinas.

¡Aquel soldado de Pompeya, que estaba de centinela cuando la erupción del Vesubio! La lava hirviente redujo a cenizas todo cuanto había en torno suyo; todo se desplomaba, todo se deshacía, todo se tambaleaba en derredor de él, ¡mas no se movió ni un solo paso del lugar que le señalara el deber!

Pues bien, hijo mío, este temple, esta fidelidad de principios, esta frente levantada, esto es lo que llamamos carácter.

Pero, ¡ay!, si ahora fijo la mirada en los muchachos, ¡qué tipos más distintos veré! Pero ¡cuán distintos! Veo estudiantes perfumados, que se exhiben como damiselas en los paseos. Estudiantes que no saben salir del «cine». Estudiantes que nunca dejan las tertulias. Estudiantes con monóculo y cigarrillo. Estudiantes que saben de memoria las noticias de los diarios de deportes. Estudiantes que devoran páginas y más páginas de literatura barata. Estudiantes holgazanes. Y una inmensidad de estudiantes que todo saben menos estudiar.

5. Palabras de Epicteto

Los buenos pensadores del paganismo ya descubrieron la gran verdad de que un hombre puede ser sabio, célebre o artista insigne, un *sportman* de fama mundial o dueño de inconmensurables riquezas; pero si no tiene carácter, nada vale. Lee los siguientes pensamientos de un esclavo pagano en las obras de Epicteto:

«No te preocupes de satisfacer las necesidades de tu estómago, si no las de tu alma» (*Gnomologium Epicteti*, 20)[5].

«Antes morir que vivir con mala moralidad» (*Fragm.*, 32, 422).

«La suerte ata al cuerpo; la maldad ata a las almas. Quien es libre según el cuerpo, pero tiene atada su alma, es esclavo; quien está exento de mal en el alma, es hombre libre, aunque tenga el cuerpo encadenado» (*Gnom.*, 32, 470).

«Es de más provecho para el Estado si en moradas pequeñas viven almas grandes, que si en palacios viven hombres de un alma esclava» (*Gnom.*, 60, 470).

«Tu alma es la radiación de la divinidad; eres su hijo; por tanto, tenla en gran estima. ¿No sabes que estás nutriendo a Dios y lo llevas en tu persona?» (II, 8, 12, 125).

«Nuestro fin es obedecer a los dioses para que de esta suerte nos hagamos semejantes a Dios» (I, 13).

---

5 Ed. SCHENKL–TEUBNER. Léipzig 1898-1899.

«El alma es como una ciudad sitiada; detrás de sus muros resistentes vigilan los defensores. Si los cimientos son fuertes, la fortaleza no tendrá que capitular» (IV, 4, 25).

«Si quieres ser bueno, antes has de creer que eres malo» (*Gnom.*, 13, 468).

«Abstente del mal y no condesciendas jamás con tus malas inclinaciones» (*Fragm.*, 10, 411).

«El alma pura que tiene principios rectos será sublime e incontrastables también en sus acciones» (IIV, 11, 8, 389).

«En todas tus obras, grandes o pequeñas, mira a Dios» (II, 19,31, 174).

«Enseña a los hombres que la felicidad no está donde ellos, en su ceguera y miseria, la buscan. La felicidad no está en la fuerza, porque Myro y Ofelio no eran felices; no está en el poder porque los cónsules no tenían dicha; ni en el conjunto de estas cosas, porque Nerón, Sardanápalo y Agamenón hubieron de gemir, llorar, mesar sus cabellos, y fueron esclavos de las circunstancias, los prisioneros del parecer. La felicidad está en ti, en la libertad verdadera, en la ausencia o supresión de todo miedo innoble, en el absoluto dominio de ti mismo, en la posesión de la satisfacción y la paz…».

Ved ahí ¡qué elevados pensamientos en labios de un esclavo gentil!

6. La fuerza de un gran objetivo

Ha de fijarse cada joven algún ideal grande para su vida, y ha de parecerle indigno quedar en las filas de los hombres triviales. Fíjate tú también algún ideal elevado, y después no te apartes nunca de él y aplica todas tus fuerzas a realizarlo. No digo que no dentro de algunos meses, ni siquiera dentro de algunos años, alcances realmente tu ideal. Hasta podría darse el caso de que nunca lo alcanzaras. Pero no importa. Con la reconcentración de nuestros pensamientos y de nuestros planes, sin duda nos acercamos al fin, que primero nos parecía levantarse en una altura inabordable. Quien se propone con todas sus energías conseguir un objetivo elevado, descubrirá en sí, día tras día, nuevas fuerzas, cuya existencia ni siquiera sospechaba.

Cuánto puede soportar el cuerpo humano, nos lo han demostrado las privaciones increíbles de las trincheras; así también si te lanzas con todas tus fuerzas a conseguir un ideal prefijado, sólo entonces podrás ver de cuánto es capaz el alma humana con una voluntad firme.

Así podrías fijarte, por ejemplo, como fin librarte del defecto mayor que hayas descubierto en ti, cueste lo que costare. O también: antaño tenías en el diploma del final de curso cuatro «notables» y un «aprobado»; el año que viene proponte tener «sobre-

saliente» en todo, por mucho trabajo que pudiera costarte. O también: resuelve aprender inglés, y a esto dedicarás media hora cada día; pero sin exceptuar ninguno. Y así sucesivamente.

Pero además de estos fines inmediatos me gustaría que te fijaras un objetivo más lejano. Los libros de texto ingleses están llenos de frases como éstas: «Donde millones de hombres se amedrentaron, allí empieza tú a trabajar». «En las cumbres aún hay mucho lugar para los obreros esforzados». «Los mejores puestos del mundo aún están por conquistarse». «Se buscan todavía la inteligencia y el carácter; en la bolsa de la vida aún hay gran demanda de ellos», etc.

Yo quisiera que todo joven se metiera en la cabeza que puede y debe llegar a ser un hombre grande, sabio, instruido, de carácter firme, mejor que muchos otros innumerables. No digo que llegue a serlo en realidad. Pero si sus anhelos y pensamientos se lanzan siempre como el águila a un fin elevado, seguramente lo alcanzará con más facilidad que si, a modo de golondrina, no hace sino rozar de continuo la tierra.

«Pero así todos los muchachos serán altaneros y presuntuosos», me dirás tú. No lo temo. Al contrario, es seguro que quien siente su alma caldeada por tan nobles ideales vencerá con más facilidad los pensamientos rastreros; hay jóvenes que llegan a degradarse moralmente porque no supieron, fijar a su vida un elevado anhelo, un ideal sublime.

Acepto sin reservas la divisa que uno de los hombres más ricos, pero al mismo tiempo de los más laboriosos de América, Carnegie, propone a los jóvenes: *My place is at the top*, «Mi puesto está en la cumbre». Pero no intentes llegar a la cumbre por vía de protección, merced a la influencia de la familia, sino con el trabajo duro, con el escrupuloso cumplimiento del deber.

Naturalmente hay quien no aprende y no se abre camino, porque es «humilde», «resignado», «modesto». ¡Poco a poco amigo! La cobardía no es virtud y la pereza no es humildad. La ver-

dadera humildad hace decir al hombre: «Nada soy, nada puedo por mi propia fuerza», pero añadiendo a renglón seguido: «Sin embargo, no hay en el mundo cosa que no pueda yo hacer, si Dios me ayuda».

Repite con frecuencia la frase preciosa, la súplica exquisitamente arrulladora de un santo: *Deus meus, Deus meus! Nihil sum, sed tuus sum.* «¡Dios mío, Dios mío! Nada soy; pero lo que soy es completamente tuyo». Rézala muchas veces y verás qué fuerza espiritual tan viva brota de tan sencilla oración.

7. El vigor

No hay cosa que tanto admiren los jóvenes como el vigor decidido en el obrar. Y con razón. Que no en vano es éste uno de los rasgos más hermosos de la voluntad varonil. Pero, ¿a qué damos el nombre de vigor?

Desde luego, no a los ensueños. Hay muchachos capaces de llevar a cabo mil hazañas estupendas... de pensamiento. Refieren a sus compañeros empresas atrevidas, todo lo que hicieron durante la noche... soñando, de suerte que suelen poner a sus amigos carne de gallina. Esto no es vigor. Resolver problemas difíciles de Matemáticas, traducir al castellano con estilo castizo las frases kilométricas de Livio, luchar contra los propios defectos; en una palabra: obrar y no soñar, esto es vigor.

De la misma manera no es vigor la precipitación desatinada, defecto común en los jóvenes. Saltar en medio del peligro diciendo entre sí: «Ya me ayudará Dios»; resolver sin pensar antes todos los problemas, despreciar y aun buscar con osadía las ocasiones que conducen al pecado –la compañía, el libro, el «cine»... – , todo esto no es vigor.

Emprenderlo todo para dejarlo mañana, no es vigor. Ahora empiezas a estudiar francés, pero dentro de una semana te descorazonas por las dificultades, y echas en un rincón la gramática francesa. En compensación haces colección de sellos, pero sólo por tres días, porque ya entonces no te interesa, y los cambias por

otra cosa. Te entregas a los deportes. Durante dos semanas te entrenas sin compasión, desde la mañana hasta la noche, te ejercitas en todos los juegos imaginables. Al llegar a la tercera semana ya estás cansado. Nada de esto es vigor.

El dicho alemán lo expresa con exactitud: *Erst wägen, dann wagen*. Antes pesarlo, después lanzarse. Es decir, pesar bien la cuestión, el deber. Considerar las circunstancias. Pero cuando ves que has de hacerlo, o vale la pena de que lo hagas, entonces no has de retroceder, por más abnegación, perseverancia, sacrificio que te costare; he de hacerlo, es deber mío; por tanto, lo hago; esto ya es vigor, ya es el verdadero carácter de hombre.

8. La libertad

No hay palabra que hechice tanto la mente de la juventud como la palabra «libertad». ¡Crecer libremente! ¡Desarrollarse libremente! ¡Vivir libremente! Libremente, como el pájaro. Un deseo instintivo impele a la juventud hacia la libertad. Y si es instintivo luego lo dio el Creador; y si lo dio Él, entonces habrá fijado blancos elevados a este instinto.

Estos deseos de libertad no pueden tener por fin armar el mayor alboroto durante los descansos y burlar los reglamentos de disciplina. Este fin no puede ser otro que dar arrestos al joven para que pueda luchar contra todo lo que impida su desarrollo ideal.

El deseo de libertad de tu corazón tiene como fin asegurar tu desarrollo de espíritu. Así, pues, no has de luchar contra toda regla y contra todo lazo, esto sería libertinaje, desenfreno, sino sólo contra las pasiones, inclinaciones, obstáculos, que se oponen al libré desenvolvimiento de tu carácter.

No es justo luchar contra lo que favorece tu desarrollo, por muy difícil que sea; a semejanza de la vid, que no puede desprenderse del rodrigón[6] que la sostiene y hace que puedan los sarmientos subir más alto.

---

[6] Rodrigón: Caña para mantener derecha una planta. *(N. del Ed.).*

Todo instinto abandonado a sí propio es ciego. Es ciego también el instinto de la libertad, y si desprecia la dirección de la mente severa, precipita al hombre en la perdición, en la ruina. Por esto vemos un día y otro día la triste realidad de que muchos jóvenes se pierden por una libertad mal entendida. Los instintos, emancipados del control de la inteligencia, los arrastran ciegamente hacia cosas que sólo son buenas en apariencia, pero que, en verdad, son nocivas, y los hacen retroceder ante otras que, bien que parezcan difíciles, serían necesarias para el armónico desarrollo espiritual. Escribía un estudiante a su amigo: «Desde que mi padre me permitió fumar, lo he dejado; ya no me apetece». Ved ahí el deseo de libertad desviado, que considera intervención abusiva todo mando y prohibición.

A tu edad, el *non plus ultra* del anhelo de todo joven es verse libre, independiente. Pues esto mismo quieren tus educadores, tus padres. Trata de comprenderlo y cooperar con ellos.

Son, por desgracia, muchísimos los que proceden de muy distinta manera. Porque ya quieren ser independientes cuando todavía deben educarse para ello. Entienden por independencia el desorden, el emanciparse de toda ley, y no aquella independencia interior, fecunda semilla de ayuda, libertad, dominio contra el desaliento, el capricho, la pereza y los otros retoños de la vida del instinto.

¿Cómo, pues, podrás trabajar prudentemente por tu independencia espiritual? Viendo en las órdenes de tus padres, en las reglas de la escuela, en el deber cotidiano, no grilletes para tu libre albedrío ni mandatos caprichosos que sólo a regañadientes han de cumplirse mientras lo ven otros y pueden vigilarlo, sino todo lo contrario, medios que te sirven para vencer tu comodidad, tu mal humor, tus caprichos, tu superficialidad, tu inconstancia. Quien mira bajo este aspecto cuanto se le manda y por esto cumple las prescripciones, este tal trabaja de veras por la libertad de su alma. *Deo servire regnare est*, dice un proverbio latino. «Servir a Dios es reinar».

El ideal de la educación católica es el joven que se desarrolla armónicamente en su cuerpo y en su alma. El cuerpo, para nosotros, santo es como el alma, ya que confesamos que lo recibimos del Creador para que nos ayude a conseguir nuestro fin eterno; confesamos que el cuerpo humano fue santificado por el mismo Hijo de Dios cuando asumió carne mortal, y creemos que un día también el cuerpo participará de la vida eterna.

El cristianismo no ve, pues, algo «diabólico», algo «pecaminoso» en el cuerpo. No tiene por fin destruir el cuerpo ni debilitarlo. Lo que intenta es hacer del cuerpo un trabajador puesto al servicio de los fines eternos. Los mandatos de la religión, aunque te obliguen severamente, no son obstáculos a tu libertad; más bien son garantías y medios auxiliares para el vuelo de tu alma. Atamos al rodrigón también la cepa de la vid, pero no para contrariarla en su libertad, sino para dirigir y asegurar su recto crecimiento.

No vamos nosotros a pedir menos que pedía el noble pensar de un romano. Mira qué objetivos propone Juvenal en los versos que siguen:

Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano;
fortem posce animum, mortis terrore carentem,
qui spatium vitae extremum inter munera ponat
nalurae, qui ferre queat quoscumque labores,
nesciat irasci, cupiat nihil, et potiores
Herculis aerumnas credat saevosque labores
et venere et coenis et plumis Sardanapali[7].

«Has de pedir alma sana en cuerpo sano.

Pide ánimo fuerte, que no tema la muerte, que ponga entre los dones de la Naturaleza el último momento de la vida, que pueda sobrellevar cualesquiera trabajos.

---

[7] JUVENAL, *Satyr., X.*

No sepa airarse, nada desee y tenga los trabajos y duras calamidades de Hércules en más que los placeres y cenas y plumas de Sardanápalo».

En resumen: cuerpo sano, alma fuerte y capaz de soportar las fatigas pesadas, autodisciplina, nada de pretensiones, moderación.

Pero sólo las almas grandes son capaces de esto.

9. Jóvenes magnánimos

Al pronunciar la palabra «magnánimo» no habéis de pensar en los héroes de alguna célebre hazaña, cuyos nombres resuenan en el mundo entero y se ven estampados en los diarios. La mayoría de los hombres no tendrán ocasión ni una vez en su vida de realizar una sola gesta heroica. Por lo mismo, aunque los muchachos muestren ardoroso entusiasmo contando todo lo que harían en una expedición al Polo Sur, cómo morirían de muy buena gana por su religión, cómo quisieran ofrecer su vida entre salvajes por Jesucristo o con qué denuedo estarían dispuestos a derramar su sangre en cualquier momento por el bien de la Patria..., por muy hermoso que tal entusiasmo sea, mientras no pase de ser un vago sueño, os diré que será de muy poco valor en la vida cotidiana. Porque es muy probable que los muchachos nunca tengan ocasión de hacer tamaños sacrificios.

Hay que aplicar, pues, esta fuerza interior del entusiasmo fogoso al velamen[8] de los pequeños deberes de la vida cotidiana, y entonces podremos libar en él enormes energías. Quien desea ir en tranvía, inútil es que lleve billetes de cien pesetas; si no tiene calderilla[9], el conductor le hará bajar, porque el tranvía no es un

---

[8] Velamen: Conjunto de velas(en una embarcación). Es decir, cada uno debe esforzarse por cumplir con entusiasmo las distintas obligaciones que conlleva su deber de estado. *(N. del Ed.).*

[9] Calderilla: Monedas de poco valor. «Cambio chico» para pagar módicos importes. *(N. del Ed.).*

Banco de Cambio. De la misma manera hemos de cambiar los grandes ideales del entusiasmo, del martirio y del amor a la Patria en calderilla, para poder cumplir con constancia los mandamientos de Nuestra Religión y los deberes anejos al amor de la Patria, ¡todos, hasta los más pequeños!

Hoy día es improbable la muerte de martirio por tu Fe, y quizá tampoco hayas de morir heroicamente por tu Patria. Pero tu Religión y tu Patria te piden, esto sí, una vida saturada de continuos heroísmos. Y esto es lo más difícil. El ejemplo de muchos desgraciados que ponen fin a su existencia muestra muy a las claras que muchas veces es preciso más valor para la vida que para la muerte.

Durante la guerra, nuestros soldados fueron vacunados contra el cólera. ¿Sabes qué vi en el hospital militar en que prestaba mis servicios durante la guerra? Mozos fuertes, de gran musculatura, que no cedían bajo la lluvia más pertinaz de los proyectiles, pero ante la pequeña aguja de vacunar empezaban a temblar. Ahí verás que, con gran entusiasmo heroico, nada lograrás en la vida diaria.

Hay hombres en quienes la valentía es más bien ligereza y fatuidad que virtud. Quizá no teman la misma muerte, pero temen horriblemente los sufrimientos que les esperan en la vida, y este miedo los hace perjuros pecadores.

Temblando mira el público en el circo los saltos verdaderamente mortales de los acróbatas; pero, ¿crees acaso que el que juega con tanta ligereza con su vida podrá vencer, por ejemplo, la mentira si, a trueque de ella, puede librarse de cualquier cosa insignificante? Se necesita mucha menos valentía para bañarse a mediados de enero entre los trozos de hielo que flotan en un río caudaloso que para perseverar firme en los puros principios morales en medio de una sociedad que de la vida no tiene sino un concepto ligero. ¡Es valentía decir siempre la verdad! ¡Es valentía ser honrado! ¡Es valentía perseverar inconmovibles en nuestros principios!, y esto es lo que hace el joven de carácter.

10. «Pero, ¡qué egoísta eres!»

No puede negarse que no es ningún cumplido hablar así a un compañero. ¿Qué es el egoísmo? Un amor a sí mismo desordenado, desquiciado. El amor justo a sí mismo es mandamiento de Dios y al par un instinto puesto en nosotros. Es el principio del que brota la sustentación del individuo y que nos instiga a evitar todo lo que pueda dañarnos. Pero el egoísmo es la caricatura del justo amor a sí mismo. El muchacho egoísta se cree ser el centro del Universo, que todo el mundo está hecho para él y que todos los hombres tienen por único destino en esta tierra el servirle para su mayor comodidad. Juzga hasta los grandes acontecimientos mundiales según la ventaja que para él representan.

Cuanto más pequeño es el niño, tanto más vive bajo el poder de los sentidos, y es por esto mismo más egoísta. Mira, sino, a un niño de tres o cuatro años. ¡Cuántas exigencias tiene! Todo lo ansía para sí; todo lo acumula en su cuarto para que a los otros nada les llegue. A un pequeñuelo se lo perdonamos, aunque preciso es acostumbrarle también al desprendimiento y tampoco puede sorprender que un estudiante de la clase de primer curso mande a su madre, mediado ya septiembre, cartas en que diga, por ejemplo: «En la escuela ya tengo tres buenos amigos: Jorge Gon-

zález, en latín; Manolo Ponte, en matemáticas; José Vidal, en castellano; son mis mejores amigos...»

Pero, cuanto más se desarrolla tu entendimiento, tanto más has de comprender –aunque no te hubieran educado para ello en casa– que el mundo no está hecho tan sólo para ti; que no eres el personaje más importante de la tierra; que millones y millones de hombres hay en tu derredor con quienes has de tener atenciones. A quien no comprende esto lo llamamos egoísta.

Y es curioso notar que los muchachos se tornen con facilidad egoístas precisamente en los años de la pubertad, es decir, precisamente en los años en que más orgullo suelen sentir por su penetración de espíritu y su ciencia. Del muchacho que es insoportable en casa, que se enfada con facilidad, que no deja en paz a sus padres y hermanos, que cierra las puertas con estrépito, que pone el rostro malhumorado, que siempre está descontento, que no trata a nadie con comedimiento, suele decirse: «¡Es nervioso el pobre!» ¡Qué va a serlo! Solamente es egoísta.

Hay egoísmo si un estudiante acomodado describe ante su compañero pobre los viajes estupendos que ha hecho durante las vacaciones. Hay egoísmo si sueltas la puerta automática cuando sabes que alguien viene detrás de ti. Hay egoísmo si te ríes cuando hay motivo de tristeza en la familia. Hay egoísmo si te burlas siempre de los otros y les das pie para irritarse.

Acostúmbrate a practicar el desprendimiento ya en tu juventud. ¡Qué repugnante egoísmo si un hombre no busca más que su propio interés en la vida y está dispuesto para lograrlo a pasar por encima de todos los demás! Pero, ¿cómo llegó hasta tal punto? Quizá haya empezado con cosas insignificantes en la niñez. Cuando iban por intrincados bosques, él iba delante soltando las ramas para que fueran a herir en la cara a los que le seguían; esto sólo le importaba: él ya había pasado.

En cambio, ¡qué honor si se dice de alguien que es un joven de alma noble! La nobleza de alma es lo contrario del egoísmo. Si tu

compañero tiene algún pesar, consuélalo con unas palabras buenas que brotan del corazón. Es nobleza de alma. Si se alegra, alégrate con él: también es nobleza de alma; el egoísta en estos casos se pone amarillo de envidia. Si compartes tu desayuno con tu compañero, tienes nobleza de alma. Si le ayudas por la tarde a aprender la lección, si procuras alegrar a los demás, si tratas a los criados con finos modales, si le coges a alguien el sombrero que se le ha caído al suelo..., no eres egoísta. Ved ahí, pues, ¡qué grandeza de alma, qué elevación de pensamiento, qué amor al prójimo cabe en las insignificantes pequeñeces de la vida estudiantil!

11. ¿Sabes decir no?

Sin el arte de decir «no» es imposible que haya un joven de carácter. Cuando los deseos, las pasiones de los instintos se arremolinan en ti, cuando, después de una ofensa, la lava encendida de gases venenosos bulle en ti y se prepara una erupción a través del cráter de tu boca; cuando la tentación del pecado te muestra sus alicientes, ¿sabes entonces, con gesto enérgico, pronunciar la breve y decisiva palabra: No? Entonces no habrá erupción. No habrá precipitación. No habrá golpes. No habrá disputa.

César quiso acostumbrarse a no hablar precipitadamente, a pesar las palabras de antemano, contando hasta veinte en sus adentros antes de dar una respuesta. Excelente medio. ¿Para qué sirve? Para que nuestro mejor «yo», nuestra comprensión más equitativa, pueda hablar después de sentirse abrasado un momento por la llamarada de los sentidos.

Por un espléndido camino nevado se iba deslizando un joven esquí. Al final de la colina se abría un profundo precipicio. El joven iba volando hacia abajo, lanzado como una flecha; pero he aquí que delante del precipicio, con admirable técnica, se para de repente y se mantiene allí en el borde de la sima como una columna de granito. ¡Bravo! ¡Estupendo'. ¿Dónde lo has aprendido? «¡Ah! –contesta el muchacho–. No he empezado ahora. Al principio tuve que ensayarlo muchísimas veces para poderme parar en las más suaves pendientes».

También el camino de la vida es una especie de carrera de esquí, con innumerables precipicios. Y todos caen y todos van al abismo si no han hecho prácticas de pararse infinitas veces, plantados como columna de mármol, y responder un recio y rotundo «no» a las tempestades turbulentas de las pasiones.

El ejercicio de la voluntad no es otra cosa que el prestar una ayuda sistemática al espíritu en la guerra de libertad que ha de sostener contra el dominio tiránico del cuerpo. Quien se incline, sin decir una palabra, a cualquier deseo que se asome en su instinto, perderá el temple de su alma y su interior será la presa de fuerzas encontradas. Ahora comprenderás la palabra del Señor: El Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza, y los que la hacen son los que lo arrebatan[10].

Primera condición del carácter: guerra contra nosotros mismos y orden en la enramada salvaje de nuestras fuerzas instintivas.

Durante la guerra mundial se repitió mucho este lema: la mejor defensa es el ataque. En efecto: quien empieza la ofensiva gran ventaja lleva. También en el gran combate del alma conservarás tanto mejor tu carácter cuanto sean más mayores tus acometidas; has de atacar día tras día, aunque sólo sea en pequeñas luchas, al ejército enemigo que tiene sus reales[11] plantados en tu interior, y cuyo nombre es pereza, comodidad, desamor, capricho, glotonería, curiosidad...

Temo que ni siquiera puedas concebir cuan alto ejemplo de propio dominio dio Abauzit, sabio naturalista de Ginebra. Durante veintidós años estuvo midiendo la presión del aire, anotándola cuidadosamente. Un día entró en la casa una nueva criada, que empezó por hacer «gran limpieza» en el gabinete de estudio. Llega el sabio y pregunta a la muchacha: «¿Dónde están los papeles que tenía aquí, debajo del barómetro?» «¿Estos, señor? Estaban tan

[10] Mt 11, 12.

[11] Reales: Campamento de un ejército, y especialmente el lugar donde está la tienda del rey o general. *(N. del Ed.)*.

sucios, que los he quemado; pero los he cambiado con otros completamente limpios». Pues bien. Piensa lo que tú habrías hecho en semejante caso. ¿Y qué dijo él? Cruzó los brazos; por un momento pudo adivinarse la tempestad que rugía; y después dijo con sosiego: «Has destruido el trabajo de veintidós años. De hoy en adelante no has de tocar nada en este cuarto».

Prueba a ver si en cosas menos importantes puedes guardar la serenidad.

¿Sabes por qué fuman muchos muchachos? Hasta los que saben que es una pasión completamente inútil. ¿Porque les «gusta»? ¡Qué va a gustarles! Porque también los otros fuman. ¿Por qué emite con voz retumbante este joven un juicio despectivo en todas las cuestiones? Porque los otros también lo hacen. ¿Por qué es negligente e indolente? Porque también los otros lo son.

Se necesita gran vigor espiritual para que te atrevas a defender tu parecer y tus principios de moral aun en medio de una sociedad de pensar completamente distinto. Es menester una valentía muy recia para que no reniegues ni un ápice de tu convicción religiosa por amor a nadie. Pero quien está falto de esta valentía, es un carácter débil y no puede llamarse joven de carácter.

Sin embargo, hay jóvenes que en el combate se lanzan con heroísmo contra todo un pelotón de soldados enemigos, pero se ruborizan de confesar con gallardía sus creencias en medio de las gentes por el «qué dirán». Hay muchos que, a pesar de su alto concepto de moralidad, se divierten con historias obscenas, y hasta ellos mismos cuentan algunas, porque «los otros también lo hacen».

Quien tenga carácter, no preguntará: «¿Cómo habla el otro?... Yo también hablaré de la misma manera». Quien tenga carácter no mirará: «¿Qué hace el otro?... Yo haré lo mismo».

La flor abre sus pétalos al rayo de sol de la mañana, y no mira qué hacen las demás flores, y baña su cabecita en el caliente piélago de luz. ¡De cara al sol!, es lo que dice el joven de carácter. El

águila no espía con temor a las demás aves para ver si también ellas la siguen hacia arriba, sino que se lanza a las alturas serenas y puras, de cara al sol. Hacia arriba, *ad astra*, ha de ser también la divisa del joven de carácter.

Es una suerte si puedes pronunciar –cuando es necesario– el «no» enérgico.

¡No! Has de decir a tus compañeros cuando ellos te incitan a cosas prohibidas.

¡No! Has de gritar a tus instintos cuando ciegamente te acucian.

¡No! Has de gritar a todas las tentaciones que, adulando, quieren envolverte en sus telarañas.

12. Fragmento de un diario

Copio algunas líneas del diario de un estudiante de la capital, de quinto curso. Verás en ellas dos tipos; el uno, ligero, indolente, que se deja llevar por la corriente que le arrastra, y el otro, que, con carácter de acero, sabe pronunciar el «no».

«Ayer fui a visitar a Gamarza; pero creo que pasaré mucho tiempo sin repetir la visita. Martínez también insistía, y tanto me instaba, que consentí por fin, aunque –Dios sabe por qué– hace ya tiempo que me siento alejado y extraño a él. Sobre todo desde que, al final de una clase de Religión, dijo cínicamente a los muchachos: "La religión es para los niños, no para los jóvenes".

Antes de todo he de decir algo de su cuarto. No es posible ver tanto desorden ni en pleno mercado. Toco la campanilla. Un doméstico de uniforme abre la puerta: "El señorito está estudiando en su cuarto. Sírvase pasar...".

En los aposentos todo delata la riqueza y el bienestar; grandes cuadros en las paredes, alfombras persas cuál más hermosas cubriendo el suelo.

Toco a la puerta del "señorito"; parece que debe estar estudiando muy ensimismado, porque no se oye contestación. Abro la puerta en silencio. Está acodado nuestro amigo Gamarza sobre un número de un semanario ilustrado, pero duerme. Debajo del semanario está la gramática francesa, abierta, para que, en caso de

entrar su padre, pueda hacerse rápidamente el cambio. En este momento no lo había logrado...

Antes de despertar al "estudiante" aplicado echo aprisa una mirada al cuarto. Sobre el escritorio están dispersos los siguientes "instrumentos de trabajo": un neumático de balompié, perforado y manchado de tinta; a su lado, una sierra de marquetería, una bomba de bicicleta y un solo guante. Además, una regla que ha sufrido el vandalismo de la navaja; una goma, un montón de botones pequeños y grandes para jugar; después, el cuaderno de Matemáticas. En otra parte, una pistola de juguete, un sacacorchos, un encendedor y la mitad de un diccionario latino; la otra mitad está debajo de la mesa. Papel secante, unos cincuenta o sesenta sellos extranjeros, una llave de patines, un solo puño; estos últimos objetos están en fila en torno de la pequeña lamparilla.

A derecha e izquierda, diferentes libros: el *Quijote*, de Cervantes; *Sotileza*, de Pereda; algunos tomos de Campoamor y de Bécquer, *La hija de un jornalero*, mezclados, en el mayor desorden. En medio de todos, acá y allá, asoman los libros de álgebra y de gramática inglesa. Un trozo de lápiz, que conserva las huellas de los dientes, y cuatro billetes de tranvía completan el paisaje. Y en medio de todas las cosas, duerme con tranquilidad Camarza. ¡Dios mío! –se me ocurrió–, ¡si el interior de este muchacho será también tan desordenado!

Pero en esto ya se había despertado. Con un movimiento maquina agarró el semanario para cambiarlo por la gramática francesa; pero en cuanto notó que no era su padre el que entraba, con refinada elegancia me tendió la mano:

–¡Ah! ¿Eres tú? ¡Buenas tardes! Siéntate. Enciende. Es egipcio auténtico… y con un movimiento elegante sacó del escondrijo de un cajón un puñado de cigarrillos.

–¡Gracias! No fumo. ¿A ti te lo permiten? ¿Quién te los ha dado?

–Los tomé de los de mi padre…; es decir…, me los dio…, mejor dicho…, de allí proceden. ¿Tú no fumas todavía? ¡Qué santito eres! Natural; así son los niños; todavía no hacen lo que "no está permitido".

Algo hervía en mí; pero me vencí, y contesté con tranquilidad:

–Ciertamente, lo que mis padres me prohíben, no lo hago. Hasta el presente siempre he podido convencerme de que tenían razón. Pero no es sólo por no tener permiso por lo que no fumo, sino también por convicción. Y por ser consecuente con mis convicciones.

Después empezó a hablar de su veraneo, de su motocicleta. Contó, además, muchas cosas cursis, y hasta llegó a soltar chistes de mala ley, a pesar de ver bien claro que yo no me reía. Pero en cuanto sacó de sus libros fotografías de artistas casi desnudas y empezó a jactarse de sus conquistas, me levanté y lo dejé plantado. La ira que hace tiempo hervía en mí se desbordó, y fue un alarde de dominio de mí mismo no decirle más que esto: "Pero yo creía que me habías invitado para un rato de honesto pasatiempo…".

Después de esta triste visita tuve que buscar el refrigerio del aire. Una fuerza inexplicable me empujaba hacia el aire puro de una noche serena. Era una noche de invierno, las estrellas parpadeaban con una luz fría. Me paseaba solo de abajo arriba; mi alma, intranquila, se levantó hacia el cielo y, como en un rezo, exclamó: "¡Oh estrellas! Vosotras sois puras, resplandecientes y límpidas en vuestra luz. ¡Cuánto barro en la tierra y qué impuras las almas!...". Y fui errando largo rato con mis pensamientos abismados en las purezas eternas.

"Esta es la historia de mi primera visita a Gamarza; pero a buen seguro que no se repetirá…"».

13. Cometa en el hilo telegráfico

La base de toda virtud es el dominio de sí mismo. En cuanto alguien se hace esclavo de sus instintos, pierde inmediatamente la garantía mejor de su vida moral: el gobierno de sí mismo. Quien se deja arrastrar, sin oponer resistencia, por los deseos sensuales, no sólo pierde el derecho a llamarse joven de carácter, sino aun el de llamarse hombre. En el concepto de hombre se incluye el mando, el saber oponerse a las pretensiones ilegítimas del cuerpo, a sus explosiones desenfrenadas. Con asombro vemos en la vida cómo no sólo los niños –en quienes prevalece el poder de los sentidos– sino hasta hombres maduros obran bajo la influencia de la impresión primera. ¡Cuán increíblemente débil es su autodisciplina, que, sin embargo, podría ayudarles para considerar antes si su acción es justa, legal, conveniente, y las consecuencias que acarrea! Las olas instantáneas de la vanidad ofendida y de la ira, del sensualismo y del orgullo, etc., los empujan y los arrastran a obras que a los cinco minutos son los primeros en lamentar. Un porcentaje enorme de los crímenes se borraría en el mundo si los hombres aprendieran a practicar bien una sola virtud: saber mandarse a sí mismos.

Al filósofo pagano Crates, cierto día le golpeó tanto el pintor Nicódromo, que se le hinchó toda la cara. ¿Sabes cuál fue la ven-

ganza de Crates? «Le pagó con otro golpe», piensas tú. No. Sobre su cara hinchada puso esta inscripción: «Es obra de Nicódromo». De esta suerte, toda la ciudad vio qué alma vil era el pintor y cuan aprisa se dejaba llevar por la cólera.

Uno de mis estudiantes tuvo otra solución en un caso semejante. Sin querer dio un empujón a uno de sus compañeros; éste no anduvo corto ni perezoso, y bruscamente le lanzó el pago: «¡Eres el mayor animal del mundo!» ¿Y sabes qué contestó mi estudiante, con serenidad y calma? No dijo más que esto: «Pero, por favor, ¿cómo puedes olvidarte tanto de ti mismo?».

Dicen que los hombres de hoy tienen una manera de pensar terriblemente materialista. Es un hecho triste e innegable. Y, no obstante, hasta estos mismos hombres, que tienen un concepto tan rastrero del mundo, tan apegado al fango de la tierra, ofrecen el tributo de profunda pleitesía a hombres en quienes el espíritu triunfa de la materia.

¡Con cuánto entusiasmo acogió el mundo entero no ha muchos años la noticia de que Amundsen, el viajero impávio de los Polos, después de muchas privaciones, llegó al Polo Sur! ¡Y qué sincera fue la compasión cuando supo que Shakleton murió helado, unas millas antes de llegar a su término!... ¿Qué es lo que celebra la Humanidad en estos descubridores? Estos hombres no abrieron ninguna mina de diamantes, no inventaron máquinas nuevas. Celebra en ellos el triunfo del espíritu, del alma, sobre las fuerzas del cuerpo, de la materia, de la Naturaleza.

En una pequeña ciudad de provincia encontré un día por la calle a un niño que lloraba a voz en cuello. Durante largos días había trabajado en hacer una hermosa cometa, habíala adornado, pegado..., y cuando ya quiso soltarla, se le quedó prendida en un hilo telegráfico. La hermosa cometa se retorcía, impotente, bajo el soplo del viento sobre el hilo, se iba destrozando, y el niño lloraba al pie del poste telegráfico por aquel trabajo hecho con tanto esmero y solicitud.

El alma de cada muchacho bien volaría hacia las alturas; pero la de muchos queda prendida –por desgracia– en los arenales del entendimiento que duda, en los escollos de la moral, en las redes de las pasiones. ¡Pobre niño! ¡Cómo llora cuando su cometa, que con empuje emprendió el vuelo, se enreda entre los hilos extendidos y se hace jirones! ¡Cuidado, que tu alma, en su ascenso, no quede aprisionada entre las garras de las pasiones y en el laberinto intrincado de las fuerzas desordenadas del instinto!

14. «*Contra torrentem*!»

Imagínate al general en jefe de una gran guerra haciendo planes en su tienda y marcando el destino a millares y millares de hombres. En el despacho del Estado Mayor se prohíbe toda palabra en voz alta. El jefe se inclina sobre mapas enormes, en que está anotado con esmero cada camino, cada fuerte, la colocación de cada batería, el puesto del último centinela.

En los cuartos adyacentes, un barullo increíble. Suena el teléfono, se oyen las comunicaciones telegráficas. Autos y motocicletas corren con velocidad vertiginosa. Llegan informes, los aviadores traen el resultado de sus reconocimientos –y al jefe no ha de llegarle nada de este estrépito–. Él ha de pensar y ha de concebir sus órdenes con tranquilidad, con sangre fría, con la cabeza despejada. Es el punto de apoyo en el curso de los acontecimientos que remolinean; es la imagen del carácter autónomo.

Quien vive con entereza sus convicciones, despreciando la ironía y el ruido de los demás, es un joven de carácter. «*Contra torrentem!*» ¡Contracorriente!

Quien pregunte continuamente: ¿Qué dirán de esto los hombres?, no es todavía un carácter autónomo, sino un esclavo del respeto humano.

Daniel, a la edad de catorce años, cayó cautivo, y llegó a la corte del rey Nabucodonosor. Ya puedes imaginarte qué pompa y

seducción deslumbrante le rodeaban. ¿Y cuál era su divisa? «Yo permaneceré fiel a mi Dios, y no comeré de la carne vedada». La tentación duró tres años, y él permaneció limpio de alma en medio de todas las seducciones del palacio marmóreo del rey. ¡Era un joven de carácter!

Lee lo que escribió de la guerra mundial un estudiante universitario: «Creo que he caído con los muchachos peores. Estoy solo en medio de ellos, sin tener un amigo que comparta mi manera de pensar... Hay, por cierto, compañeros alegres; pero todo lo aprovechan para el mal. Dan un sentido perverso a las canciones e intercalan cosas en que ni siquiera es lícito pensar. Leen en voz alta libros en que se describen con minuciosos pormenores las cosas más abominables. He de oír cosas que nunca sospechaba. El maestro era precisamente nuestro cabo, un voluntario, que aprovechaba sus escasos conocimientos para la perversión. Si era posible me escabullía del cuarto. Pero muchas veces no había manera de escaparme. Y entonces todos estábamos sentados a la misma mesa, y el cabo empezaba a contar sus historias verdes. Yo me ocupaba en otras cosas y no quería oír la conversación. Pero me obligaban. Y en todo se me tendían lazos. Todos los servicios había de cumplirlos yo; yo tenía que pagar por las cosas más pequeñas. Ya estaba resuelto a presentar mis quejas, cuando fui destinado a otra parte. Ahora estoy libre de nuevo, y no me obligan a escuchar cosas deshonestas». Ese es un joven heroico, un carácter autónomo. Se atrevió a nadar contra la corriente.

«*Contra torrentem*».

Durante el comunismo no estaba permitido rezar en las clases[12]. En una de las escuelas de Budapest entra el «compañero» profesor y manda que los muchachos se sienten. Estos siguen en pie. «¿Qué pasa? Sentaos». Los muchachos le contestan a coro: «¡No hemos rezado aún!» Los ojos del «compañero» despiden

[12] El autor hace referencia a la primera república comunista de Hungría que empezó el 21 de marzo de 1919 y duró hasta el primero de agosto del mismo año.

chispas: «Ya sabéis que no está permitido rezar»... «¡Aún no hemos rezado!», repite el coro. ¿Qué había que hacer? «¡Rezad, pues!», fue la respuesta. También éstos eran jóvenes heroicos.

El hombre de voluntad fuerte se abre camino aun por las rocas, como la cascada; y las almas valientes, autónomas..., las almas de carácter se levantan, como pirámides, en el desierto árido del mundo moderno, falto de carácter. Un heroísmo capaz de conmover al mundo no entra en el destino de todos los hombres. Es muy probable que tampoco en tu vida se presente la ocasión. Pero tu misma vida será un ejemplo heroico, si con celo perseverante, con fiel escrupulosidad cumples los deberes más insignificantes de cada día.

¡Y no temas tanto a los hombres de palabra fuerte! Si levantas la voz con valentía en defensa de tus principios, verás no una, sino muchas veces, cómo va retrocediendo tu enemigo. No es un toro bravo para arrollarte con sus cuernos, más bien es un caracol gigantesco, que al primer toque, algo recio, se oculta –con cuernos y cabeza– en su propia caparazón.

Nosotros, los hombres ya hechos, vemos con gran satisfacción que la juventud de hoy es mucho más religiosa que la juventud de hace veinte o treinta años. Tiene que ser así; de lo contrario, se arruinaría la cultura europea.

Rabindranath Tagore, el poeta indio, durante su viaje a nuestro continente, hizo constar que la moral de la llamada Europa cristiana queda muy atrás si se parangona con la moral del Oriente pagano. El espíritu materialista del siglo XIX, que negaba el alma, todo ideal, Dios y el destino ultraterreno, llevó toda la cultura occidental a una pendiente, y no hay fuerza que pueda detener su caída, como no sea una juventud consecuente con sus creencias religiosas y capaz de entusiasmarse por nobles ideales.

¡Una juventud consecuente con sus creencias! Es decir, una juventud católica, no sólo por su partida de bautismo, sino también por su manera de vida.

Una juventud que en todas sus obras, en todas sus palabras, en todos sus pensamientos, sepa sacar, hasta el último ápice, las consecuencias de este ideal sublime: ¡Soy un joven católico! Y si lo soy, he de vivir como católico, ahora en mi vida de estudiante, y más tarde, en el ejercicio de la carrera. Pero siempre y en todo, ¡fiel a mi convicción religiosa!

15. Desafío

«Pero ¡cuidado con quién te metes! Hace cinco minutos que tengo el derecho de desafiarme...», hizo constar con voz recia un muchacho, de buena índole, por otra parte, al recibir un empujón de un compañero suyo cuando bajaban juntos por la escalera, momentos después de publicarse los resultados del último examen de bachillerato.

Lo dijo con toda el alma el pobre, y estaba convencido de que acababa de hacer algo grande. Todo lo contrario. No era sino uno de tantos que no se atreven a nadar contra la corriente. En la seriedad de su acento veíanse, agrupados, todos los conceptos erróneos y toda la rancia manera de pensar con que la actual sociedad intenta salir por los fueros del honor en un terreno completamente falso. No estará de más el que leas aquí algunos pensamientos sobre la materia.

Podemos oír de labios de nuestros mejores jóvenes: «Es verdad, el desafío es una tontería; una manera primitiva de hacerse justicia, una práctica que hemos heredado de los tiempos antiguos. Pero es necesario. Hay casos en que no es dado evitarlo. Ocasiones hay en que no queda otro modo de reparar el honor».

Pues bien; reparación. El fin del desafío sería la reparación. Pero si alguien ha mentido, si ha engañado, si ha pisoteado la honra de otro y yo se lo he echado en cara, ¿con qué derecho me pedirá satisfacción? Que se enmiende, que se arrepienta de su pecado; es

la única manera de recobrar su honor. Y si este bribón toma la pistola o la espada, ¿ya dio pruebas de su honorabilidad? Sólo dio pruebas de que sabe arriesgar con ligereza su vida. Pero, ¿no hacen lo mismo todos los ladrones, todos los asesinos, todos los saltimbanquis y todos lo domadores de fieras? Piénsalo un poco con serenidad y te convencerás de que el desafío es un medio completamente impropio para la reparación.

Tres casos se pueden dar en el desafío: los dos contendientes resultan heridos; entonces, ¿cuál de los dos obtuvo reparación? Está herido el inocente, el ofendido; ¿dónde está la satisfacción? Y, por fin, puede darse el caso de que sea humillado el verdadero culpable; supongamos que hasta llega a sucumbir; ¿qué ocurre entonces? Fijaos.

Nuestra época corea a voz en grito el principio de que todos somos iguales ante la ley. Se repite con orgullo y suena admirablemente. Pero, ¡mirad! Si dos patanes, turbia la cabeza por el vaho del vino, riñen en la taberna y se propinan unas buenas cuchilladas, son castigados con unos meses de prisión por una fechoría de que apenas son responsables, dado su estado de inconsciencia. Pero al mismo tiempo, si, después de un entrenamiento y de una preparación, de varios días, dos «señores» en un duelo, con sangré fría, conscientes a una voz de mando y con artística técnica, llegan a mutilarse, no reciben más que tres días de prisión cómoda. ¿Dónde está la «igualdad» del siglo XX? ¿Comprendes cuánto padece con esto el sentido más rudimentario del derecho? Por todo el mundo resuena la queja: el pueblo no conoce ya el respeto a la ley. ¿Cómo queréis que viva este respeto en las clases inferiores si en las altas queda sin castigo la ofensa brutal a ciertas leyes? ¡Ojalá, hijo mío, que cuando llegues a ser hombre te atrevas a ir contra la corriente del desafío! Es ajeno al concepto del carácter el desafiarse.

Sé muy bien que muchos hombres de pensar reposado, a consecuencia de sus convicciones religiosas y sobrios principios, con-

denan el desafío, y con todo, en casos dados, lo aceptan «por las exigencias sociales», según dicen. No hacen bien.

El honor del hombre estriba en su intachabilidad moral; por tanto, sólo puede perderlo el mismo hombre por sus propias faltas.

Es un sentir completamente pagano el considerar que la ofensa, la injuria exterior, pone una nota infamante en el ofendido. Los nobles romanos no tenían desafíos, sino que acudían a los Tribunales, y... no puede tildárseles de cobardes.

«El honor y la valentía son noble virtud del alma, que no se puede alcanzar por medio de las armas, y la vileza o cobardía es la mancha del alma, que no se puede lavar con sangre». (J. Csernoch).

Reconozco que aun campa entre nosotros y siega sus víctimas el ídolo de la sociedad, que quiere vengar las ofensas, no por vías de justicia legal, sino con el medio muy poco satisfactorio del duelo.

Sé también que el prejuicio y la ligereza de algunos marcan con el sello de la cobardía a quienes no capitulan ante esta costumbre rancia.

Con tanta mayor razón necesitamos hombres valientes que revelen en su vida privada una imponente elevación de carácter y se atrevan a romper lanzas abiertamente contra esta manera de pensar ya anticuada. Yo mismo conozco algunos personajes de gran renombre en el campo social y político, que ocupan puestos de gran responsabilidad, y se ven rodeados por todas partes del mayor respeto, a pesar de confesar abiertamente que, debido a sus convicciones religiosas, nunca querrán desafiarse.

Como es natural, piensan también, por su parte, que a nadie se debe ofender. Porque ofender a cada paso y no dar después satisfacción, no es cristianismo, sino cobardía y vileza. Y si, a pesar de todo, la precipitación te ha vencido, al fin somos hombres, créeme: se necesita mucha mayor fuerza espiritual para reconocer nuestra falta después de cometida y pedir perdón por la ofensa, que para ofrecer o aceptar un desafío.

El desafío es una especie de propia defensa que nos legaron tiempos más toscos, en que todos se veían obligados a tomarse la justicia por su mano y lograr sus derechos por propia fuerza. En un mundo civilizado nadie puede hacerse justicia a sí mismo. Trabaja, pues, con tu propio ejemplo, para que sea posible a todos sacudir este fardo inútil, como ocurrió, por ejemplo, con la práctica, antes reconocida y aceptada, del talión. No es digno de un joven valiente ahogar los nobles principios de su alma con el terrorismo bárbaro de una clase social.

No hace mucho me hablaron de un muchacho que, al terminar el bachillerato, tuvo un duelo; había reñido con un compañero en la clase, y durante dos años fueron alimentando su ira, hasta que llegó el día, el *non plus ultra* de sus deseos, en que tenían ya «derecho al desafío». ¡Dios mío! ¿Tan insensatos y pueriles son los muchachos, que van a empezar la carrera con ribetes de hombres ya maduros?

Sí; el joven ha de saber ofrecer su vida y su sangre de buena gana por la justicia, por su patria, por su religión, por sus nobles ideales; pero nunca por el necio «qué dirán». El desafío es un pecado contra Dios, es un pecado contra ti mismo y contra tu prójimo. Es, además, una insensatez.

Ahí verás cómo la Iglesia Católica da pruebas de una gloriosa valentía luchando hace siglos contra esta locura, excluyendo de su seno a quienes se desafían y a sus padrinos, con lo cual se opone al sentir general, y no cejará en su empeño hasta que los hombres tomen un camino más discreto.

Hoy nos burlamos de los hombres de la Edad Media que levantaron hogueras para quemar a las brujas. Las futuras generaciones no sabrán comprender cómo hubo una época en que los hombres se daban sablazos y así «salvaban su honor».

La cuestión principal ahora es ésta: ¿Qué podrías hacer contra el duelo? ¿Exterminarlo por completo? Para esto no bastan tus arrestos. Con todo, mucho puedes trabajar en este terreno.

Respeta el honor de los demás y no tendrás desafíos. El joven que con sus palabras y todo su comportamiento no suele respetar a los demás como es debido, se hallará, naturalmente, con más facilidad que muchos otros ante la pistola de un desafío.

A nadie permitas en presencia tuya que murmure de los demás, y evitarás muchos duelos. Si alguno de tus conocidos ha reñido con otro, procura componer el asunto sin que se llegue al desafío. En la mayoría de los casos, tienen la culpa principal precisamente los padrinos y amigos.

Y cuando se habla del desafío, manifiesta abiertamente tu convicción, confesando que no lo consideras medio adecuado para la defensa del honor, y que, en tu sentir, el rostro marcado por la espada no esconde siempre un alma honrada. No es héroe aquel que triunfa en un desafío ni es el mayor héroe quien triunfa del enemigo, sino quien supo vencer a sí mismo.

En una tumba se leen estas palabras: «*Victor hostium et sui*». Cuatro palabras, ¡alabanza eximia!: «¡Venció al enemigo y se venció a sí mismo». Lo primero pueden hacerlo muchos; lo segundo es mérito de muy pocos.

16. «*Victor hostium et sui*»

No hay quizá empresa más ardua que la de hacer comprender, cual cumple a un fogoso muchacho de catorce a dieciséis años, por cuyos nervios pasan corrientes eléctricas de gran tensión y por cuyas venas corre, no sangre, sino lava encendida, cuán heroica y sublime es la victoria de sí mismo, la paz, la serenidad, la paciencia.

Si un amigo me tiende una zancadilla y yo no puedo contestarle con ceño de coraje y cruzándole la cara; si alguien me zarandea, y yo no puedo darle un bofetón; si se mofan de mí, y tengo que callar lo que llevo dentro...; todo esto es tarea muy difícil. ¡Y llegar a creer que todo esto no es cobardía ni timidez, antes al contrario, la floración más hermosa de la fuerza de voluntad, fuerza robusta, varonil! Y, no obstante, es así.

El dominio de sí mismo no es el silencio de una voluntad endeble, no es una resignación pasiva, sino clara muestra de una voluntad disciplinada, que es dueña en todas las circunstancias y sabe pesar de antemano el significado de la palabra que se va a pronunciar.

El dominio de sí mismo no goza simpatías entre los jóvenes porque éstos le dan un significado erróneo. El dominio propio no significa, ni mucho menos, que hayamos de sufrir todo ataque con mansedumbre de cordero y recibir cualquier ofensa sin una frase de réplica. No. Quien tiene reconcentrada su fuerza de voluntad

podrá contestar también a la ofensa; pero no se rebajará con violencias, vituperios ni golpes a la condición rastrera de su adversario, sino que, con modales llenos de dignidad y con palabra bien mesurada, herirá al ofensor en su punto más sensible.

Quien no tiene dominio de sí mismo se parece al que no sabe andar; no puede hacer pie, y a cada paso tropieza. Sin dominio de ti mismo es imposible que seas joven de carácter.

Un sublime ejemplo nos dio Nuestro Señor Jesucristo cuando, en el proceso de la Pasión, un soldado le hirió en la cara. El Señor hubiera podido castigar con la muerte a aquel hombre que ultrajaba a un Dios. ¿Y qué hizo? Con admirable serenidad le dijo: «Si Yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?»[13].

---

[13] Jn 18, 23.

17. ¿Torre de castillo o veleta?

En las ciudades medievales pueden verse con frecuencia ruinas de fortalezas o de castillos antiguos. Cuando todo el edificio ya está desmoronado, la torre sigue desafiando aún años y más años la fuerza destructora del tiempo.

Cuando estas torres seculares clavan, inmóviles, su mirada de piedra en el traqueteo de una vida nueva que se agita bajo sus pies, en medio de aquel vaivén descabellado, parecen la viva imagen del carácter: a sus pies todo cambia, se inclina, se adapta, se vende, se compra; pero ellas no ceden ni un ápice de sus principios.

Esta torre antigua viene a ser el símbolo del carácter firme, del hombre que sabe cumplir su deber. Y como hubo un día en que esta torre era la defensa más fuerte de los habitantes del castillo, así también hoy el hombre de carácter es la columna más poderosa de la sociedad humana. «¡Donde te colocó el destino, allí mismo sé todo un hombre y no abandones jamás el puesto!», pregonan las piedras mudas de la torre secular. «Miradme; yo no fui edificada en un solo día; ¡cuántos bloques de piedra tuvieron que acumularse!, y ¡con cuánta fatiga, con qué voluntad, a costa de cuántos sudores!; pero ahora vedme aquí venciendo los siglos».

Hijo mío, y tú ¡cuán fácilmente te cansas! ¡Cuántas veces te lanzas con ardor juvenil; ahora, ahora tomaré la senda del carácter; de hoy en adelante me dedicaré con ahínco a modelar y forjar el temple de mi espíritu! Pero pasan horas, pasan días, y se achica la llama del entusiasmo, se apaga el fuego, y tú... sigues como eras antes.

Para edificar la torre se necesitaron años, quizá docenas de años, y tú, ¿quieres hacerte «carácter» en un solo día? Piénsalo: el camino del pecado, aunque ameno al principio, está sembrado de flores engañosas; al final te aguarda amargo despertar. En cambio, si es difícil al principio seguir el sendero de la virtud, se hace más fácil a cada paso, y en su meta te espera la paz de una conciencia tranquila.

Y mientras estoy mirando la torre del castillo, veo algo en la cúspide que está moviéndose de continuo. Ya se vuelve hacia acá, ya gira hacia allá... ¡Ah! Sí... Es la veleta. No tiene dirección fija, no tiene base sólida, casi diría: no tiene principios, no tiene carácter. Porque si lo tuviera, en vano le cantaría el viento sus canciones al oído. Negar los principios, ceder algo de la propia convicción; porque así resulta más cómodo, porque así se puede hacer una carrera más brillante, porque en el mundo entero sopla el viento en esta dirección; es lo propio de la veleta. Pero dime: ¿puede llamarse hombre quien se deja guiar en sus acciones, en sus principios, en su convicción, por circunstancias exteriores, por el parecer humano?

Y, sin embargo, conoces a muchos compañeros de esta índole, ¿verdad? Son los que no caminan por sus propios pies, los que son menores de edad espiritualmente, los que en todo miran tan sólo lo que va a decir el vecino.

La conciencia levanta su voz: Oye, tú; no leas este libro; sabes que rebosa de inmundicias morales; ¿por qué hundir el ropaje níveo de tu alma pura en un pantano de vicios? Conforme; no lo leeré. Pero entonces llega el amigo: ¡Hola! ¡Santito pintado, que no eres más que un niño! ¿Cómo? ¿Yo, un niño? Y ya lee el libro. Lo

lee, y mientras vuelve las páginas va hundiendo su alma en el charco.

Grita la conciencia: ¡No vayas a ver esta obra teatral, esta película; abandona esa mala compañía! Sí; pero van también los «otros»; los «otros» también se divierten; ¿por qué he de ser yo precisamente la excepción?

Sí, sí; ésta es la manera de obrar y de pensar... de las veletas.

Pues bien, medítalo: ¿qué quieres ser, torre de castillo o veleta? ¿El cobarde esclavo del respeto humano o el noble prisionero de tu conciencia?

18. El prisionero de la conciencia

¡El prisionero de la conciencia! ¡Será un título de alguna peregrina novela policíaca!, piensas tal vez en tu interior. Te equivocas. El encomio más hermoso que se puede hacer de un joven es decir de él: Es dueño de su voluntad, es prisionero de su conciencia. ¡Permanecer inquebrantablemente fiel a todo cuanto manda la conciencia! Si eres capaz de ello, eres un joven de carácter.

En el carro hay un pequeño clavo; casi no se nota: el clavo del eje. Si se pierde, el carro sigue andando un rato; pero, de repente, salta la rueda y vuelca el carro.

También por la ruta del carácter encontrarás un diminuto instrumento, insignificante, al parecer. Es la sumisión sin reserva a la palabra de tu conciencia. Sé, pues, siervo fiel, manso cordero de tu conciencia.

Hay dos enemigos que luchan contra ella. En primer lugar, la denigra en torno tuyo el mundo entero; después, te instigan a la rebeldía tus inclinaciones desordenadas, tus instintos que se despiertan.

Acaso tienes momentos de tanto entusiasmo, que abandonas casi la tierra y te lanzas a las alturas. Haces el firme propósito de

seguir siempre la voz de tu conciencia. Nunca te desviarás del camino del honor. No dirás, no pensarás, no harás nada que sea pecado. ¡Te sientes tan feliz en estos momentos!

Pero, ¿qué ves en el momento siguiente? Que ni éste ni aquel de tus compañeros cumplen los mandamientos de Dios. En este libro, en aquel teatro, en tal película ves la mofa continua de tus nobles principios. Y ahora te llega la prueba difícil: aunque todo el mundo sea malo, ¿sabrás conservarte tú en el deber?

Si en la escuela los muchachos fuesen viles, ¿podrías tú permanecer firme en tus nobles ideales?

Si todos mienten, ¡tú, nunca!

Si los otros menosprecian el precepto grave de la Misa Dominical, ¡tú, nunca!

Si manchan su lengua con palabras groseras, ¡tú, nunca!

Después viene otra prueba. Tu constancia no tiene solamente enemigos exteriores; también los tiene interiores, domésticos, que se esconden en el fondo de tu propio ser.

La conciencia suele llamarse voz de Dios, y con razón. ¿Quién no ha oído alguna vez en su interior esta palabra? Cuando el muchacho ya estaba a punto de pecar, oyó en su interior una voz que le amonestaba, a guisa de campanita que hubiese empezado su repiqueteo: «¡No lo hagas, no lo hagas!».

Cuando puso la mano en cosa ajena, la campanilla empezó a tocar de nuevo. Y cuando se veía presa de unas tentaciones graves, parecíale que hasta varias campanas tocaban a rebato: tan fuerte gritaba en su alma la conciencia: «¡No lo hagas! ¡No lo hagas!».

Te lo repito, amado, acostúmbrate en la juventud a seguir in condicionalmente la voz de tu conciencia. Ahora es cuando se decide si más tarde serás o no hombre escrupuloso en el cumplimiento del deber. Y ten en cuenta que el hombre de conciencia

tiene el mismo valor para la sociedad que una columna en que descansa todo el edificio.

Quien es prisionero de su conciencia es prisionero de Dios, y la mayor libertad es ser prisionero de Dios. No concibo mayor alabanza que la que se hizo de un diputado inglés, muerto en la flor de la edad: «En todo su ser están acuñados los diez mandamientos».

No temas a nadie; teme tan sólo a tu conciencia. No encaja con el carácter el abandonar por miramientos humanos, por miedo a habladurías o a la ironía, cualquier cosa que te prescriba o apruebe tu conciencia.

El joven que no se atreve a rezar o no se arrodilla en la iglesia porque «otros lo ven», es prisionero también; pero no es prisionero de la conciencia, sino del miedo cobarde de los hombres.

¡Cuánta razón tiene Huxley al escribir: «La verdadera virilidad significa una voluntad fuerte, guiada por una conciencia delicada!».

Quien al hacer algo espía con pavor lo que dirá el otro, no tiene voluntad, y su carácter aún no está formado. Y quien sigue en sus acciones los anhelos del corazón, pero no pide consejo a su entendimiento; quien atiende a sus deseos agradables más que a los austeros deberes, no es un carácter fuerte.

Los reyes persas, para dormir, ponían en su almohada 50. 000 talentos de oro, suma exorbitante. El emperador Calígula no se contentaba con la guardia nocturna, sino que quiso que velasen su sueño hasta las fieras, para que nadie pudiese penetrar hasta él. Artenón puso un escudo enorme sobre su cabeza, para que si caía el techo durante la noche no lo matase. ¡En vano! La mejor droga para dormir es la buena conciencia. *Ein gutes Gewissen ist ein sanftes Ruhekissen*, como reza el dicho alemán. «La buena conciencia es la más blanda almohada para dormir».

¡Sé dueño de tu voluntad y prisionero de tu conciencia!

El mártir San Pedro de Verona fue muerto a puñaladas por su Fe. Después de los primeros golpes gritó con tesón: «*¡Credo!*» «¡Creo!». Cuando, cubierto de sangre, ya no pudo articular palabra con su dedo teñido en la propia sangre escribió en el suelo: «*¡Credo!*». Era hombre de carácter, porque era prisionero de su conciencia.

CAPÍTULO SEGUNDO

OBSTÁCULOS EN LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

1. Obstáculos en la formación del carácter

La formación del carácter tiene un crecido número de obstáculos, y no es raro que muchos jóvenes tropiecen con ellos y echen a perder su carácter.

Uno de estos obstáculos, como ya has podido ver, es el temor que de continuo te acosa: «Bien; yo tengo mis principios sólidos en esta cuestión; pero si los sigo, ¿qué dirán los hombres?». Quien no hace sino correr en pos del beneplácito de los hombres, de sus favores, y por ello está dispuesto a negar los principios, de antemano aceptados, es muy natural que nunca llegue a formarse un carácter firme. El joven de carácter no se preocupa del juicio que sus obras merezcan a los hombres, sino del fallo que sobre ellas emita su propia conciencia. ¡Qué espectáculo más triste, por ejemplo, el de aquellos jóvenes que «por amor a la sociedad», mejor dicho, por temor a los hombres, sostienen conversaciones, hacen cosas a las que su alma honrada vuelve las espaldas cuando están a solas y no sienten la maléfica influencia del respeto humano!

Otro obstáculo del carácter son las fuerzas desordenadas de nuestro interior; y es un contrasentido hablar de carácter mientras no hayamos puesto en orden este bosque salvaje. En el alma de cada joven hay una o dos pasiones grandes, vehementes; hay algunos vicios que lo dominan. Descubrir estas pasiones y tenerlas a

raya, he aquí el camino seguro de la formación del carácter. No pierdas el tiempo en la extirpación de faltas pequeñas. Sujeta la pasión dominante; después vencerás con facilidad las restantes. En este joven, por ejemplo, el vicio capital es la comodidad, que huye del trabajo con espanto y terror; en otro, es la gula inveterada; en un tercero, la charla continua; en el de más allá, la ira precipitada, o el amor propio exagerado, la testarudez. Todos estos defectos son otros tantos focos de rebeldía en el reino de tu alma. Si no los vences a tiempo, si no los encadenas ahora, muy mal te saldrá más tarde la partida.

El obstáculo más peligroso en la formación del carácter es precisamente la marcha lenta. La labor de la autoeducación es un juego de paciencia que requiere largos años y decenas de años. Y ésta es su dificultad.

¿Conoces ya la ley de la cristalización? Sabrás entonces que si en un líquido saturado, en que hay diferentes materias diluidas, y las moléculas están entremezcladas, ponemos un pequeño cristal, de éste emana una misteriosa fuerza de atracción, y lentamente va atrayendo todas las moléculas que tengan la misma naturaleza que el cristal. El cristal se hace cada vez mayor, y si nada estorba durante algunos meses este lento proceso de cristalización, se convertirá en magnífico cristal el pequeño trozo allí colocado. Pero, nótalo bien: ¡si en la cristalización no hubo estorbo! De lo contrario, si no existe la tranquilidad adecuada, se formarán unos cristales contrahechos.

Un proceso análogo tiene la cristalización del espíritu. Si los pensamientos de que saturas tu conciencia son siempre nobles, elevados, ideales, entonces éstos, como por una especie de afinidad química, irán levantando en el fondo de tu alma otros pensamientos semejantes; y si en los lustros de tu juventud prosigue en ti este estado, los buenos anhelos formarán un cristal voluminoso, que obstruya el camino a todo pensamiento extraño, y no permitirán que llegue a prevalecer una tentación malintencionada.

En el «líquido saturado» del alma humana van arremolinándose también las moléculas del mal moral. Hay jóvenes que durante los floridos años de su juventud pusieron estorbos con reiterados tropiezos a la cristalización tranquila de la bondad de su alma. Las caídas morales naturalmente atraen las moléculas del mal y, por tal motivo, estos jóvenes tendrán almas retorcidas, serán cristales contrahechos.

2. Hojas en alas del viento

Obstáculo grande para la formación del carácter es la vida agitada, la marcha desenfrenada y los millares y millares de impresiones que nos brinda la época actual; todo lo cual no favorece, por cierto, la tranquila formación del carácter. Feliz el joven que, aun hoy día, puede consagrar largos ratos al cultivo de su desarrollo espiritual, y cada noche, durante su rezo, encuentra coyuntura de bajar algunos momentos al fondo de su conciencia y descubrir si en su alma de cristal, cuidadosamente guardada, se han aglomerado o no moléculas nocivas, polvo de pecado, o quizá piedras, si no ya rocas. Quien va con la corriente un día y otro día, a flor de agua, sin cuidado, sin preocupación, no llegará a conocerse nunca.

¡Qué estado más digno de compasión! Son innumerables los estudiantes de hoy que conocen las regiones de Alaska y saben recitar sin una falta los ríos que desembocan en el Yang–Tse–Kiang y, sin embargo, ¡no conocen su propia alma! Porque, si la conocieran se espantarían de la selva tupida que forman la hiedra y la enredadera chupando la savia vital, y por donde corren en tropel las fieras sanguinarias de las pasiones sin freno, fieras que llegan a destrozar en sus albores la vida que se despliega.

Estos jóvenes no serán independientes ni siquiera en la edad madura, sino que las olas de bajos intereses materiales, de miramientos humanos y de violentas pasiones los estrellarán contra las

rocas de la vileza, como el viento cortante de noviembre remueve por millares y millares las hojas de los árboles, muertas, secas, caídas. ¡Hojas en alas del viento¡ ¡Pobres almas!

Estos jóvenes, ya hombres, serán como trozos de madera que arrojados en impetuoso río, son arrastrados por la corriente del agua, sin saber por qué ni adónde.

Serán como corderos que a centenares corren, sin tino ni concierto, detrás de su guía, que lleva el cencerro.

Serán como veleta en la cúspide de la torre, volviéndose acá, girando allá, sin saber cuáles son los vientos que los muevan ¡Hojas en alas del viento! ¡Pobres almas!

3. La Cruz de Hierro

Durante la guerra mundial, un pelotón de soldados alemanes fue cercado por una muchedumbre de rusos. Los pobres sitiados estaban en una pequeña choza. El resultado de la contienda no era dudoso. El jefe ruso los invitó a capitular; la contestación fue una descarga cerrada desde la choza. En esto empezaron también los rusos a atacar sin piedad por todos lados, y siguió el asalto de la choza hasta que las descargas de los alemanes sonaron cada vez más apagadas, y, por fin, enmudecieron del todo; se habían acabado las municiones. Los rusos se lanzan a la choza, a punto de desplomarse. Con espanto se detienen ante el espectáculo que se ofrece a sus ojos. En el suelo, entre los cadáveres revueltos de los soldados, aún se retuerce en su propia sangre el jefe, el teniente Griesheim. Los rusos no son ya enemigos, sino compañeros llenos de compasión. Su capitán pregunta, emocionado, al teniente: «Ya visteis que teníamos una fuerza mucho mayor; ¿por qué no habéis capitulado?» El teniente se incorpora con un gran esfuerzo y, mostrando su pecho, contesta: «Entre nosotros, quien lleva en su pecho esta condecoración, nunca capitula». En su pecho llevaba la Cruz de Hierro...

Hijo mío, cuando estás luchando con obstáculos en el camino del carácter, piensa tú también en aquella Cruz que, con un beso, imprimió el Señor en tu alma el día de tu Bautismo.

4. Cardos en el sembrado

Contemplad el campo de trigo en el mes de mayo. En el sembrado, fresco y tierno, acá y acullá, levanta su cabeza un tallo seco, la cizaña, alguna mala hierba. Todavía no son peligrosos, hasta parecen brotes inocentes y sin importancia; pero, a medida que crezcan, se volverán más espinosos, más duros.

Joven: tú también frisas en el mayo de tu vida, y también has podido notar en el sembrado de tu alma el tallo del cardo. Tus malas costumbres, tu terquedad, no eran tan sensibles durante la niñez; pero a medida que vas desarrollándote se vuelven cada vez más espinosas, más duras tus faltas si no las atacas en la noble liza[14] de tu propia educación.

¿Qué será del joven que no entable esta lucha y no se preocupa de su alma? ¿Qué será de aquel cuya talla se aumenta de año en año, cuyos pulmones van ensanchándose, pero sólo es el cuerpo el que crece y queda el alma raquítica? ¿Qué será de él? Pues muy sencillo; la hierba mala, el cardo, la cizaña se desarrollarán en él con gran empuje; bien sabes que no necesitan ningún cuidado; antes bien, tienen marcada preferencia por los eriales; pero el sembrado antiguo y noble se muere, se ahoga bajo la hierba mala, que se cría en abundancia.

---

[14] Liza: Campo dispuesto para entablar una batalla, o para se enfrenten dos o más *personas. (N. del Ed.).*

Este joven, si le mandan algo en su casa, contestará con torcidas muecas.

Si le preguntan algo, sólo tiene un brusco movimiento de hombros.

Hay algo que le disgusta; cierra la puerta con un ruido que parece un cañonazo.

Se le rompe el cordón del zapato, y suelta una blasfemia.

Choca alguien con él por casualidad en el juego, y él, en seguida, paga con un bofetón.

Si da con otro más débil, goza en armarle quimera... En una palabra: será un «pollo inaguantable».

¡Pobrecito! Con el mismo caudal de energías habría podido ser un joven de carácter, un joven ideal, si, en vez de abandonar el cuidado de su vida íntima, hubiese sabido empezar en buena coyuntura el desbroce de cardos en el tierno sembrado de su alma.

¡Cuidado, hijo! Cardos hay en todas las almas. Pero el joven prudente no les da tiempo para que cobren fuerzas, sino que va exterminándolos con solicitud y lucha continua.

Esta lucha sin tregua es lo que llamamos el combate de la propia educación.

5. El combate del alma

En el alma, pues, hay una lucha continua entre el bien y el mal. En cierta edad, en los años del desarrollo, esta lucha es extremadamente ruda; más tarde se mitiga algún tanto; pero nunca podemos decir que ya ha llegado a su fin.

¿Quién lucha en nosotros y contra quién?

Apenas contabas cinco o seis años y ya sentiste los primeros movimientos del enemigo. Sentiste algo en ti que te empujaba hacia el mal. Un peso de plomo que te hundiría en el abismo, en el abismo sin fondo de la ruina moral. Una terrible herencia, que nuestra Religión cuenta entre las consecuencias del Pecado Original y la llama inclinación al mal.

Esto, hijo amado, es conveniente que lo sepas. Has de saber que, por su naturaleza, el hombre se inclina más al mal que al bien. Esto lo conoces de sobra por tu propia experiencia.

¡Cuántos obstáculos se levantan en el camino de la formación ideal de nuestro carácter! Conocemos aquellos ideales sublimes que nuestro Señor Jesucristo fijó a la vida humana, y, por tanto, también a mi propia vida; sentimos entusiasmo por sus divinas enseñanzas, quisiéramos vivir según ellas...

Pero, ¡ay!..., observo al mismo tiempo dentro de mí un persistente choque, trágico y pavoroso. El bien agrada; pero el pecado tiene aún más alicientes. La vida ideal atrae hacia las alturas; pero

el pecado tira hacia abajo. Me gustaría subir volando a las cimas nevadas de la vida ideal; pero la tentación del pecado ya me abruma con peso de plomo. Dime, hijo, ¿nunca, tal vez, has echado de ver en ti esta gran lucha, este combate, esta guerra sin cuartel, que un niño de primera enseñanza, en su lenguaje ingenuo, expresó de esta manera: «¿Cómo es tan bueno el ser malo y tan malo el ser bueno?».

Pues bien, hijo mío, el que en esto triunfa es un joven heroico.

O ¿es que hay jóvenes no heroicos? Por desgracia, ¡los hay! Y ¡cuántos! Va un estudiante por la calle y el otro le pincha..., ya le levanta el puño y empieza la riña: no es héroe; sólo aquel que sabe refrenar su naturaleza, sus malas inclinaciones, es héroe.

Es héroe quien vuelve la espalda si, al ir por la calle, choca su mirada con un anuncio de mal género, con un cuadro inmoral de algún mostrador.

Si has ofendido a alguien, ¿sabes pedirle perdón inmediatamente? Es heroísmo muchas veces.

Por más que te seduzca el pecado, ¿sabes permanecer firme en el honor? ¡Esto es heroísmo!

6. ¿Y sin sacrificios?

Bien, ¡todo esto es muy hermoso! ¡Tener carácter! También yo quiero tenerlo. ¡Llevar una vida ideal! También yo lo deseo. Pero, ¿no habría para esto un camino más fácil? ¿No hay, de veras, más que este único camino para llegar a tener carácter? ¿No sería posible alcanzarlo más barato sin sacrificios?

No; aquí no se puede regatear. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz y sígame», dice Nuestro Señor Jesucristo[15]. Quien quiera estar con el Señor en su Reino Celestial no ha de abandonarlo a Él, ni siquiera en el camino pedregoso de la cruz.

Pero dime, amado hijo, ¿qué cosas hay ahora en el mundo que se den «de balde»? Nada, absolutamente nada. Mira cómo sufren los hombres, cómo trabajan por su efímera vida terrena, haciendo día de la misma noche. Y tú, ¿quisieras lograr precisamente tu gran tesoro, tu carácter, completamente «de balde»?

«¡Qué bien estás!», suspira algún que otro joven al contemplar a su amigo en el goce de las diversiones. ¡Qué bien hallado está quien toma la vida ligeramente! ¡Cuántas alegrías debe tener aquel muchacho que sólo baila y se divierte!...

¡Cuán engañado andas, hijo! Si pudieses penetrar con tu mirada en un corazón que sólo salta en pos de los placeres terrenos, ¿qué

---

[15] Mt 16, 24.

cosas descubriría en él? Tú crees hallar alegría, satisfacción, y no hay más que vaciedad, sonrisa forzada. Tiene razón la *Sagrada Escritura*[16]: «Los impíos son como un mar alborotado». Son el juguete de la tempestad de las pasiones y su alma queda nublada, aun cuando el huracán les deja un poco de diversión.

Mira qué opinión tiene en este punto un célebre filósofo inglés, John Stuart Mills: «De quien nunca se priva de una cosa lícita no se puede esperar que rehúse todas las prohibidas. No dudamos que llegará tiempo en que se acostumbre a los niños y a los jóvenes a la ascética sistemática, al ejercicio de la abnegación, y, como en la antigüedad, se les enseñe cómo han de negar sus deseos, cómo han de afrontar los peligros y cómo han de sufrir dolores por su propia voluntad».

Por esto prescribe la Religión Católica la abnegación, el ejercicio de la voluntad, la ascética.

¿Ascética? ¡Uf!, piensas, porque te han llenado la cabeza con que la ascética significa mortificación, extirpación de las alegrías de la vida.

Pues mira. El significado originario de esta palabra, «ascesis», es «elaboración fina»; los griegos entendían por tal aquella vida de preparación, de pulimento y de sacrificio con que se disponían los atletas al certamen para poder aprovechar, en el grado más elevado, las fuerzas latentes de su cuerpo.

También el carácter es el resultado de una lucha, de un combate, de un certamen. La fina elaboración de nuestro propio ser no brindará sin ejercicio buen resultado, y nuestra Religión Sacrosanta prescribe precisamente la práctica del sacrificio para darnos ayuda en la educación de nuestra alma.

Sin sacrificios y abnegación no hay éxito grande en esta tierra; ¿y tú quisieras llegar en tren de lujo al mayor de los éxitos: a la nobleza de carácter?

---

[16] Is 57, 20.

Ya sabes que cuando alguien se prepara para el campeonato, el entrenamiento ha de tener dos direcciones. Por una parte, se ejercita día tras día, de suerte que viene a tener molidos los huesos.

Supongamos que va a tomar parte en un concurso de remo. Se levanta temprano, con el rayar del alba. Se encamina a pie hasta el club de regatas. Se sienta en el esquife y rema y suda todos los días. Curtido por el Sol, sudando a mares, quebrantado, sale después de tres horas, para empezar todo de nuevo al día siguiente, y en los días sucesivos, semanas y semanas.

Por otra parte, lleva una vida muy moderada y se abstiene de todo placer. Casi no se atreve a comer pastas, para no engordar. No puede fumar. Le están vedadas las bebidas alcohólicas. Todas las noches ha de acostarse puntualmente, etc.

Y ¿para qué toda esta abnegación? Por una medalla de plata y por la gloria de ser campeón.

Y a ti, ¿te pesa la lucha para conseguir el carácter?

Y, fíjate: hay otro pensamiento interesante. En la vida todo el mundo ha de hacer sacrificios; la diferencia estriba tan sólo en el motivo por que se hacen. ¿Conoces, por ejemplo, algún avaro? ¡Cuán miserablemente vive, cómo cuenta los últimos céntimos! Casi no come, su vestido es harapiento, no se atreve a dar un paseo para no deteriorar los zapatos. Ahoga todos sus deseos; vive sin alegrías y sin amigos. Y todo esto, ¿para qué? Para amontonar fortuna. El avaro sacrifica su personalidad, su alegría, su honor, por el dinero... ¡Nadie diga que no es esto sacrificio! ¿No vale la pena realizarlos por fines más elevados, mil veces más sublimes?

Mira al codicioso. ¡Cuánto corre! Está de pie desde la mañana hasta la noche, no tiene un momento de descanso. ¿Por qué? Por el dinero.

Mira al vanidoso. ¡Con qué atrevimiento pone en juego hasta su misma vida, con tal de alcanzar celebridad!

¡Cuántas noches pasa sin dormir, cuánto se mueve, cuánto suda el que va de bailes y fiestas! ¿Podría sacrificarse sólo una mitad para ayudar a su prójimo?

«En todo hombre hay un santo y un criminal», dijo un orador francés, Lacordaire. El criminal va adquiriendo fuerzas en tu interior por sí mismo, y crece aunque no lo cuides; pero si el santo ha de adueñarse de ti, es menester una labor perseverante, ardua, la educación de sí mismo.

Ciertamente, sin lucha no adelantarás un paso. Quien desea labrar una estatua ha de quitar mucho del tosco bloque de mármol; y quien quiera moldearse a sí mismo y hacer una obra maestra de su persona, ha de pulirse sin descanso.

Una hermosa estatua no se labra en breve tiempo; pero aún es más difícil dar la última mano al carácter. Para ello se necesita un trabajo perseverante y metódico. Adopta tú también el lema de Carlos V: «*Plus Ultra!*» «¡Aún más!» ¡Aún más allá!

Le preguntaron a Zeuxis por qué trabajaba con tanta diligencia en sus cuadros. «Porque trabajo para la eternidad», contestó. Amado hijo, tú trabajas de veras para la eternidad cuando pules tu alma. ¿Y encontrarás excesivo el trabajo?

7. El monje domador

Muchos jóvenes estarían dispuestos a matar el dragón en el bosque, cual otro Sigfrido; pero no tienen paciencia para combatir el dragón de las malas inclinaciones que mora en su alma. Y, sin embargo, ¡qué bendito trabajo es éste!

El abad de un monasterio antiguo preguntó una noche a uno de los monjes: «¿Qué has hecho hoy?» «Oh –contestó el fraile–, tenía tanto que hacer hoy, y también los otros días, que mis propias fuerzas no me habrían bastado, de no ayudarme la gracia de Dios. Tengo que domar cada día dos halcones, debo aprisionar dos ciervos, es preciso que amanse dos gavilanes, he de vencer un gusano, tengo necesidad de domesticar un oso y de cuidar a un enfermo». «Pero, ¿qué me cuentas? –dijo con risa el abad–. No hay modo de hacer esto en todo el monasterio». «No obstante, es así –contestó el monje–. Los dos halcones son mis dos ojos, que he de vigilar continuamente para que no miren cosas malas. Los dos ciervos son mis dos piernas: he de guardarlas para que no corran al pecado. Los dos gavilanes son mis dos manos: he de obligarlas a que trabajen y hagan obras buenas. El gusano es mi lengua: he de refrenarla para que no charle cosas vanas y pecaminosas. El oso es mi corazón: he de luchar continuamente contra el amor que se tiene a sí mismo y contra su vanidad. El enfermo es todo mi cuerpo, que he de cuidar para que no le avasalle la concupiscencia».

El combate contra los instintos desordenados es un domar continuado, que tú también, hijo mío, y todos los demás que quieran tener carácter, habéis de cumplir día tras día.

El joven que se preocupa de su carácter nunca excusará sus faltas diciendo: «Es por demás; yo soy así; yo nací con este temperamento», sino que trabajará sin tregua en el perfeccionamiento de su alma. Repite, por tanto, muchas veces para tus adentros: Aunque moren fieras en mí, llegaré a domarlas. No me resigno a ser como sería según mi temperamento, sino que he de ser como yo quiero. «*Wir sind hier, um zu werden, nicht um zu sein!*»: «Estamos en este mundo no para pararnos en lo que somos, sino para plasmar lo que hemos de ser» (Sailer).

Hay una leyenda muy pintoresca de San Columbano, el evangelizador de los bávaros. Toda su fortuna consistía en un manso borriquito. En los viajes apostólicos iba el jumento detrás del santo, llevando el modesto bagaje. Al pasar un día junto a una enmarañada selva, sale repentinamente de la maleza un oso y le destroza el jumento. ¿Y qué hizo el santo? Se fue derecho al oso y le cargó el bagaje. «¡Ah, hermano, tú has matado mi borrico! Pues bien, ahora tendrás que llevar tú mi equipaje». Y ved ahí que la fiera, todavía bañada con la sangre de la víctima, inclinó la cerviz y en adelante sirvió a su señor como un manso cordero.

No te quejes, pues, nunca de que eres muy apasionado, fogoso, precipitado, ambicioso, vivaracho, etc. Amansa el oso, y úncelo a tu carruaje. La pasión en sí misma no es una plaga; lo es tan sólo la pasión desenfrenada. Sin grandes pasiones no se pueden hacer obras grandes; por tanto sin ellas no hay hombres grandes, ni santos.

La pasión es el viento del mar. Si no sopla, los barcos se paran, inactivos, con las velas caídas. Pero no basta que sople el viento. Todo depende de si sabemos aprovecharlo con habilidad para hinchar las velas de nuestra embarcación; porque, de lo contrario, no hará sino volcar la nave.

La formación del carácter, según el espíritu católico, no exige que extirpes tus pasiones, sino que las trueques prudentemente en aliadas. Por tanto, no sigas sus consejos, mas aprovecha sus fuerzas; porque la pasión puede ser mala consejera, pero es resorte poderoso si bien lo empleas.

Precisamente la pasión bien aprovechada es la que da temple a la voluntad. Sólo quien persigue «apasionadamente» un fin noble podrá vencer todos los obstáculos. Las pasiones son corceles fogosos en el carro de tu vida; si las dejas en libertad, te arrastran al precipicio; si llevas con mano firme la rienda, te harán volar gallardamente hacia tu fin. Toda pasión es como el fuego: puede ser bendición y puede ser maldición, como escribe Schiller en *La Campana*:

«Es el fuego potencia bienhechora,
mientras la guía el hombre y bien la emplea».

Por más brioso que sea tu temperamento, por muchas que sean las malas inclinaciones heredadas (no es culpa tuya tenerlas), no te desanimes ni te quejes. Haz cuanto esté a tu alcance para ennoblecer tu alma y después acuérdate de la gran verdad consoladora: «*Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam*». «Dios no niega la gracia a quien hace todo cuanto puede».

8. Quien se levanta de mal talante

También el alma tiene sus cambios atmosféricos. Algunas veces te inunda un piélago de luz, la alegría; otras veces, sin saber tú mismo por qué, te agobia una niebla pesada, húmeda. Hoy se prolonga el tiempo, tienes buen día. Mañana basta una adversidad, el más leve contratiempo, un malestar pasajero, etc., para ponerte de mal humor. «Se ha levantado de mal talante», dicen entonces los hombres al encontrarte. «Estoy de mal humor», repites tú mismo.

No hay duda, el humor no depende de nosotros; por tanto, no somos responsables; pero, en cambio, de nosotros depende hacer todo lo posible para adueñarnos de nuestro mal humor y no dejarnos llevar en el cumplimiento de nuestros deberes a merced del humor, bueno o malo. Sí; cuando estés de buen humor, aprovéchalo; entonces te será más fácil el trabajo. Pero si sólo estudias cuando estás de buen humor, no harás nunca trabajo concienzudo. Y, sobre todo, ¿qué será de ti más tarde, cuando te descuides en tus obligaciones oficiales, so pretexto de que no tenías humor para ellas? Por tanto, quien no tiene ganas de hacer tal o cual cosa, sáquelas de donde pueda. Debe obligarse a sí mismo a trabajar. De buen grado o de mal grado. Lo mismo da. Es mi deber, lo cumplo y en paz.

«Pero –preguntarás, acaso–, ¿para qué sirve trabajo semejante?» ¿Para qué sirve? Tendrá el valor enorme de acostumbrarte al cumplimiento del deber. Y así, no será el humor dueño de tu voluntad, sino tu voluntad quien domestique al humor.

Aún más: hay que ser dueño del humor no sólo en el trabajo, sino aun en las relaciones sociales y en el modo de proceder. Aun estando de mal humor, no debes hacerlo sentir a los que te rodean ni mostrarlo con enfados, con cara larga, con descontento. ¡Cuántas veces tuvieron que dolerse los hombres de palabras ofensivas y acciones precipitadas que cometieron sin premeditación, bajo la influencia de su mal humor! ¡Cuántas veces se nos escapan frases no pensadas, de las que sólo más tarde vemos cuan ofensivas eran para otros! «¡Dios mío! Pero yo no quería. No pensaba en las consecuencias que se pudiesen seguir». Sí, sí; pero el pesar ya llega tarde.

La verdadera grandeza espiritual del hombre se muestra en las pruebas, en el peligro, en la desgracia. No desconfiar en medio de la desgracia, plantarse con la frente erguida de cara al mal, no abandonarse al desaliento, es virtud tan sólo del roble, de la roca, del alma grande. Lo mismo sucede en la lucha contra el mal humor.

En las oscuras profundidades del gran océano, donde nunca baja un rayo de sol, donde la Naturaleza pierde el color, donde la temperatura está continuamente cerca de cero, donde el aire contenido en el líquido elemento es de poca densidad, donde el peso de la mole inmensa del agua viene a ser abrumador, en el ambiente lóbrego de este desolado cementerio, ¡es curioso el caso!, viven unos peces luminosos. De la energía radiante del sol, de la fuente de la luz, nada puede llegar a estos abismos, donde perpetua noche aterradora lo envuelve todo, y, no obstante, ved ahí que la sabiduría del Dios creador proveyó magníficamente hasta este lugar oscuro: hay peces que, con su propio cuerpo, van haciendo de linterna. En los costados de algunos hay glándulas que brillan como perlas; hay otros que sobre su cabeza tienen una especie de

lente que junta la luz de las glándulas y, a manera de reflector potente, la despide después multiplicada en el seno de las tinieblas. Hasta en el abismo más oscuro del océano vibra una vida inundada de luz y de destellos.

Si tienes orden en tu alma, nunca has de estar de mal humor, sombrío, desalentado. No te levantes jamás «de mal talante». Procura tener un humor jovial, expansivo, capaz de trabar conversación con los pajarillos, y vence así tu mal temple. Y trata de ser, sobre todo, fuente de vida, de alegría, de luz, de sol, cuando la tristeza, las dificultades económicas y los millares de preocupaciones de la vida penetran en tu hogar y echan acaso su velo negro sobre el alma de tus mismos padres.

Post tenebras spero lucem[17]. «Después de las tinieblas llegará la luz». Después del mal tiempo brillará el sol.

---

[17] Jb 17, 12.

9. «No tengo suerte»

Muchos jóvenes, si han tenido cero en la escuela, desanimados suspiran: «Es por demás; no tengo suerte». Y si alguno de sus compañeros adelanta, en seguida tienen preparado el fallo: «¡Claro! Siempre tiene suerte este tipo».

Y, sin embargo, el éxito no es tan sólo cuestión de suerte; y quien de la suerte espera el éxito, en vano esperará con la boca abierta el pollo asado, trinchado y servido. El que quiera lograr algo en la vida, no haga reproches a la suerte, sino tome la ocasión por los pelos y no la suelte.

¿No tienes toda una cuadrilla de obreros que trabajan para ti? Ahí están tus dos brazos vigorosos, tus diez dedos hábiles, tus pies incansables, tus ojos agudos, tus oídos despiertos..., todos ellos están dispuestos a trabajar para ti. Y tienes, además, tu cerebro refinado, penetrante, esa admirable oficina central con instalaciones telefónicas y telegráficas, donde se reciben en un minuto millares de telegramas expedidos por tus cinco sentidos, y sin demora se despachan. ¿Para qué esperar, pues, ayuda extraña? ¡Que Panchito te soplará la lección de Historia! ¡Que el tío de tu madrina te ayudará a pescar un pingüe empleo! Quien así echare cuentas galanas[18] en su juventud, no reportará gran provecho ni a la sociedad ni a su Patria.

---

[18] Cuentas galanas: cálculos lisonjeros y poco fundados. *(N. del Ed.).*

Los mahometanos tienen un proverbio interesante: «El mundo entero pertenece a Dios; pero Dios lo alquila a los valientes». En otras palabras: el joven no ha de esperar inactivo la suerte de cazar protecciones, sino que ha de fraguar sobre el yunque, con duro trabajo, la carrera de su vida, según lo de Horacio: *Multa tulit fecitque puer, sudavit et alsit.* «Mucho sobrellevó e hizo el joven; mucho sudó y jadeó». Únicamente el que se haya metido con tenacidad en la cabeza que vencerá, y que aun después de resultados ineficaces, ya que nadie puede evitarlos, emprende el trabajo una y otra vez con vigor creciente, vencerá de veras.

Por tanto, lo principal no es la suerte, ni siquiera el talento brillante, sino el ánimo concienzudo, obstinadamente tenaz en el trabajo.

Las orillas del mar de la vida están llenas de tristes náufragos que, a vueltas de un gran talento, estaban faltos de fuerza de voluntad, de valentía y de perseverancia; mientras que otros con menos talento, pero con voluntad inquebrantable, bogan a velas desplegadas hacia el término del viaje.

10. «Lo he intentado... en vano»

Muchos se desalientan y descorazonan, porque no distinguen entre el serio querer y el mero desear. Muchos jóvenes se quejan: «¡Cuántas veces he querido enmendarme! ¡Cuántas veces he querido esto, aquello! Pero en vano, no lo he logrado».

Y es que no lo quiso, ni lo intentó; sólo se lo imaginó: que sería así o asá. «Quisiera enmendarme»..., pero nada hizo para ello. Hay una diferencia enorme entre el «quisiera» y el «quiero». El primero es un soldado pintado, nadie se asusta de él, mucho menos le temen sus defectos; el otro es un poder vencedor del mundo, capaz de triturar todas sus faltas.

En una hermosa tarde de mayo, un estudiante trabajaba junto a la ventana de par en par, y, de repente, se posó en su mesa un coleóptero. ¡Pobre animalito! Se cayó, y quedó patas arriba. El muchacho comenzó a observarlo. ¿Qué hará? Se revolvía, movía las patas, se meneaba, se debatía, pero no podía ponerse en pie. Es el «quisiera». ¡Ah! Sí; si me quedo tendido, me moriré de hambre; quizá me pisoteen. Luego, con gran esfuerzo, abre los dos élitros, sobre los que había quedado tendido, saca sus rojizas alas membranosas, zumba, se remueve de nuevo... Ya se vuelve a un lado..., bien..., adelante..., es necesario, preciso, porque si no, me muero...; por fin ya está en pie..., y en el mismo instante ya vuela,

triunfante, hacia las alturas, hacia nuevos horizontes. Es el «quiero». El coleóptero se ha ido, pero de él puedes aprender cuál sea la diferencia entre los lamentos del «quisiera» y el acento triunfal del «quiero».

«Lo he intentado, ¡en vano!». No te enfades si lo digo sin rodeos: no es verdad; no lo has intentado. Te lo imaginas tan sólo..., «quizá no estaría mal probarlo». Eres uno de los muchos que sólo son hombres a medias, ¡son tan numerosos en el mundo!, que no se atreven a dar inexorablemente con puño de acero en el núcleo vital de sus pasiones, sin lo cual nadie puede librarse de la estrecha jaula de los deseos instintivos.

«Lo he intentado». Pero entonces, ¿por qué seguías mirando de reojo el fruto vedado que querías despreciar? Lo sabes; por una triste experiencia sabes muy bien cuan amargo gusto dejaron estos frutos en tu boca; y, con todo, te pesa dejarlos. ¿Por qué ibas cediendo un poquito, pero algo cada día, de tus buenas resoluciones, concebidas con noble entusiasmo?

¿Habría descubierto Colón la América si hubiese dado entrada al menor desaliento por el fracaso de sus primeras tentativas? ¡Cómo iba pordioseando de país en país, en busca de ayuda económica para su viaje! Se reían de él por todas partes, teníanle por aventurero, por visionario; pero él se aferró resueltamente a sus propósitos. Tenía bastantes motivos para creer que más allá del continente conocido no podía ser todo mar, sino que debía de haber más tierra; y emprendió el gran viaje, aunque sus contemporáneos pensaran que no habían de verlo más.

Nil tam difficile, quod non solertia vincit, «no hay obstáculo que no se pueda vencer con habilidad».

Escoge por divisa el mote del escudo que tiene una provincia de Holanda, es la de Zelanda. Este trozo de tierra, en su mayor parte está por debajo del nivel del mar. Ha de luchar continuamente con las aguas. El océano llegó a cubrirlo varias veces, y,

con todo, en sus armas ostenta las palabras de triunfo: *Luctor et emergo*. «He de luchar, pero siempre quedo a flote».

11. «*Valde velle*!»

Valde velle! «Querer mucho». Dos palabras latinas excelentes. De modo magnífico expresan el camino del carácter. El carácter no brota de suspiros mujeriles, de la efervescencia de una soda, de unos arranques que se lanzan para detenerse en seguida, sino de un trabajo metódico, perseverante y educativo y de poner en juego todas las energías espirituales.

San Francisco de Sales, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: «Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto». Y cumplió su palabra. Así se forma el carácter.

Pero ya comprenderás que para ello no habría bastado el ímpetu de un solo momento. Muchos jóvenes «quisieran» muchas cosas, «desearían» y «les gustaría que fuera así o asá»; nada, sin embargo, hacen para ello. Pensarlo bien, emprenderlo con tesón y perseverar con constancia; he aquí el camino del carácter.

¿Conoces alabanza más alta que la grabada en el epitafio del mayor Dominik en Kribi (Camerún)?:

«No miró a la derecha.
No miró a la izquierda.
¡Adelante! ¡Derecho al fin!
¡Con la confianza en Dios!
¡Y a través de todo!»

Es inconcebible lo que es capaz de hacer el hombre, sólo con que sepa querer con decisión y constancia.

Grandes fuerzas duermen en nosotros. Mucho mayores de lo que pensamos; pero están encadenadas. Debes creer que hay en ti escondidas grandes fuerzas, y así se romperán de improviso las cadenas. Por tanto, da comienzo a todas tus empresas con este pensamiento: conseguiré con toda certeza el fin que me propongo. Para quien carece de fe ciega en el triunfo, «el querer» es un «quisiera» débil, y, por tanto, ineficaz. Todo lo que debe hacer el hombre, puede hacerlo.

12. «¡Fuera los Alpes!»

En la vida de Napoleón encontramos un ejemplo excelente del gran poder que tiene la incontrastable voluntad varonil para vencer increíbles dificultades. Cuando conquistaba países, uno tras otro, e imponía su yugo a los pueblos, le dijeron que los Alpes cortaban el camino a su ejército. Y él contestó con tranquilidad: «Entonces, ¡fuera los Alpes!». Y en una región por donde antes no se podía dar un paso, trazó el célebre camino del Simplón. ¡Titánica fuerza de voluntad! Y si esta voluntad de acero se hubiera hermanado con adecuada rectitud de alma y hubiese vencido su egoísmo inconcebible, es bien seguro que tan gran espíritu no hubiese llegado a la tragedia. Pero en él puedes aprender a querer con fuerza.

En la puerta de un castillo medieval no hay más que esta sola palabra: *Decrevi*. Lo he decretado. ¡Qué varón de férreas energías debió de morar en aquel castillo para escoger este magnífico lema! «Lo he decretado, y ya está. Venga lo que viniere..., pero lo haré». Tú también has de ver antes de todo con claridad tu objetivo. Pero una vez que te hayas propuesto algo..., o vencer o morir.

¿Qué quieres ser, un gusano que se arrastra en el polvo, o águila caudal? ¿Arrastrarte continuamente por el polvo del «quisiera», debatirte sin fuerza, o bien lanzarte activo, cual águila, a las alturas transparentes? La vida corona tan solo a los héroes; y en la cabeza

de los soñadores, de los cobardes, coloca un gorro de bufón. *Ad augusta per angusta*; los senderos que guían a las alturas son estrechos.

Cuando Petöfi, en 14 de marzo de 1848, escribió su poesía célebre[19], el original no empezaba con las palabras: «¡En pie, húngaro; te llama la Patria!», sino «¡Adelante, húngaro; te llama la Patria!» Uno de sus amigos dijo entonces a Petöfi: «No está bien así. Antes se ha de poner en pie al húngaro, y sólo después se le podrá instigar: adelante, trabaja por la Patria». Y Petöfi cambió en seguida la magnífica poesía.

Tú también ponte antes en pie en medio de los deseos cómodos, de los muchos «quisiera», «me gustaría»; y después, adelante. ¡Hazlo! ¡Quiérelo! ¡Trabaja!

Y no te des por satisfecho con los lamentos de que «es por demás, soy débil, no podré lograrlo».

[19] El movimiento nacionalista de Hungría se agitó con gran hervor en la primavera de 1848. Kossuth pronunció su célebre discurso del 3 de marzo, en que exigía un Banco húngaro independiente, una nueva organización de defensa militar y Constitución y Gobierno nacionales. El 12 de marzo el partido de oposición de Budapst acordó presentar una demanda concretada en doce puntos. Se decidió a tener una asamblea el 14 de marzo. La juventud de la capital húngara juzgó demasiado lenta la marcha de los acontecimientos y se apropió el mando, capitaneada por Jókai y Fetöfi. El 15 de marzo por la mañana, proclamaron los doce puntos. Entonces fue cuando Petöfi recitó la célebre poesía mencionada escrita durante la noche. (*N. del T.).*

13. Frente a la suerte

En el retrato de todos los grandes hombres se podrían inscribir estas palabras: «Supo querer». A Santo Tomás de Aquino le preguntó su hermana: «¿Qué he de hacer para alcanzar la salvación eterna?». «Querer», fue su lapidaria contestación.

El joven no ha de acobardarse anonadado ante las dificultades, sino que ha de mirar de frente los obstáculos que le cierran el paso. Por más nublado que esté el cielo, llega a salir el sol. Y por más crudo que sea el invierno, ha de llegar un día la primavera.

Los jóvenes nunca tienen que anonadarse. Para los jóvenes, el trabajo; para los viejos, el descanso. Pero no desmayes jamás. Y adelante, con valentía, contra las dificultades. Muchas veces nos imaginamos las empresas mucho más arduas de lo que suelen ser. Y, sin embargo, lo dice muy bien un proverbio inglés: «Nunca llueve tan fuerte como parece desde la ventana».

Mira cuán sabiamente pensaba ya el pagano Séneca en este punto: *Adversarum impetus rerum viri fortis non vertit animum* –escribe[20]–; «la desgracia no quebranta al hombre valiente». *Calamitas virtutis occasio est*[21]; «la desgracia es ocasión para la virtud».

[20] *Dial.* 1,2.
[21] Prov 15, 6.

Ignis aurum probat, miseria fortes viros[22]; «el fuego sirve de prueba al oro, la, miseria a los hombres fuertes».

La historia de los grandes hombres ofrece en abundancia ejemplos muy alentadores. Hubo muchos que parecían tener conjuradas contra sí todas las fuerzas. Miles y miles de obstáculos se levantaban contra sus planes; pero ellos opusieron con noble ardor su voluntad de acero al sinnúmero de dificultades, y vencieron. Donde la primavera es continua y la Naturaleza siempre benigna, los hombres son indolentes y sin energías.

Ya he recordado antes qué calvario hubo de sufrir Cristóbal Colón yendo y viniendo con su plan por las cortes de Europa durante dieciocho años y cuántas intrigas se movieron contra él. Y, merced a su entusiasmo ideal, a su voluntad tenaz, pudo vencer por fin todos los estorbos y emprender su gran viaje. ¿Sabes cuántos años tenía entonces? Cincuenta y ocho. Otros a esta edad ya se jubilan. Él, sólo entonces, puso mano al gran ensueño de toda su vida.

Beethoven, el gran músico, estaba casi completamente sordo cuando compuso su obra más excelsa, su obra maestra.

Moisés, el gran libertador de los judíos, no sabía hablar sino con dificultad; pero con la ayuda de Dios y con el humilde reconocimiento de su flaqueza, se hizo jefe del pueblo.

Por tanto, ¡no seas pesimista! No digas: «En vano emprendo cualquier asunto, nací con mala estrella, nada me sale bien». No digas, como muchos: «A quien tiene suerte, hasta su buey le da terneros, y el desgraciado siempre se rompe la cabeza». Si te persigue la mala suerte, encárate con ella y no retrocedas. No te cruces de brazos.

«¡Es la suerte patrimonio de los tontos!». Con esto suelen consolarse los perezosos y los fracasados, queriendo significar así: «Yo, en cambio, soy muy listo». Los hombres son tan vanos, que

[22] Prov 5, 8.

siempre suelen echar a otros la culpa de su desgracia, cuando se deberían culpar a sí mismos.

Escucha cómo se lamenta el perezoso si un condiscípulo aplicado sabe bien su lección: «Claro está. Ayer recibió un pavo el señor profesor. ¡Ah, sí! ¡Si nosotros tuviéramos pavos que regalar!...». Pero no reconocerá nunca que el otro es diligente, y por esto adelanta, mientras que él es perezoso, y por esto se queda rezagado.

Escucha las quejas de un comerciante contra su compañero: «¡Claro está; tiene ya dura la epidermis! Mientras no sienta titubeos ante los fraudes, grandes o pequeños, ante un engaño...». Pero nunca concederá que es el otro quizá más diligente, más hábil, y tiene menos pretensiones que él; no admite que el otro se abre camino, no por medio del pecado, sino por la virtud, con ánimo tenaz en el trabajo, con habilidad, con fuerza incansable, con previsión; y que él fracasa, no porque sea honrado, sino porque, además, es inhábil, comodón, tal vez porque despilfarra las cosas con ligereza y no se preocupa de su negocio.

14. Los trece de la fama

Cuando Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, se vio por el camino en peligro inminente, de suerte que la tripulación se rebeló y exigió la vuelta, púsose en medio de sus hombres y les dijo: «Al Norte de esta línea os espera una vida cómoda, sin peligros, pero también pobreza, un destino oscuro; al Sur os esperan esfuerzos duros, combates arduos y penuria; pero si triunfamos, la riqueza, el poder y la gloria. Escoged, pues, ahora». Todos marcharon hacia el Norte; sólo hubo doce que se colocaron junto a Pizarro en la parte Sur. Y estos trece, «los trece de la fama», después de muchas privaciones, llegaron a la meta, porque no se habían arredrado ante la lucha.

Por tanto, no pierdas nunca la cabeza, por muy grande que sea el contratiempo. Algunos hombres pasan por muchas pruebas en la vida, y no parece sino que la desgracia los persigue. Si tú te encontraras en el mismo caso, no importa. No te aflijas. No te descorazones. Trabaja sin desmayo.

Quienes logran más en la vida son los que cumplen siempre su deber con alma serena y la sonrisa en los labios; se alegran en silencio durante la bonanza, sufren con virilidad la desgracia, y siguen el consejo del poeta romano:

Aequam memento, rebus in arduis,
servare mentem, non secus in bonis.

«En los trances duros y lo mismo en la bonanza,
mantente siempre con ánimo sosegado».

Supongamos que alguien pierde su colocación, su empleo. Es un contratiempo grave. Pero no hay que desesperarse. ¿No hay otro puesto para ti en toda la redondez de la tierra? ¿Y qué sabes tú lo que Dios quiere al cortar bruscamente tu carrera? ¿Quién sabe si no es así como te quiere guiar a tu debida carrera, a tu verdadero cometido, como lo hizo con el beato Edmundo Campión, el favorito de la reina Isabel de Inglaterra?

Celebrábase una gran fiesta, y Campión hubo de mostrar su admirable arte de montar a caballo delante de los invitados. Cayó del caballo. En vez de aplausos, una befa mordaz. Campión se recogió, descubrió su verdadera vocación, se hizo misionero jesuita, y dio su vida por Cristo como mártir. Sin la «desgracia» quizá hubiera pagado con el precio de su alma su posición encumbrada.

Y ¡qué loca insensatez cuando, para evitar las pruebas de la vida, el hombre recurre a la muerte! Sea cual fuere la caída, la catástrofe, la deshonra, mientras dura la vida siempre puede haber compensación o remedio. El desgraciado que se suicida echa por tierra esta única posibilidad de rehabilitación y colma el reato de sus pecados con el horror del suicidio.

Palma sub onere crescit; «la palmera crece bajo el peso». No sé si corresponde a la verdad esta creencia de los antiguos, pero sí afirma que un hombre de recia voluntad no sólo no se quebranta en medio de los contratiempos de la vida, sino que de los mismos hace peldaños para subir a las alturas.

Julio César desembarcó en África. Al bajar del buque tropieza de repente y cae en tierra. El cortejo, supersticioso, susurra, ve un *omen*, un augurio malo en el suceso. Pero César tiene una feliz ocurrencia. Extiende sus brazos, y con acento patético grita: *Amplector te, Africa.* «Te abrazo, África». Ved cómo supo forjar un éxito del mismo percance.

La lucha, las privaciones, no sólo son un «mal», sino también fuente de virtudes heroicas. Si no hubiese tentación, no habría tampoco dominio de sí mismo. Si no hubiese pruebas, tampoco habría perseverancia. Quien lucha, se hace fuerte.

Dante escribió en el destierro, luchando con la miseria, su magnífica obra la *Divina Comedia*. Schiller escribió en una dolorosísima enfermedad sus dramas de más relieve. Mozart terminó su *Réquiem* en el lecho del dolor.

No le iría bien al río si de todos los huevos saliesen peces grandes, ni al jardín si cada flor diese fruto; tampoco al hombre si sus empresas todas fueran coronadas por el éxito. Enseña el fracaso a ser humildes, y da vértigo el éxito continuo. Es capaz el hombre de soportar todo el mundo, menos un bienestar no interrumpido.

15. El peligro del éxito

No lo niego: sirve de acicate a la naturaleza humana para perseverar en el trabajo, ver que sus fatigas se coronan con el éxito, y pierde fácilmente el ánimo quien siempre fracasa. Comprendo que el éxito, el aplauso, gusta mucho a los jóvenes; pero he de llamarte la atención para que no presumas demasiado de ti mismo en tus posibles victorias. El fracaso, es verdad, puede quitar ánimos para el trabajo; pero el aplauso ficticio o conseguido demasiado aprisa puede causar la caída de muchos más talentos serios.

Hay jóvenes que por unos chillidos de violín, o por algunos brochazos, se ven aclamados por sus padres o por los huéspedes invitados a una cena suculenta como un nuevo Mozart o un nuevo Rafael. Naturalmente, no necesitaba más el muchacho. En seguida se cree ser un genio mundial, un «superhombre», y se comporta como cuadra, en su sentir, a un genio: es estrambótico, indisciplinado, nada merece su respeto, todo lo critica y, sobre todo, no se esfuerza en aprender. «Ya vivirá de su talento».

No sé, amado hijo, si tú también, te has visto en el trance de ser alabado sin ton ni son y proclamado futura celebridad como mago del piano, del violín o del pincel. Sólo te ruego, si de verdad el Señor te ha concedido talento y afición para uno u otro arte, que te formes en el que fuere cuanto puedas; pero cuidado con perder tu recto juicio. No te metas en la cabeza que hay dentro de ti un compositor o un poeta de fama mundial, y que, por ende, ya

no necesitas estudiar. Preocúpate mucho de tus inclinaciones artísticas, pero adquiere, junto con el arte, otro diploma, y procura también aprender otro oficio con que sostenerte después y no te abandones por completo a tu talento. Porque verás en la edad madura que en el mercado del arte pululan talentos medianos; y no hay que olvidar que estos talentos adocenados no pueden abrirse camino en la carrera del arte, de suerte que sea prudente basar en él toda la existencia. Y, confesemos la verdad, seguramente serán de mayor rendimiento para la Humanidad unos zapatos bien hechos que un tomo de versos modernos, o algunos monigotes futuristas ininteligibles.

16. ¿Dónde está Asia?

Y si no te es lícito presumir demasiado de los talentos que te dio el Señor, ¿qué decir entonces de los jóvenes que hacen escaparate de su «saber»? No hay escena más grotesca que la jactancia con que se pavonean por su caudal de «ciencia» los estudiantes de los últimos cursos del bachillerato. Ya lo saben todo. El profesor, para ellos, es un «infeliz» y el libro de texto una «estupidez». Han aprendido ya tanto, que hasta pueden permitirse el lujo de la incredulidad. Y no parece sino que van a descubrir por segunda vez la pólvora.

Aún hoy me río siempre que me acuerdo de la plancha fenomenal que se tiró un día uno de estos estudiantes «avanzados», de palabra hueca. Hacíanse en la clase ejercicios de latín. El profesor dictaba frases, y éstas debían escribirse, después de breve reflexión, en el cuaderno, traducidas al castellano. Pues bien: mi «sabio» amigo tenía su tema plagado de cosas por el estilo:

Multa paucis = Multa a pocos...; *Semper homo bonus tiro est* = El hombre siempre es un buen tiro...; *Non licet omnibus adire Corinthum* = No está permitido ir a Corinto en ómnibus... [23].

Y había también una frase tan oscura que ni el mismo profesor pudo entenderla, ni supo dar con la razón que había movido a

---

[23] La traducción legítima es: Mucho en pocas palabras. El hombre bueno siempre es aprendiz. No todos pueden ir a Corinto.

Gamarza a traducirla así. La frase original latina estaba tomada de la célebre oda que Horacio dirigió a Mecenas: *Maecenas, atavis edite regibus!* «¡Mecenas, vástago de regios antepasados!» Y Gamarza la había traducido de esta forma: «Tú cenas de mí, pero el pájaro come de los reyes».

–Pero, Gamarza, ¿qué puso usted aquí?

–¿Yo, señor profesor? He traducido palabra por palabra el texto.

–¿Qué texto?

–El que usted nos dictó: Me *cenas, at avis edit e regibus!*

Nunca olvidaré la ruidosa carcajada que brotó de los labios de los muchachos. El señorito ya no se pavoneó más con su «saber».

Y decidme sino, el pequeño cerebro del estudiante, ¿qué porción habrá podido abarcar del terreno amplio, inconmensurable y, por ende, vertiginoso, del saber humano? ¡Qué distinto es el acento del célebre naturalista Newton, quien, aun después de sus investigaciones y de sus resultados, decía que su trabajo era semejante al de aquel que fuese recogiendo ostras a la orilla del inmenso piélago de la verdad!

«Qué piensa el mundo –escribe– de mi labor, no lo sé; pero a mí me da la impresión de que es el juego de niño, a la orilla del mar; de vez en cuando quizá haya encontrado una piedrecita más vistosa o una concha más hermosa que mis compañeros de juego, mientras que el océano de la verdad seguía siempre impenetrable ante mí».

No estaría mal que los jóvenes gigantes de nuestros días meditaran lo que dijo modestamente Walter Scott, el gran sabio y escritor inglés, después de una larga labor sobre docenas de años, tenaz y perseverante: «Durante mi carrera me sentía atormentado e impedido por mi propia ignorancia».

Ved, pues: cuanto más sabio, tanto más modesto es el hombre; porque cuanto más aprende y sabe, con tanta mayor claridad ve lo increíblemente poco que sabe el más sabio.

No en vano dijo Sócrates: «La mayor sabiduría humana es saber que no sabemos». Y así escribe Séneca: «Muchos habrían sido sabios si no hubieran creído que ya lo eran». Y el proverbio húngaro dice: «Si tuvieras talento, no lo sacarías a relucir».

Suelen decir los alemanes de la gallina que cacarea estrepitosamente, pero que da pocos huevos: *Viel Geschrei, wenig Ei.* «Mucho ruido y pocos huevos». Mucho ruido y pocas nueces, decimos nosotros en castellano. Y un célebre predicador alemán, ya antiguo, Abrahán de Santa Clara, lo expresó así: *Stultus und Stolz wachsen auf einem Hols!* «La estupidez y el orgullo brotan del mismo tronco».

Había un estudiante, cuya hermana también era estudiante, y quería saberlo todo mejor que él. Un día, fastidiado ya de tanta jactancia, le dijo: «Pero, Paquita, no te metas en camisa de once varas... Vamos a ver: *equis partido por be subcero, multiplicado por coseno de alfa más épsilon.* ¿En qué lengua he hablado ahora? Pues es el tiempo que un cuerpo lanzado emplea en recorrer su camino. Ya lo ves, ¿comprendes de todo esto una sola jota?». Desde entonces fue más modesta la muchacha.

Alcibíades, en una ocasión, dijo con orgullo ante su maestro Sócrates cuántas haciendas tenía en las cercanías de Atenas. Sócrates sacó un gran mapa: «Muéstrame dónde está Asia». Alcibíades mostró un gran continente. «Bien. Y ahora, ¿dónde está Grecia?». También se la mostró, pero ¡qué trozo de tierra más pequeño en comparación de Asia! «¿Y dónde está en Grecia el Peloponeso?». Alcibíades casi no lo encontró en el mapa, tan pequeño era. «¿Y dónde está Ática?». Esta vez sólo pudo señalar un puntito. «Bien; y ahora, dijo Sócrates, enséñame, ¿dónde está, tu gran hacienda del Ática?». Pero ésta no podía encontrarse en el mapa.

Por tanto, no te creas, joven, que tienes extensos territorios espirituales, cuando el hombre más sabio no puede poseer más que un puntito, una arenilla de los enormes tesoros de ciencia que hay en el mundo. Y no has de portarte como si tú fueras el centro de todo, cuando, en comparación de la inmensidad del orbe, eres una molécula casi imperceptible aún con microscopio. Y al muchacho que se pavonea de su gran saber, pregúntale con modestia: «Dime, amigo, ¿dónde está Asia?».

17. ¿Quieres prestarme...?

Otra prueba decisiva del carácter del joven es la manera de procurarse dinero, ahorrarlo y gastarlo. Haz lo posible en la vida para no tener que pedir dinero prestado. Es difícil devolverlo después. Pero, por lo menos, has de aprender que quien todavía no gana, sino que vive de lo ganado por otro, no tiene derecho a pedir nunca prestado. Prepara su propia perdición quien a préstamos se acostumbra.

«Las deudas dan a luz seres terribles. Mentira, vileza, conciencias degradadas, hipocresía, todo esto pueden producir. En las caras abiertas y francas marcan muy pronto las arrugas. Clavan el puñal hasta el corazón del hombre honrado» (Jerrold).

Quien contrae deudas es esclavo en cierta medida: hipoteca su libertad. Si no has pagado a tiempo, ¡cómo temes encontrarte con tu acreedor! Si no puedes evitarlo, ¡qué historias le cuentas!... Bajas la cabeza y tienes que humillarte. Más vale acostarse con hambre que levantarse con deudas. Porque tiene razón el dicho: «El saco vacío no se aguanta» y «a lomos de la deuda cabalga la mentira».

No suele ser la bendición compañera del dinero prestado. Es un hecho comprobado por la experiencia que los hombres manejan el dinero prestado con más ligereza que el ganado con el sudor de su trabajo. No pidas, por tanto, dinero prestado ni lo des tampoco.

En casos excepcionales, cuando se trata de necesidades verdaderas, naturalmente puedes prescindir de la regla; pero harás un favor a la mayoría de los que te pidan dinero si rechazas su demanda. Si se enfadan, no te pese; no eran modelos de amistad. Porque nunca se ha de poner a un buen amigo en una situación tan espinosa, como es necesariamente la relación ingrata que se entable entre un acreedor y el que le debe.

Cuéntase un caso muy interesante de un viejo filósofo persa, a quien preguntó un joven derviche[24]: «¿Qué he de hacer? Los hombres me estorban muchísimo. Me quitan los minutos más preciosos». El anciano contestó: «Presta algo a los pobres, pide algo prestado a los ricos, y verás cómo no te molestan más».

¡Cuántos robos, engaños, estafas, degradaciones y suicidios se habrían evitado si aquellos infelices no hubiesen manejado en su juventud el dinero con ligereza!

[24] Derviche: Monje mahometano. *(N del Ed.)*.

18. El demonio del dinero

En circunstancias normales, antes de la guerra mundial, los estudiantes no tenían mucho que ver con el dinero. Sus padres ganaban, sus padres gastaban por ellos, y los muchachos, si acaso, tenían algún dinero con que podían permitirse algunos antojos.

Pero hoy vivimos tiempos extraordinarios. La locura, la caza del dinero, el *auri sacra fames* ha ya cautivado muchas almas de estudiantes. Estudiantes jóvenes emprenden especulaciones, corren en pos del dinero, y no hace mucho que se suicidó un estudiante en Budapest porque no pudo pagar sus pérdidas en la Bolsa. ¡Qué espantosa tragedia! Creo, pues, muy oportuno, escribir aquí algunos pensamientos acerca del dinero.

Yo quisiera que tuvieses concepto cabal de lo que vale. No se puede vivir sin dinero, es verdad; pero no lo es menos que vivir tan sólo por el dinero, no es vida humana. La caza del dinero no puede ser fin digno de la vida humana, ya que el dinero es sólo medio para la consecución de los bienes más elevados de la vida. Y si, por desgracia, son también hoy muchos los que queman incienso al becerro de oro, como los judíos idólatras en el desierto, y si también hoy en muchos círculos de la sociedad se avalora al hombre de esta manera: «¿Ves? Este tiene "auto" y 1.000 hectáreas de tierra». Ante ti, amado joven, lo principal será siempre esto: «¿Ves? Es un hombre honrado de pies a cabeza».

Un hombre muy rico dijo en el lecho de muerte: «He trabajado durante cuarenta años como un esclavo para labrar mi fortuna; los años que me restaban, de vida los he empleado en guardarla como un policía; ¿y qué he recibido en cambio? Comida, casa y vestido». Tiene razón San Bernardo: «La fortuna la conseguimos con fatigas, la guardamos con pesares y la perdemos con dolor».

¿Qué? ¿Entonces no está permitido crearse una fortuna con honrado esfuerzo? Claro que sí. Pero quien adquirió una gran fortuna con que podría hacer tantas obras buenas en favor de sus prójimos que sufren, y las omite, este tal no tiene perdón de Dios. Según la enseñanza sublime de Jesucristo, sólo está permitido amontonar grandes bienes si con ellos hacemos obras de misericordia.

No hay que ser comunista, no es menester negar el derecho de propiedad para conceder que las enormes fortunas de hoy no ha podido amontonarlas un solo individuo; muchos obreros las regaron con su sudor; por lo mismo, se debe invertir algo de tales fortunas en el bien común en favor de la Humanidad. *Noblesse oblige*. «¡Nobleza obliga!», es un proverbio que muchos conocen y practican. Pero la riqueza obliga también; obliga a prestar auxilio, a portarse con liberalidad. Graba en tu alma las sabias palabras del emperador Constantino el Grande: «Depende del destino el ser emperador; pero si el destino te colocó en un trono, esfuérzate entonces por responder bien a tu dignidad».

Yo te lo ruego, pues, encarecidamente, hijo mío: si Dios te deparó padres poderosos, esfuérzate por injertar cuanto antes en tu alma el espíritu cristiano, que es espíritu caritativo y social. «El corazón se endurece más aprisa en la riqueza que el huevo en el agua hirviente» (Burne). ¡Hijo del dueño de una fábrica, de un gran industrial: piensa sólo que, mientras en la caja de tu padre entran gruesas rentas mensuales, muchos miles de mineros sudan para ello en las entrañas de la tierra al débil resplandor de una linterna; cuántos obreros están junto a los hornos encendidos y a las ruedas de máquinas en movimiento continuo; cuántos caen

víctima de una desgracia durante el trabajo, pesado y difícil! Y a todos ellos les esperan en casa su familia, sus esposas y sus hijos, muchachos como tú, pero a quienes les falta muchas veces el pedazo de pan.

Si tales pensamientos viven en tu alma, encontrarás medios desde ahora para ayudarlos una y otra vez según tus posibilidades, y aún más, echará en ti profunda raigambre el serio pensamiento –¡que, por desgracia, es hoy tan raro entre las personas acomodadas!– de que recibiste de Dios tu fortuna sólo a manera de préstamo, y un día tendrás que rendir estricta cuenta de su empleo. Créeme, hijo; si este modo de pensar no fuera raro entre los ricos –¡y, sin embargo, es doctrina característica del cristianismo!– se podría resolver en un solo día la cuestión social, tan peligrosa y que amenaza con un derrumbamiento completo.

Preguntaron una vez a un rico que había sabido abrirse camino a costa de grandes luchas cómo pudo allegar tanta fortuna. Así contestó el rico: «Mi padre me inculcó profundamente que no debía jugar antes de acabar el trabajo; no gastar el dinero antes de poder ganarlo».

Palabras sencillas, al parecer, pero llenas de profunda sabiduría. ¡No derrochar el dinero que no has ganado! El que gasta el dinero ganado por otro, no puede llamarse todavía independiente, no es hombre acabado. Naturalmente, entre estudiantes no hay más remedio; ellos viven del dinero de sus padres. Pero han de proponerse firmemente no gastar ni un céntimo en cosas baladíes. Ni han de comprar nada a crédito, es decir, no han de gastar hoy el dinero que sólo tendrán mañana o pasado mañana.

Gasta siempre menos de lo que te produce tu renta. Muchos hombres están descontentos, no porque no gastan, sino porque no saben frenar sus pretensiones. Grandes propietarios, dueños de inmensas fortunas, se volvieron pobres, sin un techo que los abrigara, porque no cumplieron esta regla. Y no quisieron creer lo que Walter Scott pone en boca de uno de sus personajes históricos: «Ejecutó más almas el dinero sin filo que

cuerpos la espada cortante». Por otra parte, hombres de mediana fortuna pueden vivir honradamente y sin pesares si conocen el arte de la economía.

Hay muchos jóvenes que no saben manejar el dinero. Si pasan ante una pastelería, ante una tienda de fotografías, de deportes o de sellos, ante un «cine», cada cual según sus gustos, si tienen dinero en su bolsillo, no pueden dominarse. Estos muchachos en vano tendrán cuando hombres renta de millones; nunca estarán satisfechos y nunca tendrán dinero, porque toda su fortuna se derretirá entre sus manos, como la nieve al primer rayo de sol.

19. Cómo se cazan los monos

¿Sabes cómo cazan al mono los indios? Tienen un modo harto ingenioso. Atan bien fuerte al árbol una bolsa de piel con arroz, la comida favorita del mono. En la bolsa hay un agujero de tal tamaño que por él pueda pasar justamente la mano del mono, pero que, lleno el puño de arroz, no pueda sacarla de nuevo. ¡Pobre mono! Sube al árbol, mete la mano en la bolsa, y la llena de la comida exquisita. Sí, pero... no puede sacar el puño. En este momento sale del escondrijo una sonriente cara negra; el pobre macaco grita, salta, se retuerce... es inútil. El negro lo toma. Y, sin embargo, el tonto no hubiera tenido más que abrir la mano y soltar el botín, y estaba salvo. ¡Ah, sí! Pero antes el cautiverio, antes la muerte, que desprenderse de la presa.

Cuidado, hijo, que no te aprisione también a ti el amor ávido del dinero y no te arrastren a sus cárceles las negras pasiones.

Repito: no podemos vivir sin dinero. Pero la cuestión está en cómo nos conducimos para que el demonio del dinero nos sirva a nosotros y no seamos nosotros sus esclavos. El dinero tan sólo es medio ¡cuidado que no veas propiamente un fin en el adquirirlo! El dinero puede ser buen criado; pero ¡ay de ti! si llega a dominarte, y tú, por un plato de lentejas, por ventajas materiales, vendieras

el derecho de primogenitura de los hijos de Dios, los valores morales de tu alma grande.

Cuando alguien muere, suele preguntarse: «¿Cuánta fortuna dejó?» Y no es ésta la cuestión importante. Se habría de preguntar: «¿Cuántas obras buenas le precedieron allá en los cielos?» *O dives, dives; non omni tempora vives!* Por muy rico que seas, no has de vivir siempre.

El genio del hombre supo vencer y refrenar otras fuerzas maléficas; supo imponer su yugo a la electricidad, al fuego, al vapor; el espíritu cristiano es capaz de atar al servicio de los nobles objetivos al mismo demonio del dinero.

Quiero, no obstante, mencionar, aunque, gracias a Dios, espero que tú no necesitas el aviso, la influencia devastadora del juego en la vida moral.

Quizá no me importara verte con los naipes en las manos, si no jugaras por dinero. Es un pasatiempo que no produce descanso; los estudiantes tienen ya bastante con el tiempo que han de estar sentados; sus diversiones han de unirse a un ejercicio corporal. Pero nunca se puede aprobar que un joven de pensar serio y reposado juegue dinero.

La cuadrilla que en la mesa de juego caza dinero, aunque la integren por completo capitanes de húsares y condes, nunca se avendrá con un hombre de carácter serio. El ambiente, la manera de hablar, el aire mismo en que viven, siempre tensos los nervios, inducen con facilidad a embotar el fino sentido de la moralidad. Y no hablo siquiera de la ruina de un sinnúmero de carreras brillantes, cuya bancarrota empezó junto a las mesas de juego, y siguiendo en brazos de los usureros, terminó en el suicidio. Podría citar casos tristes de la clase media y de la aristocracia.

Y no creas que la adoración del oro es un peligro que amenaza tan sólo a los adultos de posición desahogada. Un muchacho pobre puede tener también un amigo rico, para quien el estudiar es cosa de segundo plano y lo principal es divertirse; pero ¡ay de

aquel que se deja deslumbrar por la «honrosa amistad» del compañero rico y en aras de la misma empieza él a malgastar también el dinero de sus padres, ahorrado con duras pruebas! Sólo un joven desalmado puede, fríamente, derrochar el dinero que sus padres tuvieron que ganar a costa de tantos sudores y trabajos. No estires la pierna más allá de la sábana que te cubre. Más gasto que renta... ahí tienes la ruina.

20. Hasta donde llega la sábana...

Quizás no querrás creerlo: si quieres llegar a rico, lo principal no es que sepas ganar, sino que sepas ahorrar.

«¿Quién es el más rico?», preguntaron al sabio griego Cleantes. «Quien se contenta con menos», contestó. Excelente móvil de la prosperidad material, y más tarde de la propia independencia, es saber ser modestos. Cuanto más moderadas fueren las pretensiones, en tantos más aspectos de la vida se logra la independencia. Y basta ver la maestría que tiene la civilización moderna en despertar día tras día nuevos deseos en los hombres. Si dos jóvenes emprenden la vida con igual talento e igual diligencia, prosperará más, sin ningún género de duda, el que tenga pretensiones y necesidades más modestas. La modestia en los deseos ya es de suyo una fuente de ganancia.

Cuantos mayores pujos[25] tiene un hombre, más prisionero se vuelve de los placeres.

¿Por qué tantos engaños, estafas, robos? Porque los hombres tan sólo quieren gozar, pero no quieren sacrificarse.

---

[25] Debería entenderse «pujo» no en su acepción más próxima; sino como intento o tendencia de una persona de prorrumpir en afectos exteriores. *(N. del Ed.)*.

¿Por qué tantas vidas desgraciadas? Porque gastaron más de lo que tenían.

¿Por qué tanto suicidio? Porque se sabe mucho de ambiciones y muy poco de deberes.

En la clase más modesta se ha de reunir un pequeño caudal para los casos imprevistos de enfermedad, de desgracia; para los días de vejez, cuando ya no se pueda ganar el sustento. Por más que se gane, si se consume todo, habrá que caminar siempre bordeando la miseria. No se tendrá conciencia de la propia fuerza y de la seguridad que suele dar al hombre el capital ahorrado, por muy modesto que sea. Hasta de un sueldo modesto se puede ahorrar; en cambio, quien cada día consume lo que ha ganado, no da ni un paso adelante en el camino de la fortuna.

Hemos de acostumbrarnos a la economía ya en los años de nuestra juventud. La economía educa el carácter y aumenta el sentimiento de la independencia, mientras que el derroche induce a la ligereza y empuja a la ruina. ¿Cómo es que, a pesar de todo, encontramos tan raras veces a un joven que sepa ahorrar? ¡Ah! Porque no es tan fácil la cosa.

«¡Soy tan pobre! ¿Cómo podré comenzar mis ahorros?». Ante todo, lleva cuenta puntual de las entradas y de los gastos. Es lo primero; no gastes nunca más de lo que tienes. Después: no gastes nunca superfluamente. Quien compra cosas inútiles, pronto se verá obligado a vender objetos que mucho necesita.

Mira un hombre vanidoso. ¡Cuántos gastos inútiles tiene sólo porque «los otros también lo hacen así»! Fumar, vestir lujoso, diversiones, comidas... El vanidoso ni siquiera viene a disfrutar del resultado de sus gastos, porque derrocha sin mesura, «por amor a otros». ¡Cuántos quebraron sólo, por haber querido el mismo traje, sombrero, teatro, caballo, «auto», «que el otro»!

Sobre todo –te lo repito–, gasta lo menos posible cuando se trata de gastar lo de otros, lo de tus padres. Bien lo pensarás –si

gastas no en cosas fútiles– cuando seas tú quien gane los dineros a fuerza de duro trabajo.

La economía tiene otra gran ventaja: permite al joven más pobre hacer obras de caridad. Y esto es un sabroso manjar espiritual de que ningún muchacho debería privarse. ¡Qué bello es el ejemplo del joven que distribuye los regalos de sus padres acomodados entre los compañeros que viven con estrechez! Pruébalo, por favor; verás qué sublime alegría te proporcionará separar algo de lo tuyo, privarte de minucias con un pequeño sacrificio, ayudando con ello a los más pobres. Quien sabe ahorrar, puede hacer obras de caridad, aun teniendo menguados recursos. Quizá haga más que quien alardea de su gran fortuna. *Summae opes, inopia cupiditatum*, dice Séneca; la mayor riqueza es tener pocos deseos».

21. La alegría del trabajo

Si amas a tu Patria, medita lo que dice «el mayor de los húngaros», el conde Esteban Széchenyi[26], en su obra intitulada *Crédito*: «La suma de hombres sabios es el poder verdadero de la nación... La fuerza común no proviene de las fértiles llanuras, de los montes, minerales, etc., sino de la inteligencia, que sabe usarlo con precisión».

El joven comodón, perezoso, ¿podrá ser nunca miembro útil de la sociedad? Una juventud ligera, que teme al trabajo, ¿podrá reedificar la Patria desgraciada, deshecha en ruinas? Quien de joven se limitó a ejecutar tan sólo el trabajo que se le imponía, ¿cómo cumplirá más tarde sus deberes, cuando a nadie tenga ya que rendir cuentas?

El perezoso es cruel verdugo de sí mismo. El hombre que todo lo tiene, cuyos deseos se cumplen apenas asoman, tendrá una vida con más espinas que flores. En medio del trabajo vuela el tiempo, mientras que andan en la indolencia con paso de tortuga

---

[26] El conde Esteban Széchenyi es autor de las obras intituladas *Crédito, Mundo y Stadium*. Al ver que Hungría en el terreno de la cultura y del bienestar general no alcanzaba el nivel de los otros países de Occidente, se propuso consagrar toda su vida a la patria. Concurrió a la fundación de la Academia, ofreciendo a este fin tedas sus rentas durante un año entero. Fundó, el año 1827, el «Casino Nacional». Después siguió haciendo nuevas fundaciones, todas de gran empuje y eficiencia patriótica. Reguló el curso del Danubio y del Tisza; construyó el primer puente. «Puente de cadena», para unir Pest con Buda. *(N. del T.)*.

los mismos minutos. El «no hacer nada» es el trabajo más cruel del hombre.

¿Qué le falta, pues? La alegría del trabajo. El trabajo es uno de los mejores educadores del carácter; da costumbre de dominarse a sí mismo, crea la perseverancia, templa la tensión del espíritu.

Qué bendición sea el trabajo, lo sabe sólo quien se vio obligado por mucho tiempo –supongamos que por causa de una enfermedad grave– a la inactividad. Se puede transformar en insufrible tortura el castigo de los penados sólo con no permitirles el trabajo y obligarlos a estar sentados horas y horas, días, semanas, sin hacer nada en su celda. Basta para volverse locos.

El emperador romano Septimio Severo cayó gravemente enfermo el año 211 en Britannia. Entra el tribuno a pedirle el santo y seña del ejército para aquel día. *Laboremus*, «trabajemos», contesta el emperador, ¡el emperador enfermo! Sabía que los deberes nacen con la vida, y sólo llegan a su fin al cerrarse nuestro ataúd.

Sin trabajo la vida es un soñar vacío y vano. El espíritu de los hombres perezosos se hace vacilante; su voluntad raquítica. Uno de los primeros medios para el robustecimiento de la voluntad es precisamente el trabajo, el esfuerzo continuo, minucioso. Quien trabaja no tiene tiempo de estar descontento, de rebelarse contra su suerte. Aún más: el trabajo hecho con brío, si llegamos a absorbernos por completo en él, hasta podrá librarnos de pequeñas indisposiciones: dolor de muelas, ligeras calenturillas. El trabajo que hacemos dándonos del todo a él, nos hace olvidar tales molestias: las vence.

Quisiera que los estudiantes perezosos, holgazanes, meditasen profundamente, una vez siquiera, qué timbre de gloria es el poder estudiar. Otros jóvenes, por la dificultad de ganarse la vida, se ven pegados a la máquina, a las herramientas, al arado; y para éstos permanecen escondidas para siempre muchas cosas interesantes. Pero cuando tú estudias o lees se levantan de las tumbas milenarias los héroes, te hablan antiguos sabios ya muertos, te cantan sus

leyendas poetas de fama mundial, toman vida monumentos de pueblos desaparecidos, se descubren los planes, los pensamientos de los mayores entre los hombres. Quien no tiene holgura y posibilidad de aprender, no llegará a saber nada de todo esto.

Tú, en cambio, puedes conocer la vida portentosa del fondo de los mares, la grandeza de los astros lejanos, las magníficas leyes de la Naturaleza. ¡Qué agradecido deberías mostrarte, pues el estudio es cosa permitida para ti!

El estudiante verdaderamente concienzudo siente bien tal alegría y no mide tacaño su trabajo, diciendo: sólo aprenderé tanto, porque sólo tanto es necesario. Sino que aprende todo lo que puede. Y después de la tarde pasada junto al libro, al llegar a la cena rendido, siente en su alma la alegría del trabajo, como lo cantó Schiller en *La Campana*:

«Sudor que brote ardiente
inunde nuestra frente:
que si el cielo nos presta su favor
la obra será renombre del autor».

22. «Me dolía la cabeza»

Y ahora mira entre los varios tipos de la sociedad estudiantil el molusco que voy a presentarte: exterior elegante, un abrigo del último corte, zapato amarillo con suela de goma, pañuelo perfumado, y dentro, en el alma, una vaciedad horrenda. Sobre su cuaderno de lecciones se lee: «N. N., estudiante del sexto curso», pero si quisiera ser sincero, debería poner allí: «N. N., vago profesional del sexto año». Porque tal muchacho hace cuanto puede hacerse sobre la tierra, menos una cosa: ¡aprender!

Se apodera de mí cierto malestar cada vez que de labios de tipo de dichos pollos redomados e hipócritas, en lugar de la lección oigo la falsa y consabida excusa: «Señor profesor, no he podido prepararme; me dolía la cabeza».

¿Le dolía la cabeza? No es verdad: pereza pura. Me gustaría mostrar a éstos la gran muchedumbre de jóvenes pobres, pero dotados de talento, que sienten la vocación de las aulas animados por su deseo, por su inteligencia, por su perseverancia, pero que no pueden seguirla por falta de dinero. Y si logran de algún modo ir a la escuela, ¡a costa de qué privaciones siguen sus estudios!

¿Y a aquéllos todavía «les duele la cabeza»? Por pereza han derrochado tanta fuerza de voluntad, que ya les resulta molesto el mero levantarse del sofá, o el buscar los libros de texto. Sí; cada tarde, mejor dicho, cada noche, a eso de las once, estudian algo, una media hora; mas entre tanto, no dejan correr cinco minutos

sin pasar la mano por el peinado de raya partida y deslumbrante de brillantina. Se ve claramente que, aun durante el estudio, su «yo» precioso es lo más importante para ellos. No es maravilla, pues, que no sepan la lección.

Cada hombre gasta una gran parte de los tesoros del mundo: comida, vestido, etc.; y esto ha de pagarlo de una o de otra manera. Por los bienes terrenos que gastamos hemos de pagar con el trabajo; quien no trabaja, pues, es un fardo sobre las espaldas de la sociedad, porque consume continuamente sin dar compensación. Por esto, escribe San Pablo con clara brevedad a los Tesalonicenses: «Quien no quiere trabajar, tampoco coma»[27].

Y tienen que trabajar no sólo quienes están obligados, sin otros argumentos ni raciocinio, a ganarse la vida mediante el trabajo. No, hijo mío. Por más rico que seas, aunque tengas todos los tesoros que se te antojen, has de trabajar. De la inactividad nace la ruina moral, y su consecuencia es el retraso espiritual. Quien no aprende, no sabe juzgar, cual cumple, al mundo; se hace esclavo de otros, de los más instruidos, aunque por el exterior parezca ocupar un trono.

En cambio, el que trabaja mucho llega a ser guía espiritual de la humanidad; su palabra resuena en los siglos y levanta sus ecos hasta cuando el cuerpo hace tiempo que se convirtió en polvo.

Los grandes poetas clásicos nos hablan hoy todavía con vida lozana en sus obras maestras. Platón aún hoy nos enseña su filosofía; Virgilio y el Dante siguen cantando sus versos; Shakespeare no deja de conmovernos..., y ¡han pasado siglos desde que murieron! El resultado del trabajo es, de veras, monumento más perenne que el bronce: *monumentum aere perennius*. ¡Ojala meditasen estas verdades aquellos estudiantes a quienes siempre «les duele la cabeza»!

---

[27] 2Tes 3,10.

23. La abeja y el abejorro

Vemos, con razón, en las abejas un símbolo de la diligencia. Es portentosa la perseverancia incansable con que vuelan durante todo el día de una flor a otra, recogiendo miel. La diligente abejita que de las flores liba la miel y el joven que trabaja en sus libros son muy parecidos. De la misma manera también nosotros, hombres ya maduros o estudiantes nada más, debemos extraer de muchos libros, de muchas impresiones, de observaciones múltiples con incansable solicitud, la ciencia necesaria para la vida.

Y hay aún otros puntos de contacto entre abejas y estudiantes. Se parecen asimismo en que ambos tienen parientes de menos valía. También las abejas tienen un pariente degenerado: el abejorro. Por fuera parece abeja trabajadora, zumba lo mismo hasta más fuerte; vuela de la misma manera de flor en flor; hasta se sienta en alguna que otra roca con tal seriedad, que al verlo cualquiera pensaría que saca miel de la misma piedra; pero después de los trajines de un día entero, siempre llega a casa sin miel. Así es el abejorro.

Y ¿cómo es el «estudiante–abejorro»? Está sentado ante el libro abierto, lo mismo que los demás; vuelve las páginas de la misma manera, y aun las vuelve más. Mira con tal seriedad las letras que no parece sino que hasta de la roca de la cubierta del libro quisiera extraer ciencia. Su madre lo acaricia con tanta com-

pasión: ¡«Pobre hijito, te matas con tanto estudiar!». Y, sin embargo, no hace sino remedar la diligencia.

Su entendimiento va errante por todas partes; en su cabeza se acumulan pensamientos que nada tienen que ver con el estudio. Menos mal si en su cerebro no se arremolinan conceptos malos y pensamientos poco edificantes, porque ahora sí que será copia fiel del abejorro, cuya larva, como es sabido, se cría con predilección en la basura.

El libro de los *Proverbios* del *Antiguo Testamento* pinta magistralmente, en pocos trazos, al hombre perezoso que «quiere y no quiere»[28]; que «se consume por sus propios deseos»[29], ya que toda su vida y toda su labor no son otra cosa que un encadenamiento de deseos y suspiros infructuosos. Ni por casualidad sabe decidirse a tiempo en las empresas, ve multiplicadas las dificultades, y al final, puesta la piel de carne de gallina, escóndese para huir del trabajo: «Fuera hay un león, y si salgo seré muerto en medio de la calle»[30], dice con miedo.

«El Álgebra es terriblemente difícil; es inútil; no es posible aprendérsela», repite. Y cierra el libro aún antes de empezarlo. Todo lo prueba, de todo tiene vagas noticias, pero nada sabe como corresponde. Es como aquellas navajas voluminosas en que hay hoja de corte, pero al mismo tiempo tienen también tirabuzón, tijeras y abotonador de zapatos; todas estas herramientas, sin excepción, son de una calidad pésima.

¡Te tengo lástima, pobre infeliz «estudiante–abejorro», que vas malgastando los años más fértiles de tu juventud!

---

[28] Prov 13, 4.
[29] Prov 21, 25.
[30] Prov 22, 13.

24. La grulla sin cola

Hay jóvenes que van pasando los años valiosos de la segunda enseñanza con verdadera habilidad, para sacar de ellos el menor provecho. Sí; van a la escuela, a ello se les obliga; pero sólo trabajan con medio corazón, con un solo ojo, con un solo oído.

¿Y la otra parte? Prestan atención muy a pesar suyo, pero con la mitad de su entendimiento recorren el campo del partido de fútbol que ha de jugarse por la tarde. Vigilan con un ojo; por el rabillo miran al profesor, pero al segundo leen ya de nuevo con el libro bajo el banco las agudezas de Sherlok Holmes. Si el profesor hace un movimiento, instantáneamente lo miran con una cara tan asombrosamente luminosa como si ellos hubieran sido los inventores del lacre.

Sinceramente, me dan lástima estos muchachos. Me dan lástima, porque estas dos mitades de su trabajo no pasan de ser un continuo titubeo. Ellos, sin embargo, sostienen que simultáneamente pueden prestar atención a dos puntos: a debajo del banco y a encima del banco; pero la psicología los desmiente. El tiempo se les va lo mismo que a aquellos que toman parte en la lección con alma y vida; la diferencia está en que unos ya se saben la lección, mientras otros tiran los libros, porque no comprenden ni una cosa ni otra.

Me llamó la atención una bandada de grullas que cruzaba un día los aires. Todo el grupo, en forma de cuña, surcaba magní-

ficamente el cielo; pero muy lejos de sus compañeras remaba tambaleándose, con inhábiles aletazos, una pobre grulla que se había quedado atrás. Le sacaron a la infeliz en una riña las plumas de la cola, su timón; y aunque trabajaba en el aire doble que sus compañeras, no llegaba con todo al final. Grulla sin cola es también el estudiante de quien hablamos: también él trabaja, pero no adelanta.

Ibsen, en *Peer Gynt*, pinta el estado de uno de estos hombres cuando con reproche le rodean las horas y los dones valiosos de la vida, malgastados. «Somos los pensamientos –le dicen– que deberías haber pensado. Somos las canciones que debiste cantar. Somos las lágrimas que debíamos haber brotado de tus ojos. Somos las acciones que pudiste y no quisiste realizar».

Yo quisiera que todos los jóvenes escribiesen sobre un cartón, y lo colocasen en un marco sobre la mesa de estudio para tenerlo siempre a la vista, las ponderadas líneas que siguen, y que un célebre comerciante hizo grabar sobre su tumba:

«No olvides que el deber principal de nuestra vida es el trabajo.

El tiempo es dinero; no malgastes ni un momento, y cuéntalos todos bien.

Haz a tus prójimos todo lo que deseas que ellos te hagan a ti.

Lo que puedes hacer hoy no lo dejes para mañana.

Lo que puedes hacer tú mismo no lo confíes a otro.

No desees los bienes de otro.

Da importancia a la cosa más insignificante.

No gastes de antemano lo que todavía no has ganado.

No disminuyas tus rentas; procura más bien aumentarlas.

Haz que un orden severo gobierne todas tus obras.

Esfuérzate en hacer el mayor número de obras buenas durante tu vida.

No te prives de nada que sea necesario para la comodidad de la vida; pero vive con honrada modestia y economía.

Y, por lo mismo, trabaja con diligencia hasta el último momento de tu vida».

A quien le gusta la miel no han de asustarle las abejas.

25. Temblorosa llama de bujía

Hay jóvenes de naturaleza especial que trabajan durante todo el día, siempre están ocupados; y, no obstante, por falta de perseverancia, son víctimas, dignas de compasión, de la debilidad de su propia voluntad. Siempre están atareados, no cesan un momento; pero no dedican más de diez minutos a una misma cosa; presentan sucesivamente de modo tan magistral sus actos inútiles, que llega a parecer una actividad febril.

Fíjate, si no, en cómo emplea la tarde uno de esos estudiantes. Después de la comida empieza a buscar los vocablos latinos. A los tres minutos copia un dibujo para un trabajo de sierra. Un ratito más y le verás en el sofá repitiendo machaconamente en voz alta las guerras de Napoleón. En esto cierra de repente el libro, porque se ha acordado de que tiene una película en el marco de copias positivas, que está al sol desde la hora de comer. Apresuradamente la quita de allí, y después de leer diecisiete páginas de una novela de Pereda, la toma con la lección de Física. Pero apenas escribe que la distancia focal (f) de las lentes se determina por los radios esféricos ($r1$ y $r2$) y el índice de refracción (n):

$$\frac{1}{f} = (n-1)\left(\frac{1}{r1} + \frac{1}{r2}\right)$$

cuando he aquí que atrapa con habilidad la mosca que se paseaba por su cuaderno, y coloca una de las alas del animal en su pequeño microscopio. Y con esto llega a feliz término la tarde. Su madre hasta le tiene compasión: «¡Pobre hijito, cuánto ha estudiado!». Y, sin embargo, hacía sólo que estudiaba.

La Historia cuenta del emperador Domiciano que se encerraba muchas veces en un cuarto y a nadie le era permitido estorbarle, como si hubiese querido profundizar en los asuntos más difíciles del Estado. En realidad, pasaba el rato cogiendo moscas y clavándolas en un alfiler. Lo mismo que aquel muchacho que con aire de pensador abre ante sí la *Res Romanae*, pero cuando sale su madre del cuarto saca de debajo *El Mundo Deportivo*.

El trabajo a retazos, falto de orden, además de cansar mucho más que el estudio serio, carece de todo valor. Es por demás; el espíritu humano no es capaz de prestar atención simultánea a muchas cosas.

Es natural que el estudiante que se mueve continuamente durante la lección, como ardilla en la jaula, y es inconstante como un gitano ambulante, no haga labor de provecho. Estos muchachos, aunque estudien de continuo, nada saben; prestan atención a todo pero nada retienen. Aprovechas incomparablemente más si estudias tres horas con atención intensa y entrega completa, y después te diviertes con el alma tranquila otras tres, que si estás sentado seis horas ante tus libros, pero no aprendes, ni juegas, y, por fin, como sucede después de todo trabajo a medio hacer, te levantas descontento de la mesa de estudio. El joven que mejor aprende, y más tarde también será quien rinda más provecho, es aquel que mientras estudia se olvida por completo del mundo, no se da cuenta siquiera del ambiente que le rodea, del tiempo, de las dificultades, y concentra toda su atención en un solo punto.

Confiésamelo: tú mismo fácilmente comprendes que si alguien, mientras baila unos lanceros franceses, medita la tesis de Carnot, tropezará en el suelo más llano; pues ¿cómo no ha de tro-

pezar y caerse en el examen de Matemáticas quien al prepararse en la tarde anterior sólo pensaba en la clase de baile de la noche?

No emprendas todo a la vez; empieza un solo trabajo; prosíguelo con perseverancia, no toleres desalientos y no lo abandones hasta llevarlo a buen término. *Age quod agis*. «Lo que haces, hazlo bien».

Es errónea, sin duda, la opinión corriente en nuestros días, según la cual aquellos hombres son «activos» y de espíritu «creador» que con nerviosa inestabilidad emprenden innumerables empresas.

¡Qué engaño! Los grandes descubrimientos, que significan un paso de la humanidad en el campo de la cultura técnica espiritual, nacieron mediante un trabajo constante, en el ambiente fértil del tranquilo escritorio, del laboratorio silencioso y de las calladas bibliotecas.

Lo que hace a los verdaderos héroes de la historia, en el terreno de la ciencia, de la literatura, del arte y de la industria, es la diligencia constante, reposada, con ánimos para mantener un trabajo reconcentrado de largos años. No se pueden escalar las cimas de las altas montañas con un solo esfuerzo gigante; a esto se comprometerían muchos jóvenes, sino con el trabajo continuado de millares de pasos pequeños, de un adelanto perseverante, a costa de trepar por las peñas, de remover obstáculos, de hacer pie... donde se pueda y resbalar muchas veces.

Créeme, hijo; el héroe no es aquel que es capaz de llevar a cabo una o dos acciones atrevidas; sino aquel otro que sabe ejecutar con valentía las obras más insignificantes de la vida.

Cuando después de comer se apodera de ti una pereza como la de la marmota durante el invierno, y venciéndola te aprendes el álgebra, eso es valentía.

Cuando por la mañana te sentaría tan bien seguir acurrucado entre las mantas calientes, pero al sonar la hora de levantarte saltas animosamente de la cama, eso es valentía.

Cuando el sol de mayo te convida a jugar, pero no has terminado aún las lecciones y te esfuerzas en seguir sobre el libro, eso es valentía heroica.

Cuando algo no te gusta y lo haces, a pesar de todo, con placer, porque así lo exige el mandato de Dios, eso, eso sí que es valentía de héroe.

26. El caracol y la liebre

El caracol y la liebre apostaron para ver quién ganaba una carrera. La meta sería el confín de un bosque cercano. El caracol emprendió su camino con gentil atuendo; sudaba, caminando tenaz y esforzado. La liebre, con ilimitada confianza, se acostó en el suelo bajo los rayos esplendorosos del sol, y pensaba: «¡Imbécil! ¿Para qué tantas fatigas, a qué vienen sudores tantos? Es por demás. En dos saltos te dejo yo tan atrás que no me verás ya la punta de la cola». El caracol seguía su camino, arrastrándose, sudando, trabajando, y, cuando la liebre se dio cuenta, no le faltaba más que un paso para llegar al bosque. «¡Voto a Briosle! Hay que correr. ¡Adelante!», exclamó la liebre. Da un salto, da otro salto; pero antes de dar el tercero, el caracol ya estaba en el bosque.

La perseverancia y la diligencia vencen al talento.

En el trabajo espiritual, también es condición de primera necesidad la constancia. No se puede decir que corresponda por completo a la verdad, pero encierra gran parte de ella el dicho francés: *Le génie c'est la patience.* «El genio es paciencia». Podría mostraros una larga lista de jóvenes de gran talento que corrieron a la ruina por su modo ligero de pensar. Aunque no lo tomaban muy en serio, hicieron sus estudios de segunda enseñanza con las mejores calificaciones; pero en la vida no dieron fruto, precisamente porque no estaban acostumbrados a un trabajo sistemático. No llegaron a nada. Por otra parte, muchos de los célebres pro-

hombres, durante los años de estudio no tenían más que un talento mediano, pero supieron compensarlo con diligencia férrea y con trabajo constante y sistemático.

El «aprender con facilidad» indudablemente es un don peligroso para muchos jóvenes. «¡Yo no tengo que estudiar; tengo talento!», dicen muchos jóvenes en sus adentros. Démoslo de barato; pero el talento solo no es ciencia; sólo es medio para alcanzarla. Y muchos jóvenes de talento fracasaron en las clases de segunda enseñanza o en la Universidad sólo porque no hicieron fructificar el talento que les fue concedido por Dios. «La labor perseverante vence todas las dificultades». *Labor omnia vincit improbus*, escribe Virgilio.

¡El caracol puede vencer a la liebre!

27. ¿Genio o diligencia?

El trabajo pertinaz y vigoroso, la paciencia constante y amplia, son como el agua que tranquila fluye siglos atrás y se cava un álveo profundo. No son todos genios; todo lo contrario; éstos son un porcentaje muy reducido de hombres; pero todos pueden proponerse un fin elevado, que después sigan con constancia tenaz durante la vida entera. El blanco, que nunca se pierde de vista, es el armazón, la espina dorsal en que se apoya el éxitos de la vida. Aún más: ¿cuál es una de las propiedades características del genio? La consagración apasionada, intensa a una rama de la ciencia o del arte.

Las creaciones científicas o artísticas más gloriosas para el espíritu humano las debemos no a la llamarada momentánea del genio, sino a una incontrastable y perseverante diligencia de hormiga. Los hermosos resultados de la constancia de una vigorosa fuerza de acción y de una voluntad firme, podrán lograrlos también, jóvenes de mediano talento espiritual. El gran secreto del éxito en este mundo está en perseverar con tenacidad e insistencia; tendiendo al fin noble y elevado que nos hemos fijado.

La diferencia entre el hombre grande y los hombres adocenados estriba muchas veces sólo en la energía y voluntad inflexible con que aquél se dirige al fin señalado; es lo que caracteriza a los hombres grandes y lo que falta a los hombres ordinarios. La perseverancia, la diligencia y el trabajo han sido incomparablemente

más provechosos al mundo que el genio, el talento brillante *Ohne Fleiss keim Preis*, dicen en alemán. «Sin diligencia nada se logra». Y ante el trabajo todo el mundo se inclina.

«Aprisa, aprisa. ¡Pasar lo malo del trabajo!», es la divisa de muchos estudiantes.

¡Ah! ¿Sí? ¿Sabes cuánto tiempo empleó Dante para su obra de fama mundial, la *Divina Comedia*? Treinta años justos.

Y Dickens, el gran escritor inglés, dice de sí que cada libro le costaba un trabajo inmenso.

Préscott, célebre historiador americano, ya era casi ciego; y, no obstante, cuando para escribir su gran obra *Fernando e Isabel de España* le fue necesario conocer los idiomas modernos, ya en la madurez de su vida empleó diez años en el estudio de lenguas.

Newton, el gran astrónomo, escribió quince veces su *Cronología* hasta que pudo darse por satisfecho.

Cuando Tiziano, el pintor de fama universal, envió a Carlos V su célebre *Última Cena*, escribió lo siguiente: «Mando a Vuestra Majestad un cuadro en el que he trabajado diariamente, y muchas veces hasta por la noche durante siete años».

Virgilio estuvo escribiendo durante veinte años *La Eneida*, y, no obstante, quiso destruirla antes de morir por no considerarla bastante buena.

Fenelón transcribió dieciocho veces su célebre obra educadora *El Telémaco*, y aun en la última copia borró y enmendó mucho.

Edison era todavía niño cuando pasaba ya la mitad de las noches leyendo; no leía novelas, sino tratados técnicos de mecánica, de química y de electricidad.

Tolstoi ejercía una crítica muy severa respecto a sus obras, y decía que el oro sale a la luz del sol después de pasarlo por el tamiz y lavarlo repetidas veces; no corregía tan sólo los borradores, sino aun las copias, de suerte que algunas veces el texto definitivo

era la tercera transcripción, pero había pasajes que corregía aún más veces.

Stéphenson trabajó durante quince años en el perfeccionamiento de su locomotora para obtener éxito.

Watt meditó durante tres decenas de años la máquina condensadora de vapor.

Hérschell quiso fabricar para uno de sus telescopios un espejo cóncavo. Hizo uno; pero no le salió a propósito. Hizo un segundo. Tampoco salió bien. Un tercero; tampoco le servía. Hizo más de doscientos espejos cóncavos antes de fabricar el que verdaderamente le convenía. Pero lo fabricó al fin. Ved ahí que hasta al talento genial le prestan eficaz ayuda la diligencia y la perseverancia.

Newton tenía un entendimiento vasto, y, no obstante, cuando le preguntaron cómo pudo hacer sus descubrimientos, contesta con modestia: «Sencillamente, estaba soñando siempre con ellos». Casi exageró la diligencia, ya que todo su descanso consistía en cambiar sus estudios y alternar los temas.

Ejemplo elocuente del magnífico resultado que dan más tarde el ejercicio y la disciplina practicados en los años de la juventud, es Roberto Peel, uno de los oradores de más relieve del Parlamento inglés, que refutó con admirable memoria todos los argumentos, uno tras otro, de sus contrarios políticos. Y, sin embargo, su entendimiento no pasaba de ser una medianía. ¿De dónde sacó aquella memoria excelente? Cuando niño, al volver de la iglesia su padre le hacía subirse a una mesa y recitar el sermón. Al principio, como es natural, le costaba; pero el ejercicio llegó a dar tal agudeza a su entendimiento, que repetía casi palabra por palabra los sermones. Y los éxitos de la plena virilidad los debió a este trabajo arduo de la niñez.

Los padres de Stéphenson, pobres como eran, no tenían medios de mandar a la escuela a su hijo, futuro inventor de la máquina de vapor; tuvo que trabajar doce horas diarias; pero robaba

tiempo a la noche, con tal de poder aprender a leer y escribir. Tenía diecinueve años cuando llegó a escribir su propio nombre. ¡Y qué alegría le proporcionaba el poder cultivar su entendimiento en los cortos ratos que le quedaban libres! Durante el descanso concedido para la comida se entretenía en resolver problemas de Matemáticas que escribía en el costado del carro del carbón.

28. En las trincheras

Por desgracia, abundan los caracteres que no son muy propicios a este trabajo insistente. Durante la guerra mundial, los húsares, con su empuje característico y heroísmo incontrastable, se metían, cabalgando, en los mismos nidos de las baterías ¡y morían!; pero no les gustaba estarse quietos semanas y semanas en las trincheras. Al final llegó a vencer el método de las trincheras. De la misma manera en la vida, los éxitos no se alcanzan con heroicas cabalgatas, con momentáneos arranques, sino con diligente constancia durante años y lustros. Aunque te cueste al principio, has de aprenderlo.

Esta paciencia activa levantó, a costa de enorme trabajo, las pirámides de Egipto; ella enseñó a los monjes medievales a copiar durante una vida entera, junto a la luz mortecina de un velón, las obras que nos legaron los clásicos griegos y latinos; esta paciencia observó, después de experimentos infructuosos de muchas decenas y centenares de años, las leyes de las fuerzas de la naturaleza, y las subyugó, una tras otra, para que sirvieran al hombre. Un proverbio húngaro dice que la paciencia da rosas. Da también ciencia, instrucción, modales, cultura.

El gran músico Haydn no dijo en vano: «El secreto del arte está en dedicar todas nuestras fuerzas a lo que hayamos emprendido».

Más vale no empezar el trabajo que proceder sin ton ni son. *Besser unbegonen als unbesonnen*, dice el alemán. «Más vale no empezar que lanzarse sin consejo».

El peor defecto de los jóvenes es la inconstancia en el trabajo y no obstante, la base de todo adelanto es esta diligencia inquebrantable; el esfuerzo moderado, pero continuo, y no una llamarada fugaz. El estudiante perezoso, ¡qué gasto de energía no hace para aprender antes de los exámenes! Pero ¿qué puede valer un empuje de algunos días después de una holgazanería de diez meses? Sea, pues, tu divisa la de aquella orden de caballeros que Ladislao IV fundó en el siglo XVII: *Vicisti: vince!* ¿Triunfaste? ¡Magnífico! ¡Alégrate! Pero no presumas. ¡Lucha, combate y vence también en adelante!

29. La educación de la voluntad

Los sentimientos, la imaginación, el temperamento ejercen gran influencia sobre la voluntad. No los dominamos por completo; por tanto, respecto a ellos la voluntad del hombre no goza de plena libertad. Has podido verlo por propia experiencia; una mañana te despiertas con sentimientos tristes, abatido; otro día, en cambio, saltarías continuamente de alegría; pero en vano buscarías la causa de tu tristeza primera, de tu alegría presente; tú mismo no sabrías decir cuál sea.

Lo mismo sucede con la fantasía. Un día, sin motivo especial, revive el recuerdo de acontecimientos lejanos en tu memoria, o bien pensamientos imposibles, imágenes falaces se pintan en tu cabeza. ¿De dónde proceden? ¿Por qué precisamente en este momento penetran en tu mente? No sabrías decirlo. ¡Y de cuántas desgracias es causa la imaginación humana! Pinta dificultades enormes, obstáculos invencibles ante nuestro trabajo, sólo para quitarnos el ánimo. El tenerte que empastar una muela… no es la operación la mayor molestia, sino aquella media hora que has de esperar en la antesala del dentista, mientras que tu fantasía va atormentándote con las imágenes aumentadas del padecimiento futuro.

Pues bien. Aunque no seamos completamente dueños de nuestros sentimientos y de nuestra fantasía, hemos de extender también el dominio de la voluntad en lo posible a estos terrenos. Sé dueño de tus sentimientos y coge las riendas de tu imaginación. ¿Te has despertado de mal humor? Es igual. Esfuérzate por sonreír, cantar con alegría, y ya habrás vencido en parte tus sentimientos.

¿Has de resolver un problema de álgebra? Tu fantasía sale con cuadros aterradores: ¡qué terriblemente difícil es este problema! ¡Cuánto habrás de sudar! Tú, en cambio, di para tus adentros: «No es verdad. Amiguita, fantasía mía, tú me engañas. No eres tan terrible como pareces. Tú me pintas las dificultades, a las que falta mucho para ser tan grandes como parecen. Cuanto mayor sea la dificultad, tanto más quiero emprender el trabajo».

Como ves, la educación de la voluntad no es sino una labor sistemática para la conquista de todas aquellas potencias espirituales, entendimiento, sentidos, memoria, imaginación, que influyen en la función de la voluntad. Por tanto, no basta para la educación de la voluntad que la ejercitemos, que la robustezcamos, sino que nuestro propósito principal ha de ser poner con la mayor perfección posible esta voluntad firme al servicio de elevados fines espirituales; es decir, hemos de subordinarla por completo al dominio del alma.

Quien quiere tener carácter firme ha de esforzarse por dominar lo más posible sus sentimientos. Muchos crímenes, discordias, pensamientos de envidia, alegrías del mal ajeno, ofensas precipitadas, riñas sin número, no tienen siempre por causa una voluntad depravada, sino una voluntad débil, no ejercitada en mandar sin desmayo a los sentimientos vehementes. Podemos vencer, por ejemplo, un leve mal humor sin ningún esfuerzo especial; y, no obstante, cuántos hombres sufren por este mal humor, porque tienen pereza de hacer un pequeño esfuerzo.

La educación adecuada de los sentimientos es a la par educación de la voluntad. Los sentimientos influyen en el espíritu

no sólo para movernos a querer, sino aun para querer de buen grado y con perseverancia. ¿Y quién no ve que las obras buenas brotan, con más lozanía al calor del corazón que a la fría luz del entendimiento?

Has de cuidar también la educación de tus sentimientos por este motivo: la voluntad que funciona sin sentimientos puede trocar al hombre con gran facilidad en una máquina de voluntad, sin corazón, egoísta, testaruda, lo cual es otra caricatura del «joven de carácter». El hombre prudente no se esfuerza tan sólo por vencer sus sentimientos desagradables y compensarlos con alegría, sino que hace cuanto está en su mano por conservar siempre la tranquilidad del alma.

Cuerpo y alma están en íntima dependencia. Si estás abatido y una tristeza sin causa se apodera de tu alma, intenta sonreírte, frota con alegría tus manos y verás que tu tristeza empieza a desaparecer. Por otra parte, si un dolor físico te tortura, ocúpate en pensamientos agradables y llegarás a olvidar en parte tu dolor.

De cualquier desgracia que te sucediere, procura sacar algún provecho espiritual. *Deficiendo discamus*, aprendamos de las propias deficiencias. ¿Te han hurtado el portamonedas en el tranvía? No pierdas el tino, sino procura recordar cuándo estabas, distraído y medita qué cuidado has de tener en adelante. ¿Te pisa alguien el pie? No saltes enfadado, sino di para tus adentros: «A costa de este dolor compraré un poco de dominio de mí mismo».

Seguir siempre dueño de los propios sentimientos sin dejarse arrastrar por ellos es el grado más alto de la perfección espiritual.

Y con esto hemos llegado al capítulo más importante del libro, a «los Medios de la formación del carácter».

CAPÍTULO TERCERO

MEDIOS DE FORMAR CARÁCTER

1. Medios de formación del carácter

¡Quiero! Tiene una fuerza maravillosa esta palabra. Por ello tórnase hacedero lo imposible. Quien contempla los Alpes cubiertos de nieve y hielo exclamará: «Es imposible atravesarlos» Aníbal, Napoleón, sólo pensaron: Quiero... Es necesario... Se hará, y pasaron con ejércitos enteros por encima de los Alpes.

En 1866, antes del combate de Lissa, el almirante austríaco Tegethoff quiso dar este santo y seña desde su buque insignia: *Muss des Sieg von Lissa werden*, es necesario ganar la batalla de Lissa; pero apenas fue transmitida por los centinelas la primera palabra: «*Muss*...» «Es necesario...», ya estalló la lucha. La consigna, quedó, pues, tronchada y reducida al misterioso «Es necesario», y la fuerza de esta expresión condujo a los austríacos a un triunfo brillante contra los italianos. ¡Es necesario! ¡Quiero! ¡Palabras poderosas!

En una ocasión tuve con mis alumnos una jira campestre todo un día por la sierra de Bükk, no lejos de la ciudad de Eger; estábamos muy a gusto, y se nos pasó el tiempo. Tanto jugaron, tanto corrieron los muchachos, que cuando se nos ocurrió mirar al reloj ya eran las seis y media de la tarde. A marcha normal necesitábamos dos horas largas para volver, y los muchachos habían prometido estar en casa a las ocho en punto.

¿Qué hacer, pues?

Di aprisa la señal de reunir la tropa. «Muchachos, mal va eso. Ya son las seis y media, y vosotros habéis prometido estar en vuestras casas a las ocho, y, sin embargo, nos espera una caminata de dos horas. ¿Queréis estar en casa a las ocho?».

«Queremos», gritaron los muchachos.

«Pues bien. Entonces: ¡Adelante! ¡Zoli Bitkey, en el centro! ¡Muchachos, en filas! ¡Dos a dos! ¡Punto de apoyo, el ala derecha! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Marchen!».

El recio pisar de veintiocho muchachos levantó gozosos ecos a la orden de «Marchen». Uno–dos, uno–dos...; no hable nadie, no salga nadie de la fila... Uno–dos, uno–dos... Retumbaba el camino.

Pero después de caminar media hora, el empuje ya languidecía. Era inútil; los muchachos llevaban en los huesos el cansancio de correr y jugar de todo el día. Atención; hay que poner remedio. «¡Muchachos! ¿Cómo es aquella canción: *Rajta föl, ime már süt a napsugár*... «Adelante, ya brilla el rayo del sol...»? Pista Bárány, que era el de mejor voz, la entonó de repente, y prosiguió con el canto rítmico. Los otros le coreaban. Cuando acabábamos un canto, empezábamos otro: *Fiuk, föl a fejjel, a harsona zeng, álljunk cstasorba vidáman*... (¡Muchachos, erguid la frente, ya suena el clarín, apercibámonos con espíritu alegre para la lucha»; después otro canto…, y otro..., y otro..., hasta diez..., hasta veinte... Nadie arrastraba ya los pies, nadie se salía de la fila... Acababan de dar las ocho cuando todo el grupo de estudiantes, con flores, con cantos y con polvo, pisaban el asfalto de la ciudad. En hora y media hicimos el camino de dos horas. ¿Cómo fue posible? Con la ayuda de una sola palabrita de fuerza mágica. Los jóvenes habían dicho: Queremos.

Ojalá tuviese en ti un gran fondo de verdad esta palabra, hijo mío. Ya ves, por tanto, qué enorme fuerza motora es la voluntad.

¿Sabes querer?

Sí; ¡cuántas veces dices: «Si quisiera haría esto o aquello! Si quisiera podría tener las mejores notas. Si quisiera podría ser puntual. Si quisiera podría rezar siempre las oraciones de la mañana y de la noche...».

Quid quisque possit, nisi tentando nesciat, dice el proverbio latino. «Lo qué puedas, sólo lo verás después de probarlo». Bien, pues; «si quisieras». Pero, ¡pruébalo siquiera una vez, y quiérelo de veras!

2. «Podría, si quisiera»

No tenemos voluntad fuerte; he ahí la fuente de casi todos nuestros defectos. Si la tuviéramos, ¡oh!, entonces de un solo golpe nos libraríamos de todas las debilidades.

El tirano Calígula, emperador romano, dijo: «Me gustaría que todos los romanos no tuviesen más que una sola cabeza para poder decapitarlos de un solo golpe». Pues bien: esta sola cabeza que debes hacer que caiga es la flaqueza de tu voluntad.

Hay muchos jóvenes que no hacen sino repetir: «¡Ah! Yo podría hacer tal o cual cosa si quisiera». Si quisiera... Siempre este «si quisiera».

Quiere suponer que tiene voluntad, pero nunca da pruebas de tenerla. Porque probando se vería claro que tan sólo creía tener energías.

Estos jóvenes se parecen a los soldados pintados, que tienen el cañón siempre levantado para tirar y amenazan, con cara de espanto, «voy a tirar ahora mismo»; pero nadie los teme, porque nunca disparan. «Podría, si quisiera». Ya..., ya...; si yo tuviera mil veces mil pesetas tendría un millón de pesetas, si un malaventurado «si» no estuviera por medio.

No hay arte más fino en el mundo que cultivar el alma propia; porque ningún, escultor moldea entre manos mármol tan noble y

bronce tan valioso como es el precioso tesoro que nosotros hemos de modelar: el alma.

Habrás oído, sin duda, que el hombre tiene libre albedrío, y aún temo que lo hayas oído sobradas veces. En efecto: el hombre tiene libre albedrío, pero no tiene firme voluntad. Por tanto, tú tampoco la tendrás mientras no la consigas. La voluntad fuerte no es un don que traemos al mundo al nacer, sino un tesoro que cada cual ha de conseguir a costa de luchas arduas. No podemos tener gratuitamente una voluntad firme, ni podamos exclamar con gran entusiasmo: «De hoy en adelante tendré una voluntad recia»; has de trabajar seriamente para lograrla.

La voluntad del joven será fuerte tanto cuanto haya luchado por conseguirla y librarse del dominio de los sentidos. Porque ¿qué otra cosa es la libertad espiritual más que la disciplina de sí mismo, que el predominio de los sentidos más nobles sobre los deseos materiales de los sentidos y del cuerpo? La voluntad es como una semilla sembrada en tu alma; si la cuidas con esmero y haces que se desarrolle, crecerá y será un roble que resista los huracanes; pero si la descuidas, hasta las hormigas de las pequeñas faltas podrán roerla.

La libertad de espíritu sólo puede ser galardón de pequeños esfuerzos constantes, animosos, de una labor lenta, de un continuo pulimento propio. Por esto caminan a nuestro derredor tantos hombres que arrastran las cadenas del pecado: porque muchos son los que temieron aceptar el duro trabajo de los esfuerzos cotidianos.

«Podría si quisiera». Pues quiérelo. Pruébalo. Quien desea ser hombre serio ha de quererlo seriamente. Del «quisiera» al querer verdadero va la misma diferencia que de los perritos falderos a los mastines que guardan la casa. Aquellos raquíticos *pinschers* no saben ni morder ni ladrar, ni hacer labor de provecho; tan sólo comen, lloriquean y cuestan un potosí[31]. El mastín que guarda la

[31] «Cuesta un potosí» es un dicho popular entre los hispanoamaricanos que

casa no gimotea, sino que ladra con fuerza, y cuando es necesario muerde al huésped importuno; así también el joven que tiene voluntad no lloriquea, sino que ladra a las tentaciones de la pereza y del pecado, las muerde para espantarlas y hacerlas huir, y no pierde de vista el fin que se propuso hasta lograrlo.

¿Y cómo se hace esto? De la misma manera que en la marcha descrita hace poco. Hazte, por ejemplo, la pregunta: ¿quieres tener las mejores notas? «¡Quiero!». Pues bien: díctate órdenes a ti mismo: «¡Media vuelta a la derecha!». Es decir, señorito, aprende bien la lección para mañana, pero en seguida, y no «ya la empezaré la semana que viene»; y ¡uno–dos, uno–dos! adelante con esta lección!». Tu mesa de trabajo es el yunque en que fraguas tu porvenir.

¿Quieres ser puntual en el rezo? «¡Quiero!». Entonces empieza a rezar esta misma noche. «Pero tengo muchas lecciones». No importa. Siempre tendrás cinco minutos. «Y por la mañana hay que ir aprisa para llegar a tiempo». Bien; pues ¿qué dificultad hay en que te levantes cinco minutos antes?

---

denota el gran valor material o la riqueza de algo. *(N. del Ed.)*.

3. El joven voluntarioso

¡El joven voluntarioso! Según el uso actual, tiene otro significado la palabra, y se llama joven voluntarioso al muchacho obstinado, testarudo, pendenciero, desobediente. Pero yo quiero devolver a esta palabra su sentido primitivo y exacto. Me gustaría ver jóvenes «voluntariosos», es decir, que tengan una voluntad fuerte. La obstinación, la terquedad no significan voluntad fuerte, sino contorsión de voluntad. El que sabe mandar e imponer su autoridad a los músculos de la risa y a los nervios del ojo, al estómago y al oído, ése es el joven voluntarioso en el recto y antiguo sentido de la palabra[32].

¡Mira más cerca qué maldición es el enervamiento de la voluntad, y qué bendición la voluntad fuerte!

a) El que no posee una voluntad disciplinada, obediente, es incapaz de cumplir cualquier deber serio. Tú mismo conocerás estudiantes de quienes no se puede decir que sean inactivos; y, sin embargo, nada adelantan en los estudios. Más arriba los he bautizado con el nombre de «estudiantes–abejorros». Los pobres trabajan, aún más que los otros, pero sin resultado. No saben reconcentrarse para el estudio, porque no tienen voluntad. Se mueven continuamente, pero no emprenden cosa alguna con seriedad. El

[32] Voluntarioso, «deseoso, que hace con voluntad y gusto una cosa». (*Diccionario de la Acad. Esp.*, ed. 16. a, 1939.).

libro de texto está continuamente ante sus ojos, pero a cada cuarto de hora le toca el turno a un libro distinto, porque el anterior «¡es tan terriblemente molesto!». Continuamente están atareados, pero temen el más pequeño esfuerzo; y sin esfuerzo no hay trabajo provechoso.

Sin el esfuerzo no hacen sino disponer tan hábilmente la inactividad que parece una actividad febril. Al final del curso se quejan con amargura de lo mucho que han trabajado y, no obstante, sacan mala nota. Y cuando ya sean hombres, ¿qué será de ellos? Hombres que se dejan arrastrar por la impresión del momento, que no tienen principios, que se olvidan fácilmente del deber, que van pasando por la vida sin plan y sin objetivo. ¡Pobres! ¿Qué falta es la suya? La flaqueza de la propia voluntad.

b) O también, mira, he aquí otro tipo. Quien no tiene voluntad disciplinada no sabe observar bien. Y, sin embargo, la facultad de observar con exactitud y rapidez es instrumento imprescindible de la adquisición de conocimientos y del progreso.

Para emplear bien y aprisa tus sentidos, para distinguir lo principal de lo secundario, para ver con claridad la situación del momento y obrar en consecuencia, para todo esto necesitas una voluntad fuertemente disciplinada.

La voluntad obediente no sólo te ayudará cuando tengas que ver, escuchar, hablar o hacer algo, y te salvará de muchos pecados, sino también cuando las leyes morales se cuadren ante tus sentidos curiosos y te prohíban que mires, oigas, hables o hagas tal o cual cosa.

c) Voy todavía más lejos. Quien no tiene una voluntad disciplinada no sabe pensar, no sabe instruirse. El conocimiento y la conquista de la verdad cuesta duro trabajo.

El joven de temperamento veleidoso es impaciente aun en la lectura. Continuamente va volviendo las hojas del libro. Corre nervioso tan sólo para terminarlo cuanto antes. No saca ningún provecho.

Quien, en cambio, tiene la voluntad disciplinada, lee despacio, meditando, pesa las frases importantes, no acepta ciegamente todas las afirmaciones, sino que las piensa, para ver si se ajusta, en efecto, a la verdad lo que afirma el autor; toma notas de las cosas interesantes, etcétera. Sólo de este modo podemos adquirir conocimientos nuevos. Mas para esto se necesita fuerza de voluntad.

d) Es precisa la voluntad fuerte aun para la memoria.

Muchos muchachos se creen haberlo salvado ya todo si al tener que decir la lección sueltan el «Señor profesor sé la lección, sólo que no la recuerdo». O bien si se les encargó algún trabajo, y ellos «se olvidaron» de hacerlo, creen que «olvidarse» ya es excusa…

Sin embargo, salvo en los que padecen algún trastorno nervioso de monta, la falta de memoria proviene, por lo común, de una voluntad indisciplinada. Si no te viene a la memoria un nombre o un acontecimiento, no has de mirar en seguida el libro, según costumbre de los estudiantes de voluntad débil, sino esfuérzate, intenta recordarlo, aunque te cueste sudores; y así robusteces tu voluntad. Si tienes un encargo que cumplir, no hagas un nudo en el pañuelo, sino piensa muchas veces al día en tu deber; proponte recordarlo con frecuencia, y verás cómo no se te olvida.

Quien se ejercita continuamente de esta manera se cura fácilmente de la falta de memoria. El hombre puede dominar tanto su voluntad, que algunos no pierden su señorío ni durante el sueño, y, después de largo ejercicio, se despiertan puntualmente a la hora que se propusieron al acostarse.

En cambio, si el joven no lucha contra la falta de memoria y va creciendo con este defecto, no podrá emplearla en la vida, y tendrá continuos disgustos; si es guardagujas[33], se olvidará de colocarlas debidamente al paso del expreso, y el tren descarrilará; si es

---

[33] Guardagujas: Profesión u oficio que consiste en cambiar las agujas de las vías de los ferrocarriles, para que cada tren complete la vía que le corresponde. *(N. del Ed.).*

profesor, se descuidará de ir a clase; si es abogado, no comparecerá ante el Tribunal, y hasta podrá darse el caso de que brille por la ausencia en su propia... boda.

4. Demóstenes

Demóstenes perdió de siete años a su padre; su tutor, astuto, lo despojó de toda la fortuna. En una ocasión, el muchacho asistió a un juicio, y oyó el discurso del defensor, y cuando el pueblo acompañaba en triunfo al orador, decidió dedicarse también a la elocuencia.

Desde entonces no tuvo otro pensamiento, ni de día ni de noche. Pero la tarea no era fácil. A su primer discurso, la multitud levantó tanto alboroto y algazara[34], que hubo de interrumpirlo, sin poder llegar al final. Abatido, discurría por la ciudad, hasta que un anciano le infundió ánimo y le alentó a seguir ejercitándose. Se aplicó entonces con más tenacidad a conseguir el propósito concebido de antemano. Era el blanco de mofas continuas por parte de sus contrarios; pero él no se preocupaba. De vez en cuando se apartaba por completo de los hombres, y en grutas subterráneas seguía perorando[35]. Tartamudeaba un poco al hablar; para remediar este defecto y para que su lengua se moviera sin trabazón, le ponía una piedrecita debajo; se iba a la orilla del mar, y gritaba con todas sus fuerzas. Sus pulmones eran débiles; para robustecerlos daba grandes paseos al aire libre, y recitaba en voz alta discursos y poesía… Siempre que oía una discusión seria se iba al punto a su cuarto, pesaba una y otra vez los argumentos de ambas partes, y

[34] Algazara: Ruido o griterío proveniente del gentío alegre. *(N. del Ed.)*.
[35] Perorar: pronunciar o decir discursos u oraciones. *(N. del Ed.)*.

procuraba hallar quién tenía razón. Y ved ahí que con esta formación de sí mismo, que no conoció desalientos, poco a poco corrigió sus defectos, y llegó a ser orador tan formidable, que sus discursos hoy todavía, después de dos mil trescientos años, son el modelo en que deben estudiar cuantos desean destacarse en el campo de la oratoria. Y, sin embargo, de niño era un pobre huerfanito tartamudo. ¡Qué admirables fuerzas están latentes en el hombre!

En los momentos más agudos del dolor físico se hace patente a veces todo lo que puede soportar el hombre.

En los primeros meses de la guerra mundial estuve de servicio en el frente serbio. Un día nos trajeron a un húsar; unos soldados que iban reconociendo el terreno lo hallaron en un pantano. Los serbios apresaron a su tropa, los pusieron a todos en fila, y los fusilaron. Él pudo esconderse a duras penas en el pantano próximo. Sólo podía sacar la nariz del agua, porque desde los copudos árboles estuvieron espiando durante varios días centinelas serbios. Al fin, cuando los enemigos abandonaron aquella región, nuestros soldados encontraron al pobre húsar que ya no podía más, y nos lo trajeron. Hacía siete días que no comía sino la hierba del pantano. Sólo entonces vi con claridad lo que es capaz de soportar el hombre.

Quizá hayas oído tú también de agonizantes, en cuyo cuerpo quebrantado infundía ánimos días y días tan sólo una voluntad firme, porque deseaban ver por vez postrera a sus hijos o a su esposa, que desde lejanas tierras corrían veloces hacia ellos.

Una voluntad fuerte hasta puede lograr efectos curativos en el cuerpo enfermo; por tanto, no te es permitido dejarte abatir por la tristeza, aunque hayas recibido de la Providencia un organismo enfermizo y débil.

No hace mucho murió un aristócrata húngaro, el conde Geza Zichy, quien de joven perdió un brazo en una cacería; con una sola mano llegó a ser uno de los eximios virtuosos del piano... Me

imagino cómo se quebrantaría el ánimo de muchos jóvenes si les sucediese tamaña desgracia. ¡Perder en la juventud un brazo robusto! ¡Y, sin embargo! ¡De cuánto es capaz la voluntad férrea, hasta en el organismo mutilado!

¡Cuánto se acrecentaría la gratitud con que recibes de manos de Dios las dotes más insignificantes si meditaras un poco cómo tuvieron que luchar muchas veces los hombres cumbres de la humanidad con muchos defectos pequeños, dificultades y no raras veces con enfermedades heredadas!

Wallestein, el gran guerrero, estaba tan enfermo de los nervios, que no podía resistir el canto del gallo.

Richelieu, el célebre hombre de Estado, se moría de miedo al ver una ardilla.

Bayle no podía oír el gotear del agua.

Erasmo de Rotterdam se ponía nervioso al sentir el olor del pescado.

A Scalígero le temblaba todo el cuerpo al ver la leche.

Goethe sufría horriblemente al oler el humo del tabaco.

Pero hubo cosas más serias. La historia guarda el recuerdo de muchos hombres célebres que llevaban un espíritu prócer en un cuerpo débil y enfermizo.

Sabemos que Helmholz, el eximio físico, era hidrocefálico.

Espinoza, el filósofo, y Schiller, el poeta clásico alemán, eran tuberculosos.

Descartes, Kant, Milton, eran de salud enclenque, tenían un cuerpo algo deformado, y, no obstante, conquistaron un nombre de fama mundial.

Ved ahí de cuánto es capaz la voluntad fuerte. El alma sabe dominar, en parte, hasta las debilidades corporales. Muchos jóvenes enfermizos miran con tristeza a sus compañeros que rebosan vigor. No estés triste. Nadie puede remediar el que sus padres

le transmitiesen una salud enclenque y un cuerpo raquítico. Pero aun de un cuerpo débil puedes lograr habilidad y energía.

5. La gran lección de gimnasia

La regla más importante para robustecer la voluntad es la que sigue: Ejercítate cada día en vencerte, aunque sólo sea en algo insignificante, y así, tras un ejercicio de años, alcanzarás una voluntad fuerte. Es para ello necesario pasar antes por innumerables ejercicios; no es posible lograr con un solo gesto el presente de una voluntad enérgica.

Se juntan en los acumuladores muchas chispitas eléctricas, y las muchas chispitas se unen y forman una fuerte corriente. Quien desea hacer hábiles ejercicios sobre la barra fija o las paralelas, ha de ejercitarse antes varios años en los movimientos más elementales del brazo, de la pierna, tensión del cuerpo, etc. Si alguien desea tocar bien el piano, ha de repetir años y años las escalas más ingratas. No se puede tocar una pieza de Beethoven de improviso; para llegar a ejecutarla se necesitan constantes ejercicios de digitación.

De la misma manera no lograrás una recia voluntad a no ser con pequeños ejercicios, constantes y metódicos. Porque no hay ejercicio de gimnasia ni lección de piano tan difíciles en el mundo como el triunfo de nuestra naturaleza inclinada al mal. ¿Cómo podrá ganar una partida de ajedrez quien desconozca la marcha de las piezas? ¿Y cómo ha de tener voluntad bien templada en las

luchas decisivas el que no sabe dominarse ni siquiera en las pequeñas?

Nadie ha de eximirse de esta gimnasia, de la gran lección de gimnasia del robustecimiento de la voluntad. Y cuanto más débi1 sea ésta, tanto mayor será la necesidad del ejercicio.

En todos los hombres hallamos gérmenes del bien y del mal, y cada cual es responsable en la medida en que permite al bien o al mal adueñarse de su persona. En principio, es indiferente al carro la dirección que se le dé; pero en la realidad le resultará más fácil la marcha por un camino abierto y trillado. No te quejes, pues, de tener una naturaleza mal inclinada, porque, aunque no la puedas descartar completamente, por lo menos la puedes disciplinar y cohibir.

Dices, por ejemplo, que eres iracundo, y que esto no depende de ti. Basta que un compañero te saque la lengua o que los libros se te caigan de la mano, y ya te ahoga la ira. «Es por demás; no tengo la culpa», dices. En efecto: en parte no tienes la culpa. No tienes la culpa de que tu cara se ponga roja como un tomate. Tampoco tienes la culpa de que tu corazón empiece a latir con vehemencia. Pero, ¡cuidado! También cierras el puño, ¿verdad? De eso ya tienes la culpa; abre la mano. También tu cara se contorsiona, ¿verdad? De eso tienes la culpa; empieza a sonreírte, ¡ahora mismo, en tu enfado! ¿Pugnan también por salir de tu boca palabras de cólera? De esto tienes la culpa; cierra los labios, y no pronuncies ni una sola palabra, ¡ahora mismo, en tu enfado! Inténtalo, pues.

Si no das al momento con los vocablos latinos o alemanes en el diccionario, ¿sabes estarte quieto y seguir buscándolos? Si no comprendes en seguida la frase, ¿tiras el libro con rabia o tienes cachaza[36] bastante para releerla tres o cuatro veces?

---

[36] Debería entenderse «parsimonia» (como lentitud y sosiego de ánimo en el modo de obrar o hablar) o mejor aún como «templanza». *(N. del Ed.)*.

La ira necesita del puño, de la cara avinagrada, de la palabra ofensiva; si tú le quitas todo esto, y esto lo puedes hacer, tu naturaleza iracunda, al no encontrar pasto, se tornará cada vez más callada y mansa. No puedes cambiar tu naturaleza, pero puedes refrenarla..., así se trate de la ira como de otras pasiones.

Es cosa insignificante el copo de nieve; pero muchos copos juntos pueden unirse y formar aludes que arrastren casas y árboles.

6. El joven indio y la caza

Es sólo de niños entusiasmarse por una cara encendida, por el puño que se levanta rápido, o por la disputa y la riña. La impaciencia, la discusión siempre es señal de una voluntad débil.

Pero, ¿cómo es tan frecuente este fenómeno? Porque es más fácil y no necesita ningún esfuerzo. En las pendencias todo se puede abandonar a su curso..., y lo sigue; eso es correr cuesta abajo. En cambio, el dominio de sí mismo reclama esfuerzo: subir la cuesta que va del pantano de los instintos a la montaña de la voluntad.

El verdadero dominio de sí mismo no es paciencia de cordero ni debilidad mujeril, sino fuerza, valentía, perseverancia. ¿Tienes una triste desilusión? ¿Te aburres? ¿Te han hecho rabiar? No importa; no lo demuestres en tus palabras, en tu comportamiento. Eso es dominarse. Hace ya un cuarto de hora que alguien está molestándote; te gustaría tirarlo al suelo, descoyuntarle los huesos, pero te limitas a tomarle mansamente del brazo; «Cuidadito, ¿eh?, que soy más fuerte». Eso es dominarse.

La impaciencia, en cambio, es síntoma de voluntad débil. Los instintos que se traducen en sentimientos bruscos los vemos también en los animales; pero al hombre toca ponerlos bajo la inspección del consejo y de la decisión, quiero decirte, del entendimiento y de la voluntad. Cuanto menor sea el niño –obsérvalo bien– tanto más rabiosillo es: se obstina, golpea el suelo, grita;

naturalmente, no sabe usar todavía de su entendimiento y voluntad, y lo arrastran los instintos del animal. Pero es repugnante que el joven o el hombre ya maduro sean también esclavos de sus instintos y lo transparenten con su rostro encendido como amapola, con su hablar descompasado, con su pataleo.

Tú, hijo amado, no quieras ser esclavo de tus instintos. Observa, por tanto, detenidamente qué cosas te sacan de quicio con más facilidad, qué es lo que te excita; y entabla la lucha contra la precipitación, contra el atolondramiento. Evitarás así muchos falsos juicios, muchas palabras imprudentes, muchas acciones no meditadas.

Algunas tribus indias, cuando el muchacho llega a la pubertad y van a declararlo con gran solemnidad hombre formado, suelen mandarlo dos semanas antes a una región en que abunde la caza. Le dan arco y saetas y una consigna interesante: le prohíben tocar ningún animal. La caza está delante de él; ante sus ojos corren el venado, la liebre... Todas las fibras del joven tiemblan de emoción. Pero en vano. Le está vedado disparar la flecha. ¿Qué hace, pues, durante dos semanas en la selva? Ha de estar en ayunas. Si puede cumplir estas condiciones, lo declaran, hombre acabado. He aquí cómo esta verdad, «el dominio de sí mismo es la mejor preparación para el combate de la vida y la prueba más hermosa de la virilidad», vive con más fuerza entre estas tribus que entre nosotros, europeos dados al regalo.

Pero no basta leer y saber mucho acerca del dominio de sí mismo y de la voluntad, sino que has de ejercitarte en ello. La ciencia tan sólo es especulativa, pero la acción es ciencia práctica. En los años de la juventud has de robustecer y ennoblecer tu voluntad con todos los medios que tengas a tu alcance, lo mismo que para lograr que dé flores finas hemos de injertar el tierno rosal silvestre. Con el arbusto viejo nada podemos empezar.

Y, con todo, ¡qué triste espectáculo ofrece un joven sin voluntad! Por fácil que sea lo que tiene que hacer, le cuesta un esfuerzo enorme sólo el poder pronunciar el «sí» o el «no». Y nada

digamos de cómo se arreglará para emprender la cosa una vez decidida. No logra tener principios, ni un modo de pensar independiente, ni siquiera cuando asiste a las clases superiores. Ni cuando es hombre hecho. Espía siempre al otro, para ver lo que hace, y él hace lo mismo. Un joven de este jaez es un muñeco sin voluntad, es un niño de pecho con pantalones largos: «*Ein leicht befrackter, weich verpakter, nicht ganz intakter Charakter*», como dice el alemán. «Un carácter ligeramente vestido, blandamente, embalado, no completamente intacto».

7. «En vano. ¡No tengo voluntad!»

¿En quiénes enflaquece tan deplorablemente la voluntad? En aquel joven, al cual se le facilitan todas las cosas; cuya voluntad y cuyos deseos se cumplen siempre; que nunca sabe negarse nada; a quien no se le manda; en tal joven se forma esta caricatura de voluntad de gelatina, de agua con bizcocho, sin hueso ni consistencia, voluntad raquítica.

Pero esos muchachos también estallan algunas veces, piensas tú. Y ¡qué importancia saben darse! ¡Y cómo tiranizan a sus propios padres! Es verdad; pero todo eso no es manifestación de voluntad, sino la furia de los instintos de una pequeña fiera todavía no satisfechos.

La cuestión de la fuerza de voluntad es más compleja y misteriosa. Vayan algunos ejemplos.

Era un muchacho del segundo curso, cuyo flaco era la gula. Nada podía dejarse a su vista, porque desaparecía en seguida en su estómago. En casa le regañaban continuamente, él también se avergonzaba de su debilidad, prometía cien veces la enmienda, pero en vano; en la primera ocasión propicia había en sus labios nuevos vestigios de mermelada. Llorando se quejaba a su madre: «En vano lo prometo, madre; no tengo voluntad».

Y ¡caso interesante! El mismo joven se entrenaba diariamente algunas horas en los deportes más variados: corría hasta perder el aliento; saltaba como un corzo; lanzaba pesos, nadaba, y, naturalmente, jugaba también al fútbol. Todo esto necesita enorme abnegación, mucho esfuerzo y perseverancia. Por tanto, sabía querer... si quería.

Otro muchacho era increíblemente perezoso. Soñoliento, sin interés, pesado; como si por sus venas en vez de sangre circulase plomo. No le gustaba estudiar; no solía jugar; al sólo pensar en la gimnasia se estremecía. Estaba sentado..., y sentado junto a la mesa de trabajo. Y, sin embargo, también éste tenía voluntad. Pero tan sólo en una dirección. Puso toda su fuerza de voluntad en que nada lo desviara de esta pereza. Por más que su madre le regañase, que su padre le castigase, que se riesen de él sus compañeros, no le importaba. No se movía de su inactividad. Desplegaba verdadera fuerza de voluntad, fuerza tenaz, para no tener que abandonar su comodidad turca. También éste tenía voluntad... para seguir en la pereza.

En estos casos se ve claro que no es dado educar de la misma manera la voluntad de todos los jóvenes. Desde este punto de vista, podemos dividir el temperamento de los jóvenes en tres grupos:

Hay jóvenes fogosos, vivarachos, vigorosos, que no saben pensar reposadamente y obrar con premeditación; para éstos, la mejor escuela de voluntad es el refrenamiento de sí mismos, el sacrificio, la privación.

Hay otros alegres, lo emprenden todo en seguida y a la carrera, pero no tienen paciencia, perseverancia; éstos deben ejercitar su voluntad en la constancia del trabajo empezado, en la calma, en la tenacidad.

Hay, además, otros, soñadores, demasiado silenciosos; para éstos una vida de acción debe ser la escuela de la voluntad.

Según estos tres tipos, distinguimos también tres modos principales del ejercicio de la voluntad, que podemos resumir en estas tres palabras: *Abstine! Sustine! Aggredere!* ¡Abstente! ¡Persevera! ¡Obra!

8. «*Abstine*!»

Durante los largos años pasados en la educación de jóvenes, tuve con frecuencia que sufrir un amargo desengaño. Había tenido muchos jóvenes estudiantes, cuyos ojos de fuego y entendimiento vivaz prometían en las clases inferiores una mies abundante para la edad madura; y, no obstante, ya en las clases superiores, las esperanzas puestas en ellos fueron devoradas por los astutos enemigos de la juventud: la pasión, la ligereza, la inexperiencia y la tentación. A menudo tuve que ver, con el corazón espantado, cómo iban consumiéndose de año en año, cómo iba palideciendo cada vez más, por obra de estas cuatro fuerzas malignas, la planta tierna del noble idealismo y de la buena voluntad entusiasta que encontramos en la mayoría de los muchachos durante los primeros años de estudio.

Descubrí que de las cuatro fuerzas contrarias, la más fuerte de todas es la primera: aquella blandura, aquel afeminamiento con que los jóvenes de hoy corren, casi sin resistencia, en pos de sus pasiones, en pos de las bajas tendencias de la Naturaleza.

Hoy, el único afán de todo el mundo es «vivir», «gozar», «divertirse». Por esto he mencionado precisamente, como primer modo de ejercitar la voluntad, el sacrificio, la renunciación.

El refrenamiento de los sentidos, el dominio de sí mismo, la abnegación, el tener a raya los deseos, no es un fin, es tan sólo medio, el medio de liberar el alma. Por tanto, si te aconsejo con

insistencia, amado hijo, que te sacrifiques muchas veces en cosas pequeñas (por ejemplo, haz con alegría tu tarea, aunque te resulte cuesta arriba; prívate de cuando en cuando de alguna diversión, de algún placer, de algún plato, por mucho que los desees, etc.), lo hago inducido por motivos de peso. Con la abnegación, queremos alcanzar un objetivo elevado: dar alas al alma, hacer al espíritu dueño del cuerpo.

Sé muy bien que estos ejercicios de voluntad sólo sirven de escuela para lograr una voluntad fuerte, pero escuela de la cual brota una seria vida moral. Se encierra una profunda sabiduría en el hecho de que los romanos llamasen *virtus* tanto a la virtud como a la fuerza; esto significa que no hay virtud sin esfuerzo y sin victoria alcanzada sobre nosotros mismos.

La ciencia especulativa y la práctica de la vida diaria van dando fe de las palabras de la Verdad Eterna, nuestro Señor Jesucristo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame»[37]. No es buen jardinero el que, por sentimiento de compasión, no poda inexorablemente al rosal los retoños excesivos. Como no da rosas el rosal que jamás sintió el filo de las tijeras, de modo análogo no tendrá voluntad fuerte el joven que nunca supo negarse ninguno de sus deseos.

¿Qué es lo que mueve el reloj? La fuerza del muelle a que se ha dado cuerda. Pues bien, la abnegación viene a ser algo como dar tensión al muelle. No te creas, pues, que el dominio absoluto de ti mismo y el refrenamiento de tus deseos, que exijo de ti, sean obstáculo para una vida robusta, plena, hermosa. Todo lo contrario. Es justamente lo que salva de la consunción de la voluntad y de mil y mil enfermedades espirituales.

Sólo el dominio de sí mismo puede conducir a la libertad interior; el dominio de sí mismo se aprende mediante la abnegación.

---

[37] Mt 16, 24.

Con profunda experiencia escribe Tomás de Kempis en la *Imitación de Cristo*: «Tanto adelantarás en el bien cuanto sepas dominar tu voluntad».

9. El racimo del ermitaño

Llaman un día a la puerta de Macario, ermitaño del desierto. «Padre, le dice de fuera un labrador, os traigo un precioso racimo de uvas. Aceptadlo, y que os sirva de refrigerio». Macario toma con gratitud el presente y bendice al hombre; pero cuando le sonríe el magnífico racimo, dice: «¿No lo necesita acaso más que yo el venerable ermitaño que vive a mi lado?». Lleva el racimo al vecino anciano. Este lo toma con gratitud y con gran alegría, pero después se pone a pensar: «¡Oh, qué bien sentaría este racimo al hermano Nazario, que está enfermo!». Y ya está en camino para llevárselo. Pero Nazario ni quiere siquiera tomarlo: «¿Cómo podría yo comer esto? A mi Salvador le dieron a beber hiel en la cruz. Yo quiero ser discípulo suyo». De esta manera va peregrinando el racimo de una celda a la otra, hasta el ocaso del sol, cuando uno de los ermitaños llega para ofrecerlo, a su vez a Macario. El anciano rompió en lágrimas de alegría al verlo de nuevo; se regocijaba de tener compañeros de tanto renunciamiento.

¿Ves, hijo? Eso es fuerza de voluntad. Estos hombres sabían lo que es la abnegación. Sabían abstenerse. Pruébalo, a ver si sabes hacer algo semejante algún día. *Nulla dies sine linea!*, fue la divisa de muchos sabios: ni un día sin una línea. Tú dilo de esta manera: sin algún ejercicio serio de abnegación. Cada día has de ejercitarte un poco en la abnegación, en la renuncia, en el dominio de ti mismo. Haz algo que te venga cuesta arriba.

Tenía razón el Barón de Eötvös: «Sólo poseemos aquello de que podamos librarnos. Somos esclavos y no dueños de aquellos tesoros que consideramos imprescindibles.

Quien pretenda educar a los hombres o quiera dominarlos, ha de vencerse a sí mismo y ha de dominar sus propias pasiones... La religión cristiana, al exigir de nosotros abnegación, pregona en otras palabras el mismo principio, que es la base de la filosofía de la vida».

10. «*Diem perdidi*»

Cuéntase que Tito, noble emperador romano, tomó la resolución de hacer cada día alguna obra buena. Y si por la noche notaba que durante aquel día no se había ejercitado en el bien, se lo reprochaba con estas palabras: *Diem perdidi*, «He perdido el día».

Tú también ejercita diariamente tu voluntad. Pero no ciegamente a tontas y a locas, cuando se te ocurra, sino ejercítate en vencerte, metódicamente, cada hora, cada día. No necesitarás buscar mucho la ocasión; se te ofrecerán a millares, aun en tu vida de estudiante. Ahí te ofrezco unas muestras de las ocasiones que se presentan diariamente.

Si no puedes evitar algún mal, un dolor, una prueba, no aprietes los dientes hasta hacerlos crujir, sino sufre con paciencia: «¡Ay, qué sed tengo!», «¡Ay, cuánto me duele la cabeza!», «¡Ay, cómo me aprieta el zapato!». No lloriquees de semejante manera; más bien esfuérzate en mitigar tu sufrimiento; y si no lo logras, mira a Nuestro Señor Jesucristo crucificado, y sufre, sufre sin decir palabra.

Lo que has decidido tienes que hacerlo. Cueste lo que costare; no importa. Lo que has empezado no lo dejes a mitad de camino. Hay muchachos que cada cuarto de hora esbozan nuevos planes, sin rematar uno solo felizmente.

Cumple con escrupulosa fidelidad el deber de cada día. Hasta el más leve. Porque lo que vale la pena de que lo hagamos, vale también la pena de que lo hagamos bien.

Allí tienes la lucha matutina con la almohada, lucha en que tantos jóvenes quedan vencidos; si suena la hora, salta en seguida de la cama. Domina siempre tu humor, sea cual fuere, bueno o malo. Has de moderarte hasta en las alegrías, en el entusiasmo. Lo mismo en el hablar que en el callar.

Medio muy bueno para robustecer la voluntad es especialmente el tener a raya nuestros sentidos. No dejes vagar tu mirada continuamente. No mires todo lo que excita tu curiosidad. Una gran muchedembre se agrupa en la calle; la curiosidad te come. No importa. Quiero ejercitarme un poco en vencerme a mí mismo. No iré, y… no iré a ver lo que pasa.

Y domina también tu lengua. Sí; eso es terriblemente difícil. No descubrir el secreto que te fue confiado. No divulgar maliciosamente las faltas de los demás. No murmurar. No punzar con traidora ironía a los presentes y no hablar mal de los ausentes. No extasiarte oyéndote a ti mismo hasta el punto de no dejar respiro a los demás ni coyuntura para que puedan hablar. No charlar sin ton ni son. No pavonearte con tus propias hazañas. Por último, perseverar siempre en la verdad aunque sea en detrimento tuyo. No mentir nunca, ni en las cosas pequeñas aunque pudieras lograr grandes ventajas a trueque de una pequeña mentira.

No sólo la mesa de trabajo, sino también la mesa del comedor te brindará ocasiones excelentes para el ejercicio de la abnegación. No has de buscar el bocado que más apetezcas; no vayas a caza de golosinas ni llenes tu estómago hasta dejarlo timpanizado. Muchos hombres pierden el dominio de su voluntad precisamente cuando están sentados a la mesa.

¿Ves cuántas ocasiones para ejercitar la voluntad? Pero debes ejercitarla, y no contentarte con leer cómo se hace. No aprenderás a nadar por más que leas cómo se nada; prueba hacerlo. Y en las

paralelas nunca sabrás imitar el vuelo del águila por mucho que te lo expliquen, si no te ejercitas todos los días.

Nos descubre una gran verdad San Pablo al escribir: «Proceded según el espíritu, y no satisfaréis los apetitos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne»[38]. Y en otro lugar: «Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; mas, al mismo tiempo, echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley del espíritu, y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo»[39].

¿Quién de vosotros no ha sentido esta lucha intestina, esta triste naturaleza de doble tendencia, la guerra entre el bien y el mal la verdad del dicho antiguo: *Video meliora proboque deteriora sequor*, «Veo lo mejor y lo apruebo; pero sigo lo peor?».

Por tanto, si deseas tener alma varonil y libre, no retrocedas ante la guerra sin cuartel contra tu propia comodidad y regalo. Haz diariamente algo bueno, y no se te pase día sin algún sacrificio.

No te será del todo desconocido el heroísmo de David, augusto personaje del *Antiguo Testamento*. Sabes que de joven apacentaba el rebaño de su padre, y si algún oso o león le robaba las ovejas, él los perseguía, los mataba y les arrancaba las quijadas. «¡Era un joven heroico!, exclama un alumno del segundo curso. Con una honda hizo morder el polvo al gigante Goliat». «¡Vaya, qué hazaña» dice un estudiante del cuarto curso. «Cuando luchaba contra los filisteos los mataba como ratas». «¡Era un héroe!», hace constar un muchacho del quinto curso...

Y sin embargo, no es esto lo que más admiración me causa. A mí, ¿sabéis cuál es el hecho que más me gusta de David? Cuando sus tropas estaban frente a frente de los filisteos, entre Belén y Jerusalén, y debido al calor sofocante, se habían secado

[38] Gal 5, 16-17.
[39] Rom 7, 22-23.

todos los riachuelos y fuentes, el rey suspiró: «¡Ah, si alguno me diera a beber agua de aquella cisterna que hay en Betlehem junto a la puerta!».

Oyen el suspiro tres soldados de los más valientes, y pasan a través de las filas filisteas, y, en medio de continuos peligros de muerte traen el agua a su rey. David, atormentado como estaba por una sed abrasadora, derrama en el suelo el agua tan anhelada en «libación... en obsequio del Señor», con estas palabras: «¡Y yo bebería la sangre de estos hombres que han ido a exponer su vida!»[40].

Aquí tenéis lo que más me gusta de David. ¿Qué sacrificó? Nada más que un sorbo de agua.

¿Qué perdió con el sacrificio? El placer de un solo momento.

¿Qué ganó? El respeto profundo y entusiasta de sus soldados, el robustecimiento de su voluntad y la gracia de Dios, ya que ofreció el agua en libación al Señor.

Ved ahí: se puede cumplir una hazaña heroica con un sorbo de agua. Se puede ofrecer con tan poca cosa un sacrificio al Señor.

Los antiguos griegos pitagóricos llenaban su mesa de platos exquisitos; se sentaban ante los manjares escogidos con el estómago vacío, y, después de haberlos mirado largo rato, se levantaban y se iban sin haber tocado nada.

«¡Qué tontos eran!», exclama un alumno del segundo curso. Pero si tú lo meditas con serenidad, indudablemente sentirás aquel respeto que impone un gesto heroico. Porque sabían muy bien estos paganos la importancia decisiva del vencerse a sí mismos, de la abnegación, del ejercicio de la voluntad.

Haz tú también, hijo mío, ejercicios de renunciación, y verás que manan magníficas fuentes de gozo latentes en él alma de muchos jóvenes, porque les falta para brotar un golpe de azadón, es decir, el esfuerzo doloroso de la abnegación. Estas fuentes son

---

[40] 2 Re 22, 14-17.

aquellas alegrías santas, profundas, imperecederas, que brotan en tu alma y la cubren de sonrisas apacibles siempre que has podido dominar un deseo, una inclinación; siempre que has podido hacer un sacrificio para cumplir tu deber; siempre que has sido magnánimo para con los demás.

11. El gallo del pintor japonés

Cuenta una leyenda japonesa que un comerciante rico hizo un encargo interesante a un pintor. Su cuadro había de representar tan sólo un gallo, pero con la mayor fidelidad posible.

Después del encargo, el comerciante esperó varios años sin que tuviera ninguna noticia del pintor. Por fin, llegó a cansarse de tanto aguardar, y se fue a ver qué pasaba con el cuadro. No halló trazada ni una sola línea. El pintor hizo sentar al comerciante, se puso a trabajar, y al cuarto de hora tuvo acabado el cuadro. Una obra maestra irreprochable. El comerciante se entusiasmaba... Cuando llegó el momento de pagar quedó espantado al oír la enorme suma que el pintor se atrevía a exigir por aquel trabajo de «un cuarto de hora», y estalló en indignación. Para contenerle, el pintor, con un gesto, señaló el montón de papeles que inundaba todo el cuarto, y tenía la altura de un hombre: en cada hoja había dibujado un gallo, y dijo: «Estos cuadros los he pintado durante tres años, y sólo mediante tan largo ejercicio, he logrado la destreza de poder hacer en tan breve tiempo y con perfección tanta un cuadro del mismo asunto. Ahora bien, he de cobrar el precio de mis largos ensayos». El comerciante le dio la razón, y pagó la suma pedida.

Pasa algo semejante con el robustecimiento de la voluntad. Si queremos que nuestra voluntad llegue un día a obedecernos en todo y practique con facilidad y perfección el bien que hemos proyectado en nuestro entendimiento, necesitamos un ejercicio continuo de años y años. Con la paciencia con que el pintor va trazando sobre el lienzo las líneas del cuadro concebido en su fantasía, hemos de trabajar nosotros en la modelación ideal de nuestra alma.

No debes amilanarte por la empresa. Para el pintor, cada nuevo cuadro resultaba más fácil que el anterior, y el último no le costó más que un cuarto de hora. De un modo análogo, en el campo de la propia educación, el principio es siempre lo más difícil. Cuánto más practiques el bien, tanto más fácil resultará.

Recuerdo con qué dificultad aprendí, cuando estudiante, a montarme en la barrera. Durante algunos meses sólo lograba hacerlo a medias. Un día, por fin, reuniendo todas mis fuerzas, logré subir del todo. ¿Y desde entonces? Sin dificultad y con éxito pude hacerlo en adelante. Lo mismo pasa en la vida espiritual: de un solo empuje te cuesta mucho aprender algo, exige gran abnegación y lucha; pero cuando lo haces por décima vez, ni siquiera sientes la dificultad. Ejercita, pues, cada día tu voluntad, y de esta suerte llegarás a tenerla fuerte.

Has de privarte algunas veces hasta de divertimentos lícitos. Por la mañana salta aprisa de la cama y di para tus adentros: «Un poco de dominio de mí mismo».

Si te duele una muela, cierra los labios, no te quejes y di para tus adentros: «Un poco de dominio de mí mismo».

¿Es muy sugestivo el libro? Ciérralo en el pasaje más emocionante: «Un poco de dominio de mí mismo».

¿Te acucia un hambre devoradora? Espera unos minutos antes de tocar la comida: «Un poco de dominio de mí mismo».

Puedes ejercitarte con mil y mil pequeñeces de esta clase. Y con cuanta más frecuencia lo hagas en las cosas pequeñas, con

tanta más facilidad podrás permanecer dueño de ti mismo en las cosas importantes.

Escucha un caso. Tus padres han salido, y tú les has prometido quedarte en casa para guardarla, ya que tienes muchas lecciones que aprender. A los cinco minutos llama a la puerta Juanito: «Paco, aquí están los amigos; vamos a jugar un partido de fútbol». Fuera, una espléndida tarde de sol; dentro, en el cuarto sombrío, un fastidioso problema de álgebra.

Se entabla ahora la lucha: ¿has de decir «sí» o «no»? He prometido que me quedaría en casa. ¡Sí! Pero los compañeros harán burla de mí...; echo a perder la partida. ¡Qué bien si saliera un rato! Pero me regañarán mis padres. ¿Y si vuelvo antes que ellos, sin que ni siquiera lleguen a saberlo? ¡Sí! Pero..., ¿y el problema de álgebra? Pues, muy sencillo: mañana me habré «dejado en casa el cuaderno». Pero eso no es verdad... Así van revolviéndose tus argumentos. Los muchachos que acompañan a Juanito se impacientan. Por fin, después de un duro combate, sueltas la frase: «Tendrá que perdonarme, hoy no puedo ir...».

Los muchachos se van; tú te quedas en casa. Quizá en el primer momento miras pesaroso cómo van alejándose. Pero después tu alma se siente bañada de gozo por la conciencia del deber cumplido. En la segunda o tercera ocasión ya no te costará tanto decidirte, y, al fin, considerarás la cosa más natural del mundo decir «sí» en seguida, cuando se trate de cumplir el deber. ¡El pintor japonés pintó al final con tanta facilidad los gallos!

Debes esforzarte por adquirir progresivamente una disposición continua, resuelta, sin titubeos, para el ejercicio del bien. Cuando más adelante ya no tengas que pesar los pros y contras antes de cada acción para ver qué camino has de escoger, y hagas el bien como por costumbre, siguiendo tus inclinaciones educadas por largo ejercicio, y en el primer momento vuelvas ya las espaldas instintivamente al mal, entonces la vida empezará a pagarte por tu larga preparación; no paga, es verdad, con dinero, sino que te ofrece la facultad de obrar siempre con facilidad y alegría en con-

sonancia con tus nobles principios; en otras palabras te concede el derecho de poder decir de ti mismo que eres un joven de carácter.

12. «*Sustine*!»

El segundo modo de ejercitar la voluntad es la perseverancia, la constancia, la paciencia. Uno de los más renombrados psicólogos americanos, James, aconseja a los jóvenes que hagan cada día algo en contra de sus inclinaciones, para afirmar el dominio sobre sí mismos.

En un colegio alemán, ¿sabes qué hicieron al oír esto los muchachos? Se fueron al jardín, y masticaron caracoles vivos, porque esto sí que era «contra sus inclinaciones». ¡Brrr!... Exageración pueril; pero no dejaba de ser un pasmoso espíritu de sacrificio para conseguir una voluntad fuerte.

No sigas este ejemplo; no es preciso que seas Mucio Escévola y quemes tu brazo en el fuego. La vida diaria de los estudiantes también está llena de pequeñeces, en que puedes ejercitar tu paciencia heroica. Tienes que soportar con calma el dolor, el sufrimiento.

Debes aprender con sosiego, sin dar lugar a excitaciones y enfados.

Es preciso que hables con paciencia en casa y que no discutas; no has de hacer muecas, ni ponerte de mal humor. Sean las que fueren las cosas que te exciten, te atormenten, te hagan enfadar, no has de saltar ni dar cauce libre a tu ira, sino que has de

esperar un poco, y, mientras tanto, tranquilizarte con argumentos racionales.

No hagas nada de que tengas que arrepentirte a los cinco minutos. ¡Qué regla más importante es ésta para los muchachos impetuosos!

Y no apunto tan sólo a la paciencia pasiva, al sufrir en silencio, sino aún más a la paciencia activa, a la perseverancia.

Nuestro Señor Jesucristo nos dirige un seria amonestación: «Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará»[41]. Esta frase encierra una gran verdad, no sólo en relación a la vida eterna, sino aun en lo que toca a los éxitos terrenos. Por falta de perseverancia se viene a tierra muchas veces en el último momento el resultado de largos trabajos. No hacía falta más que la perseverancia de una sola hora, de un solo día..., ¡pero hacía falta!

El renombrado piloto Chávez fue el primero que pasó el Simplón, pero llegó con los miembros rotos. Hubo de luchar con una tempestad furiosa y fría como el hielo, con huracanes y remolinos espantosos de aire, y triunfó. Ya tiene a su vista el blanco. Ya ve la ingente muchedumbre que le saluda, que le hace señales. Pero entonces, ¡ay!, le abandona la perseverancia, no sabe aguardar cinco minutos más, y, en vez de aterrizar suavemente, lo hace con precipitación. El aparato se desploma y se mata Chávez... ¡Si hubiera perseverado cinco minutos más!

Obras prudentemente si te preparas en todo algo más de lo que te prescribe el deber. Si quieres dar un paseo de tres horas, prepárate para cuatro, y si quieres estudiar dos horas, reconcentra toda tu voluntad para un estudio de dos horas y media; de esta suerte siempre te quedará en reserva un poco de fuerza.

¡Perseverancia! ¡Perseverancia!

En una espléndida madrugada de julio, dos estudiantes emprendieron el camino para escalar la cumbre de Lomnic. Ambos

---

[41] Mt 10, 22.

nacieron en la gran llanura húngara, y nunca habían visto montañas tan magníficas y gigantescas. Al ritmo de una canción alegre iban caminando de prisa, y riéndose dejaron atrás a un anciano que, al parecer, también se dirigía hacia la cumbre, pero con pasos tan reposados, tan mesurados, que «hasta el caracol se arrastra más aprisa», observó uno de los estudiantes. Cuando a los diez minutos volvieron su mirada al anciano, les parecía una pequeña hormiga allá lejos, a sus pies. Pero el pulmón de los muchachos empezó a jadear cada vez más; al principio tomaban cada media hora de subida un descanso de cinco minutos; más tarde tuvieron que descansar un cuarto de hora. Y cuando hacia el mediodía se tumbaron, completamente agotados, junto a la orilla de una cascada, he ahí que aparece de repente por el camino el hombre–caracol, y con los mismos pasos reposados, mesurados, como por la mañana, pasa delante de ellos, y sube..., sube..., cada vez más arriba..., sube el anciano... Otra vez parece una pequeña hormiga... Los dos jóvenes, en cambio, están tendidos sobre las rocas, presos de un cansancio que los paraliza. Porque para llegar a las alturas y alcanzar la cima prefijada no basta un arranque juvenil y una llamarada de fuego de paja, sino que es menester para ello una perseverancia reposada, siempre igual, constante.

13. Sufrir sin palabra de queja

La vida humana es una mezcla de momentos alegres y tristes; y en la vida de la mayor parte de los hombres son más los días aciagos[42]. *Liben ist Leiden*; vivir es sufrir.

También en la vida del joven se presentan dificultades, duras pruebas, empresas sin éxitos, fracasos, mala inteligencia o sufrimiento corporal, enfermedad; y el verdadero carácter se hace manifiesto en la manera de soportar el hombre los males que le azotan, ¡Sufre! «*Sustine!*».

Muchos pobres miran con envidia a los ricos; y así muchos estudiantes de humilde condición miran también con envidia a los compañeros favorecidos por la fortuna. No llegan a comprender que, cada cual a su modo, todos hemos de padecer.

Hay quienes crispan el puño con coraje en medio de la desgracia y dejan caer de sus labios la baba de la blasfemia y echan maldiciones a su suerte: son espíritus rudos.

Hay quienes, impotentes y resignados, con la frente hundida, quebrantada el alma, lloran sobre lo irremediable: son espíritus débiles.

---

[42] «Día aciago» día infeliz, adverso, desgraciado o fatal. *(N. del Ed.).*

Hay algunos, por fin, a quienes les duele vivamente la desgracia, que se resienten también del desaire recibido y lloran sinceramente por la muerte de su madre, y sufren cuando los hiere la enfermedad, etc.; pero saben, por otra parte, que en el fuego del sufrimiento, soportado con virilidad, adquiere temple de acero el carácter más sencillo.

Puede haber pobres dichosos y ricos infelices.

Puede haber enfermos dichosos y hombres de una salud férrea desgraciados.

Puede haber ciegos dichosos, y muchas veces los dos ojos no bastan para la felicidad. Todo depende del espíritu con que vamos asimilando el sufrimiento.

Yo quiero aprovecharme hasta el sufrimiento para la educación de mi carácter. Sé que los pesares llevados con tesón y bríos aumentan mi valor; cada desaire me hace crecer; la humillación me purifica; al ahogar la cólera en trance de desbordarse, me hago más fuerte; en una palabra: el sufrimiento soportado por Dios da más profundidad al alma, forja el carácter.

En todo cuadro vemos luces y sombras; el talento del artista está en la manera como sabe fundir estos dos elementos en un conjunto armónico. Dios, mi Padre celestial, conoce mis males; por tanto, si permitió que me visitara esta desgracia, a buen seguro tenía un plan. ¿Qué plan? ¿Quién va a saberlo? ¿Me castiga por el pasado? ¿Me fortalece para el porvenir? ¿Quiere purificarme? ¿Quiere que sea más reflexivo en mi sentir y obrar? ¿Quiere que vaya acumulando méritos? ¿Qué sé yo? En cambio, sé muy bien que he de salir del fuego del sufrimiento con el alma mejor, más pura, más recogida, más seria. Mi oración será, en estas ocasiones:

¡Hágase, Señor, tu voluntad, en cualquier punto que yo esté;

hágase, Señor, tu voluntad, aunque yo no lo comprenda; hágase, Señor, tu voluntad, por más sufrimientos que me acarree!

El sufrimiento soportado sin palabra de queja es un instrumento excelso para moldear el carácter y robustecer la voluntad. Todos los hombres, por naturaleza, desean librarse del sufrimiento, y si no lo logran, por lo menos quieren procurarse alivio, prorrumpiendo en quejas y vertiendo lágrimas. Mas si, reconcentrando tus energías, te esfuerzas por soportar con el alma tranquila lo irremediable, has hecho crecer en gran manera tu fuerza de voluntad.

Quien tiene una voluntad débil se verá hecho trizas, bajo los martillazos del sufrimiento, como un castillo de yeso; el carácter varonil, en cambio, echará quizá chispas, como el noble acero, pero también se hará más resistente. Cuando Séneca dijo que en el lecho del dolor el hombre puede ser tan héroe como en el campo de batalla, quiso significar que la prueba principal de la seguridad del carácter es el sufrimiento. A quien Dios quiere, le prueba[43], repite la *Sagrada Escritura*.

En la estatua del carácter, tallada en mármol de Carrara, los trozos más finos se graban precisamente con el cincel del sufrimiento.

En tus amarguras, acuérdate de las palabras del Barón Eötvös: «Quien sabe conservar después de sus pérdidas la confianza en la divina Providencia, no se sentirá anonadado por los golpes de la suerte».

Piensa en esto y después repasa con toda el alma las palabras del mismo autor: «Los caminos llanos, en que podemos hacer grandes adelantos a costa de poca fatiga, y los bienes codiciados por la mayoría de los hombres... ¡quepan en suerte a otros! A mí, oh Dios omnipotente, concédeme un sendero pedregoso, pero de horizonte despejado; un sendero que siempre lleve a las alturas, y por el que pueda caminar con la convicción, de no desviarme jamás».

[43] Prov 3, 12-17; Sir 27, 6.

Si el romano decía con orgullo que «llevar a cabo grandes hazañas es una virtud romana», *fortiora agere Romanum est*, tú, en cambio, da este giro a la frase: «sufrir con alma grande es una virtud cristiana», *fortia pati Christianum est*.

Medita un poco cómo una tristeza misteriosa, el pesimismo, el abatimiento invadía el alma de los hombres más nobles de la antigüedad pagana. No podría nombrar en este momento ni uno solo que no hubiese tenido en mayor estima la muerte que la vida. En medio de los desenfrenados goces de los sentidos, las almas privilegiadas sentían repugnancia del mundo; y, sin embargo, no vislumbraban un fin elevado como término de esta vida terrena. Sólo unos pocos, como presintiendo el cristianismo, lograron levantarse a un ambiente más puro. ¡Qué deprimentes, de puro oscuras, resultan en las tragedias de Esquilo las figuras de las furias! Ved ahí: el pagano, el incrédulo, al sufrir, no sabe sino hacer rechinar los dientes. Sufre también el hombre religioso, más no con un fatalismo ciego, sino con plena conciencia. ¡Ah!, no: ni el cristianismo puede extirpar la miseria, el sufrimiento, las muchas tentaciones del pecado; pero, por lo menos, sabe comprender lo que quiere Dios por su medio.

¿Has de sufrir mucho, hijo? ¿Eres pobre, enfermizo, tus padres están en la miseria, te acosa la desgracia? ¿Qué quiere Dios de ti?

Puede ser que castigue pecados antiguos.

Puede ser que intente ablandar tu alma para una vida más fervorosa.

Puede ser que esté robusteciendo tu voluntad, como lo hace el fuego con el hierro.

Puede ser que quiera aumentar tus méritos para la vida eterna.

Puede ser que te conduzca a través de la vida como el guía lleva al turista hasta las cimas de los montes. «¡Por qué senderos pedregosos, duros, estrechos, incómodos, me has conducido!», exclama el turista. «Sí, señor, por senderos incómodos; pero sabe que si te hubiera guiado por los caminos grandes y llanos, no esta-

ríamos a estas horas en esta magnífica altura, sino acaso a la vera de un pantano».

«¿Por qué he de sufrir yo tanto?», exclamas. ¡Cómo vas a saber tú el por qué! Tan sólo Dios lo sabe. Mira una hermosa alfombra persa: flores, figuras, colores, forman un artístico conjunto. Pero míralo por el otro lado: una mezcla descabellada de hilos y de colores. Así es también la vida. Nosotros sólo vemos el reverso. El anverso, la cara verdadera, es decir, el gran pensamiento unificador que recoge todos los hilos, está en manos de Dios. Junto al telar de la Historia está sentado el Dios eterno, cuyos designios nos son desconocidos. Sus pensamientos no son los nuestros y sus caminos no son nuestros senderos.

Santa Catalina de Siena tuvo que luchar un día con una vehemente tentación. Cuando, a costa de grandes fatigas, logró librarse, se quejó con tristeza: «Jesús mío, ¿dónde estabas cuando las tinieblas envolvían mi corazón?». «Estaba en tu alma, contestó el Salvador. Si no hubiera estado contigo, los pensamientos que sitiaron tu alma habrían penetrado también en tu voluntad y habrían causado la muerte de tu alma». Por tanto, no desmayes tampoco tú en los sufrimientos. ¿No ves que contra una sola roca se rompe la fuerza de todo el mar alborotado?

No seas como algunas plantas: mientras ven el rayo del sol, erguidas levantan la cabeza; pero al atardecer cierran sus pétalos y mustias se encogen. El sufrimiento es labor de artista que Dios hace sobre el mármol de tu alma. Busca oro en tu alma; pero el oro no está en la superficie, hay que sacarlo con ansias y sudores del fondo de la mina.

También el mármol le gustaría romper en sollozo cuando le golpean los duros martillazos del escultor. Pero si el artista «tratara bien» a su mármol, ¿llegaría éste a ser una obra maestra, admirablemente tallada?

No has de buscar el sufrimiento; pero si viene, míralo a la cara con la frente levantada.

14. Obedecer sin réplica

Otro medio para educar el carácter es la obediencia. En la pubertad es harto difícil. Y, sin embargo, precisamente a esta edad, cuando tu entendimiento empieza ya a madurar un poco, podrás ver con claridad, si lo meditas, que la obediencia es base imprescindible de tu propia libertad y de toda la vida social.

¡Qué halago para la vista cuando pasa ante nosotros un pequeño escuadrón de exploradores, y a una sola vocecita de mando: «¡Alto!», ¡como palos quedan clavados todos en tierra! ¿Qué es lo que produce esta impresión favorable? La obediencia organizada.

¿Por qué has de obedecer? En primer lugar, porque no eres un ser independiente.

«¿Qué? ¿Que no soy independiente? Pero, ¿de quién o de qué dependo yo?». Pues de miles y cientos de miles de cosas y de personas. ¡Ah!, no; no eres tú el centro del mundo, y no puedes vivir como si no necesitaras a nadie.

¿Sabes quién puede vivir así independiente desdeñando a todos los demás? El que nace de sí mismo, mece su propia cuna y se nutre de su propio pecho; el que alcanza la estatura que se le antoja y nada necesita en la tierra, y al morir coloca él mismo su cuerpo en el ataúd, se cava la fosa y se entierra. ¿Por qué te ríes? ¿Que

nunca vivió tal hombre sobre la tierra? Claro está que no. Tampoco hay, por tanto, quien pueda ser por completo independiente.

Además, hay que obedecer también, porque esto nos da la verdadera libertad. «Al contrario, es la desobediencia la que nos hace verdaderamente libres», piensas tú. No. Lo que nos hace es ser desenfrenados. Mira el corcel, que sacude lejos de sí las riendas, arneses y corre desbocado, sin saber adónde. ¿Es esto libertad? No. Es desenfreno. ¿Y al final? Acaba por estrellarse contra el primer obstáculo.

Obedece también para poder mandar. ¿Ante quién se inclina con preferencia la voluntad humana? Ante la recia personalidad. Y es cosa sabida que tanto más se vigoriza nuestra alma cuanto más a menudo se inclina espontáneamente ante la voluntad legítima de los demás. En el camino que guía hacia la libertad espiritual se lee la palabra: Obediencia. «Cuando obedecía, entonces era libre de veras mi alma», escribe profundamente Goethe[44].

La obediencia es medio excelso para el robustecimiento de la voluntad. Sabes muy bien que quienes te mandan, tus padres, tus profesores, sólo buscan tu bien, y no quieren con sus órdenes molestarte, «vejarte». Me concederás, por lo menos, que un muchacho de catorce o dieciséis años no puede tener todavía la experiencia y el juicio reposado de un hombre de cuarenta o cincuenta años, como es tu padre; por tanto, si te mandan algo tus padres o tus educadores, hazlo sin refunfuñar, sin agriarte, aun en el caso de creer que se han portado duramente contigo.

Piensa que aún no te ha amaestrado la experiencia, que eres ligero, o que estás aún bajo la influencia falaz de las apariencias o te mueves ciegamente por los halagos de los sentidos. Nunca oí a hombres maduros lamentarse de que sus padres fueron demasiado severos con ellos en la niñez. Antes bien, recuerdan con tristeza su juventud, deplorando el no haber obedecido mejor a sus padres.

---

[44] *Ifigenia*, V, 3.

Hijo mío, sé que eres obediente. Y has de serlo siempre, no porque es necesario, sino porque quieres, porque sabes que será en provecho tuyo. Lo que has de hacer has de quererlo hacer también, y tendrás doble provecho. Repite con sencillo espíritu muchas veces las sublimes palabras de San Agustín: «Señor, concédeme que haga lo que quieres, y después mándame lo que te parezca».

15. Perseverar sin mentir

Aún te espera otra prueba importante de «perseverancia»; has de perseverar en la verdad.

Tan sólo al hombre le es dado hablar. El loro y la cotorra saben remedar las palabras humanas; pero tan sólo el hombre es capaz de crear palabras.

Pero, ¿no sientes, hijo mío, en seguida la responsabilidad que tiene el hombre por esta posición privilegiada? Si es tan sólo derecho del hombre el hablar, entonces es deber suyo que hable según la verdad, que use las palabras en su sentido recto. «Yo os digo que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio»[45], enseña Nuestro Señor Jesucristo.

Pero el Señor no tan sólo lo enseña de palabra, sino también con el ejemplo. Lee los *Evangelios*, y verás cómo en cada palabra de Jesús descubres una tranquilidad sublime y reposada.

El animal no tiene palabra; sólo ladra, relincha, muge, chilla..., cáscara sin grano. La palabra humana no es una cáscara vacía, tiene su contenido y éste zahiere o alaba, ofende o acaricia, corrige o pervierte. Por tanto, la palabra pronunciada es de una tremenda responsabilidad. De quien no pesa sus palabras antes pronunciarlas no podemos decir que tenga carácter.

---

[45] Mt 12, 36.

El ideal de la educación católica es el joven que sabe ser cortés sin adular, sincero sin tosquedad, honrado sin torpeza, fiel a sus principios sin ofender a los demás.

El sol va recorriendo su carrera en el firmamento, ¡con tanta nitidez!, no hay en él oscuridad ni misterio; el rostro de los hombres se ilumina de alegría al mirar hacia el sol y todos beben en esta fuente de luz, buen humor y vida. También el hombre de alma justa viene a ser sol para la sociedad, a quien todos miramos con alegría y en quien puede descansar nuestra confianza.

¿Puede haber mayor elogio que decir de un joven: «Es justo apreciador de la responsabilidad de cada vocablo que pronuncia; no juega con su palabra; podemos fiarnos de lo que dice; habla siempre con amor y es fiel a la verdad?».

16. ¿Por qué mienten los jóvenes?

¿Por qué mienten entonces los jóvenes? Generalmente, por miedo. Hicieron algo que les estaba prohibido y temen el castigo. Y, sin embargo, el mayor desatino es redoblar la falta cometida y aumentar el primer pecado –que muchas veces no llega a tanto: se ha quebrado el vaso, se derramó el café...– con otro nuevo, con la mentira. ¿Has visto jamás a un joven que se meta en el charco para quitarse el barro que salpicó su vestido puro como la nieve? ¡Cuánto más discreto es quien piensa de esta manera: «Es verdad, acabo de hacer una cosa mala. ¿Qué sucederá si lo confieso? Me reñirán. Pues... que me riñan. Al fin y al cabo, lo merezco. Mañana ya no me dolerá el castigo, y, por lo menos, habré dicho honradamente la verdad».

En cambio, aunque la mentira me salvase del castigo, se agrandaría la herida de mi alma, y me dolería también mañana, y nunca me dejaría descansar. Más vale confesarlo todo con sinceridad: «Madre, he sido desmañado, rudo, precipitado; desde hoy iré con más cuidado... ¡Si queréis, castigadme...!». La honra está a salvo, y creo que, después de semejante confesión, hasta se perdona el castigo. Pero, ¡aunque no se perdonara! «Más vale que yo sufra por la verdad, y no al revés, que la verdad tenga que sufrir por mí».

Hay otros que mienten por cobardía. Se habla de asuntos graves, de cosas ideales, de religión, entre los jóvenes; algunos muchachos frívolos empiezan a bromear. ¡Ahora! Ahora llega el momento de dar tu opinión con franqueza, de salir al palenque sin titubeos; no te atreves, te dan miedo las muecas de ironía. Prefieres mentir. Eres cobarde.

Se puede mentir también por envidia, por celos. Se alaba a un condiscípulo. «¡Oh, ni lo merece! Tiene tales y cuales defectos», dices tú, y mientes.

Se puede mentir para lograr ventajas: «No es verdad, no hubo gol». «No es verdad, no tocó el balón». Y hasta puede inducir a mentira la fidelidad mal entendida: cuando alguien quiere ayudar con mentiras a su amigo desgraciado.

Se puede mentir con jactancia, diciendo: «Tenía un "auto" este verano. ¡Sí lo hubieras visto!». «¡Qué aventuras he tenido!». Y, sin embargo, todo es pura invención.

Miente quien dice la lección al dictado del compañero que le sopla; miente quien copia a hurtadillas el tema de su vecino; mienten, porque se visten con plumas ajenas. El joven de carácter, en estas ocasiones, dice a la tentación: «Tengo bastante orgullo para no quererme abrir paso con medios no honrados».

Hay también jóvenes que no dicen la verdad por ligereza; no mienten propiamente, pero «se les va la lengua», y no se les puede creer, porque no están acostumbrados a la precisión ni al uso recto de sus sentidos. Cuidado, hijo mío; el joven de carácter evitará con facilidad las mentiras rudas y grandes, pero acaso caiga en una mentira más pequeña o en una leve falsedad; y, sin embargo, con esto deteriora asimismo su carácter.

Un joven honrado nunca dice «no he sido yo» si ha sido él; pero es más fácil que diga: «algunas veces he estado con ellos», cuando debería decir: «he estado a menudo en su compañía», o también: «iré con toda seguridad», en vez de decir: «iré, si me es posible».

Es mentira todo lo que contradice a la verdad y a la rectitud. Por tanto, se puede mentir no tan sólo de palabra, sino aún con el silencio, con la hipocresía, con un comportamiento astuto y falaz...

Mienten también el que sólo dice la mitad de lo que piensa; el que va siempre con rodeos; el de medias tintas; aquel de quien nunca sabe nadie el alcance de su amistad.

Ved ahí el bosque salvaje de la mentira.

17. ¿Vale la pena mentir?

«¿Qué crees? ¿Vale la pena mentir?», pregunté a un muchacho. «No», me contestó decididamente. «¿Por qué no?». «Porque tarde o temprano sale al fin el embuste, y entonces se pierde sin remedio el crédito».

Al fin y al cabo, es un argumento. En efecto: ¿puede concebirse situación más bochornosa que la de aquel joven sorprendido en una mentira, que antes gozaba de respeto, y cuyas palabras eran creídas a pie juntillas? ¡Y lo han sorprendido en un embuste, en una trapacería[46]!

«¡Ah!, piensan tal vez algunos jóvenes. Si tan torpe es, entonces que no mienta; pero se puede mentir con habilidad. Pensaré antes bien lo que he de contestar si me preguntan tal cosa o tal otra; así resultará...».

Y, sin embargo, el resultado no es duradero. «En vano se esconde el burro detrás de la puerta: se le ve la oreja», dice un refrán. Y en vano advierte el dicho latino al hombre mentiroso que es forzoso tener buena memoria: *mendacem oportet esse memorem*, porque un día u otro caerá en contradicción; ha de alimentar una mentira con otra si quiere mantenerlas en pie, y para mantener la segunda mentira ha de mentir por tercera, cuarta o

[46] Trapacería: Fraude o engaño en la relación de compra venta, en el que se perjudica y estafa a una de las partes. *(N. del Ed.)*.

décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad se pisa en un terreno pantanoso, en que los pies van hundiéndose cada vez más. El mentiroso, al día siguiente ya no se acuerda de lo que dijo ayer, y, al término del camino, le espera la vergüenza, la pérdida del honor.

La mentira es un hijo monstruo de la vida moral; y los monstruos no suelen tener vida larga.

Pero supongamos que no llegue a descubrirse. Puede mentir alguien con tanta habilidad que no lo cojan. Piensa, empero, cuál será la consecuencia. El joven de carácter no sólo ha de mirar las consecuencias inmediatas de sus acciones, sino que ha de pensar también en los efectos remotos. Supongamos, por tanto, que no se descubrió la mentira.

Mas, al entrar dentro de sí, una acusación llena de reproches resuena en su alma: «No tienes carácter. No se puede fiar de ti». La voz de la propia conciencia da ratos amargos aun al mentiroso más hábil.

¡Ay de aquel que se lanzó a mentir! La mentira sale de aquellas profundidades oscuras, en donde vive Satanás, y envuelve por eso en tinieblas al alma. Nubla los mismos ojos. Quien miente, baja la vista; teme que su mirada turbia lo delate.

Fíjate: hoy los médicos no recetan con tanta facilidad los venenos a título de medicina como lo hacían antes, y es que descubrieron que, aunque el veneno cure una enfermedad, causa a veces otra quizá más peligrosa que la primera. Lo mismo que la mentira: en el primer momento parece que te ha sacado de un atolladero, pero entretanto ha crecido su influencia destructora, que pronto se manifiesta en otros órdenes.

Y puesto caso que se lograra acallar hasta la misma voz de la conciencia, habrá un día, el del juicio final, en que Dios omnisciente descubrirá toda astucia, toda perfidia y toda mentira; aquel Dios, a quien no puede engañar el mentiroso mas diestro, y de quien dice la *Sagrada Escritura* que abomina el Señor los labios

mentirosos[47]. Dios es la verdad viviente; toda mentira es, pues, su negación, y afea el parecido divino de nuestra alma.

Cuéntase de la zorra que si se ve presa en la trampa roe y corta su propia pierna o cola con tal de librarse. Quien quiere salvarse por medio de mentiras del mal en que se ve preso, no se corta la pierna, sino lo que vale mucho más: el honor, el carácter.

Mentir es cobardía; perseverar firmes en la verdad es heroísmo.

¿Has conseguido algo por medio de la mentira? Lo has pagado demasiado caro.

¿Has escapado dé un mal gracias a una mentira? Has caído en un mal peor.

¿Has conseguido, mediante una mentira, el respeto que te tributan los demás? Has perdido el honor ante el tribunal de tu propia conciencia.

[47] Prov 12, 22.

18. La palabra es el hombre

Pero ¿seguramente habrá casos en que es permitido mentir? Hay jóvenes que se excusan con facilidad. «He mentido sólo por broma. Eso no es pecado, dicen. No he hecho daño a nadie».

No es pecado grave, pero es falta. No habrás causado daño a otro, pero sí a ti mismo. El mal peor está en que estas mentirillas leves inducen a decir mentiras serias. Los grandes caracteres se guardan con temor de los deslices más insignificantes.

Hallamos ejemplos admirables hasta entre los paganos. Habrás oído que Arístides no mentía ni por broma: *Aristides adeo fuit veritatis diligens, ut ne ioco quidem mentiretur.*

Naturalmente, debemos tener un concepto cabal de lo que significa y es la mentira. Hay mentira cuando alguno dice una falsedad para engañar a otro. Por tanto, cuando es claro que una persona habla de broma, que está jugando y divirtiéndose, no hay mentira. Pero mentir, esto es, engañar a otro, nunca está permitido.

Reconozco que no es cosa fácil la lealtad constante a la verdad, y que machas veces nos encontramos en situaciones en que se ha de escoger entre la mentira y un grave contratiempo. Empero, el principio ha de quedar firme: «Nunca mentiré». Por otra parte, me amenaza ahora un grave contratiempo, precisamente por haber manifestado la verdad. ¿Qué he de hacer en estos casos?

La solución más sencilla es no contestar. Nuestro silencio advertirá a quien nos dirige la palabra que su pregunta nos es desagradable, y quizá no insista más.

Si se tiene bastante habilidad, se podrá dar una contestación que esquive la dificultad, que permita «escaparse por la tangente», «salir garboso»[48], naturalmente sin mentir, «desviar la pregunta».

Muchas veces, empero, no es posible proceder de semejante manera, y entonces no hay más remedio que aceptar con heroísmo todas las contingencias desagradables que se hubieren de sufrir por una de las virtudes varoniles más hermosas. Si puede ser, evita el contratiempo; pero si no puede ser, entonces *fiat iustitia et pereat mundus*, «hágase la justicia y perezca el mundo», persevera firme en la verdad, aunque tengas que pagar sus consecuencias. No es cosa fácil decir siempre y en todas las circunstancias la verdad; es virtud de héroes.

A los niños pequeños se les perdona con facilidad la mentira, que dicen por miedo al palo que, tieso y ceñudo, los mira desde el rincón. Pero de los niños tampoco afirmamos que tengan carácter perfecto y acabado.

Pero, ¿qué decir de los muchachos mayores, que, justamente, cifran su mayor orgullo en su inteligencia, en su valentía (¡y con derecho!)? ¡Qué triste espectáculo si en semejantes casos también ellos se muestran cobardes, faltos de carácter y se excusan con una mentira para librarse del castigo merecido, o para salir de algún aprieto!

¡Cuánto más noble es el carácter de aquel joven que nunca dice –cueste lo que costare– ni una sola palabra falsa, y no la pronuncia por la sencilla razón de que no sabe mentir! No sabe hacer violencia en situación alguna a su honrada sinceridad hasta el punto de pronunciar una mentira. ¡Qué placer y alegría encontrar un muchacho con cuya palabra podemos contar, de quien podemos

[48] Entre los hispanoamericanos es más común la equivalente expresión «salir airoso», o también «quedar bien parado» (*N. del Ed.)*.

fiarnos, porque todas sus palabras encierran verdad, como las de la *Sagrada Escritura*! La palabra es el hombre.

Dios quiso que la mentira fuese difícil al hombre; por eso lo creó de manera que se ruborice al mentir. Se puede aprender, sin embargo, a mentir de continuo sin rubor y con soltura, «como si leyera las mentiras en un libro», pero siempre es una ciencia difícil.

Hijo mío, pon tu orgullo en la verdad. Y todo joven que presume de honor, de carácter, ha de decir la verdad sin cambiar un ápice. El joven mentiroso asesta sus tiros contra las bases más fuertes de su carácter y emprende inevitablemente el camino de la degradación moral. Quien lastima la verdad, no sabrá respetar sus deberes. Quien emprendió su camino mediante aserciones inexactas, querrá también abrirse paso en la vida de un modo muy poco honrado: si es funcionario público, se dejará sobornar; si es comerciante, apelará al fraude: cualquiera que sea su profesión, siempre estará falto de carácter. Aunque no a la letra, pero sí en su espíritu, tiene razón el dicho húngaro: «Quien empezó en la mentira, acabará en el patíbulo».

La primera divisa del joven de carácter es: La verdad, a cualquier precio. «Si alguno no tropieza en palabras, este tal es varón perfecto», dice la *Sagrada Escritura*[49]. Negar la verdad es abdicar de la dignidad humana y hacer traición al santo deber del hombre.

No conozco caso alguno en que sea permitido mentir, jugar con nuestra palabra. Nunca. Ni por necesidad. Sé muy bien que hay jóvenes que van argumentando de esta manera: «Ahora era necesario mentir». Esto no es sino excusa. Nunca «es necesario». Porque si en un solo caso nos permitimos la mentira, ya hemos derribado toda la ley; entonces cualquiera podrá excusarse, en la primera ocasión, alegando que le parecía que esta vez no había manera de evitar la mentira.

¿Y qué sería de la sociedad si la mentira fuese tomando incremento? Nadie podría creer al otro. El hijo no podría creer a sus

[49] St. 3, 2.

padres, ni los padres a sus hijos. En cada momento se habría de sospechar: éste quiere engañarme ahora. No me atrevería a tomar la sopa por miedo de que me envenenase la cocinera. No me atrevería a llamar al médico temiendo que me matase a propósito, etc. No se puede vivir de esa manera. Ved ahí, pues, cómo la mentira es contraria a la sociedad humana.

19. «¡Júralo!»

Quien cumple siempre su palabra, nunca tendrá que acogerse al salvavidas de muchos estudiantes de carácter débil, al juramento hecho con ligereza. «¿Vendrás esta tarde a un partido de fútbol?». «Sí». «¡Júralo!». «¿Me prestarás el diccionario?». «Sí». «¡Júralo!». Y así sucesivamente; los jóvenes de espíritu frívolo están dispuestos a jurar mil y mil futilidades.

Pero tú no te dejes arrastrar. Es mucho más serio y varonil contestar en estas ocasiones: «Amigos, os aseguro que así es. No suelo mentir».

No puedo remediarlo; si oigo jurar a un muchacho, pienso en seguida: Este joven, indudablemente, miente mucho, y ahora, por milagro dice la verdad; pero como sabe que no suelen creerle, por eso la corrobora con juramento. El que no suele mentir, no tiene por qué jurar.

Cumple siempre la promesa y la palabra dada. Antes piensa bien lo que vas a prometer. Pero si llegas a prometer algo, entonces, cueste lo que costare, has de cumplirlo. No es joven de carácter aquel de cuyas palabras no podemos fiarnos en todos los casos. *Falsus ore caret honore*. El mentiroso no tiene honor. En cambio, quien cumple siempre fielmente su promesa da prueba de una disciplina no común. ¿Cómo podría subsistir la sociedad si contara únicamente con hombres que jueguen de ligero con su palabra? *Ein Mann, ein Wort,* dice con orgullo el antiguo lema alemán: «El

hombre no ha de tener sino una sola palabra». Tiene razón. Quien juega con la palabra dada no es hombre. Te suceda lo que te sucediere en la vida, piensa en el consuelo que encierran las palabras de Francisco I, rey de Francia: *Tout est perdu hormis l'honneur*. «Todo está perdido, menos el honor». *Omnia si perdes, famam servare memento*. «Guarda tu fama, aunque pierdas lo demás».

Quiero llamarte la atención sobre una cosa interesante: sé sincero, no sólo con los demás, sino aún contigo mismo.

Pero, ¿y esto, a qué viene?

En cuanto hicieres, pregunta a tu conciencia si lo aprueba. Pero no te engañes a ti mismo. Si te atreves a ser sincero contigo mismo, ¡cuántas veces habrás de reconocer que no es verdad que «no he tenido tiempo para preparar la lección», y que lo que has querido hacer pasar como una acción magnánima, en realidad no era más que un egoísmo, y que cuando mirabas aquella figura desnuda, no es verdad que «has querido estudiar un aspecto hermoso de lo artístico», y que cuando te has enredado en una conversación obscena, estando con aquellos compañeros, no es verdad, «que, al fin y al cabo, ya no eres niño», sino que eres un cobarde, que reniega de sus principios! ¡Ah, si fueses sincero siempre contigo mismo! Habla reiteradamente contigo mismo en la intimidad, para que de esta suerte llegues a conocerte cada vez mejor.

Después has de reconocer en tu fuero interior que todavía eres joven; por tanto, has de portarte como corresponde.

No quieras remedar a los hombres hechos ni en su conducta ni en sus diversiones.

Guárdate de criticarlo todo; no emitas juicio con voz altisonante sobre cosas que, naturalmente, aún no comprendes, porque te faltan todavía la preparación y la experiencia adecuadas.

No creas comprenderlo todo bien, y que puedes ya leerlo todo y remedarlo todo. Eres joven; por lo mismo, acepta el principio de que «tu verdadera grandeza estriba en la obediencia».

Eres joven; por tanto, no puedes aún exigir muchas cosas que los hombres maduros ya merecieron, acaso a costa de duros trabajos. Tú aún no ganas dinero; no derroches, por ende, en bagatelas el dinero ganado por otro. ¡Ya ves en cuántas cosas has de ser sincero!

Y, además, ¡sed sinceros con Dios! A cada latido de nuestro corazón, a cada respiración, al pestañear del ojo. De Él dependemos. ¡Qué mentira, pues, cómo se engañan a sí mismos los jóvenes cuando piensan, por verse fuertes y en plena vida, que no necesitan de Dios, y que les bastan las propias energías, y viven por eso en consonancia con tan falsos principios! ¿Y cómo vamos a llamar hombre sincero al que tiene Fe, Religión, pero la niega ante los demás o la oculta por miedo?

El joven cuyo carácter está falto de sinceridad, fácilmente descuidará en las vacaciones sus deberes religiosos; mientras que el joven reposado hará con más fervor sus rezos diarios, oirá con más devoción la Santa Misa y recibirá los Sacramentos espontáneamente, porque tiene más tiempo que durante el curso y porque él no se postra ante Dios como un esclavo, por el temor del «suspenso», sino que es el amor sincero de su alma pura lo que le lleva ante el altar del Señor.

Dios es la verdad eterna; por tanto, servir a la verdad, decir la verdad, es culto divino. Contesta sinceramente las preguntas que te hagan, y la gloria de Dios vivirá en tus palabras; fíjate un objetivo elevado y sírvelo sin hipocresía ni doblez, y vivirá Dios en tu obra; procura que tus palabras y obras sean un libro abierto, limpias como el arroyo de los montes, y en tu vida se afianzará el Reino de Dios.

Querido hijo, ¡qué deber excelso nos espera: ser sinceros y ensanchar el dominio de la verdad, es decir, preparar una morada para el Dios de la verdad en medio de los hombres! Mira a tu rededor, ¡cuántas mentiras oscurecen el mundo! ¡Cuánta prestidigitación, cuánto polvo, cuánta cáscara, cuánta superficialidad,

cuánto engaño, cuánta astucia, cuánta doblez! Todo eso son tinieblas, nada de eso es el reino de Dios.

¿Qué podrías hacer contra estas cosas y en bien del reino divino? ¿Quizá predicar contra la mentira? No lograrás mucho. Pero sí; sé paladín esforzado de la verdad, quiere la verdad en tus palabras, en tus obras, en tu vida, y así, todas tus acciones serán otros tantos pasos firmes y sin retroceso que consoliden más cada día el reino de la verdad.

20. «*Aggredere*!»

Para la formación del carácter no basta la abnegación, el *abstine*; ni la perseverancia, el *sustine*; junto a ellas es menester un vigor valiente, una voluntad decidida: *Aggredere!* ¡Obra! A los valientes la suerte les ayuda.

Hay jóvenes a quienes no les es difícil ni la abnegación ni la perseverancia, pero rehúyen el trabajo en que se necesita vigor. No hacen bien. No damos el calificativo de «joven de carácter» al muchacho que se sienta cabizbajo en un rincón, y no hemos de entender por abnegación la comodidad, ni por vida cristiana el descanso, la tranquilidad inactiva, sino el movimiento, la acción, ya que la misma felicidad de los cielos la llamamos «vida eterna». Nuestra Religión, además de tener preceptos que dicen «lo que no has de hacer», tiene en abundancia otros que te prescriben «lo que has de hacer». Por tanto: *Aggredere!* «¡Obra, acomete!».

Dicen que la fatalidad tiene puños de hierro que pueden caer sobre cualquiera. ¡Qué más da! Tú, en cambio, tienes alma, y por eso puedes disponer de más perseverancia, resistencia, elasticidad que todo el mundo material. «Pon la mano si deseas alcanzar algo», dice el refrán.

La hoja del acero tiene elasticidad, pero también dureza. Y ¿cómo se prepara? En el fuego, en medio de vivas llamas.

La vida humana se forma con eslabones de pequeños acontecimientos. Uno a uno parecen de poca monta, y, no obstante, son ellos los que integran la vida. Los ingentes rascacielos se edificaron con piedras pequeñas; la vida excelsa se compone de cosas insignificantes; pero también todas las grandes caídas morales tuvieron por principio un leve tropiezo. No hay que temer por quien sabe guardarse de las faltas pequeñas; éste no tendrá grandes caídas.

Observa en qué tropiezan la mayoría de los hombres por la calle. ¿En grandes piedras que encuentran por su camino? No. Estas las notan ya de lejos. Pero resbalan al pisar, por casualidad, un hueso de cereza, y caen. «¡Cuánto me fastidian estas bobadas!», exclama un muchacho, aludiendo con sus palabras a los pequeños preceptos que él tilda de futilidades. Pero, ¿es, realmente, futileza el que en una máquina estupenda las ruedas no encajen bien, aunque la diferencia no pase de medio centímetro? ¿Es una pequeñez que en el violín pises la cuerda sólo un poco más allá, nada más que media nota, de lo necesario? ¿Es futilidad que en alemán conjugues un verbo de la conjugación fuerte según las reglas de la conjugación débil? Pregunta a los peritos en la materia, y te dirán qué diferencia enorme puede haber entre dos magníficos caballos, ambos fogosos, de pelo negro y brillante los dos, con que uno de ellos tenga sólo una «pequeñez» en la cabeza, una mancha blanca del tamaño de la palma de la mano.

Las pequeñeces tienen un poder enorme en la vida moral. Napoleón tenía un talento soberano, y habría podido servir muchísimo a la humanidad. Pero le hizo tropezar, y causó su propia perdición un solo defecto: su vanidad sin medida.

La perdición de muchos jóvenes empieza por pequeñeces inocentes, al parecer. Con no cumplir alguna que otra regla de la disciplina escolar, excusar con pequeñas mentiras la pereza, pasar algún rato en malas compañías y sin hacer nada, todas esas cosas no son, en fin de cuentas, tan importantes. Pero de las acciones repetidas con frecuencia se forma el hábito: de acciones malas

nace la mala costumbre; de las buenas, la buena. Al principio cuesta un poco renegar de los sanos principios delante de charlatanes, pero «¡se está tan bien en medio de ellos!». Después, en la tercera o cuarta ocasión, se hace ya más fácil, y hasta resulta más cómodo ceder algo de los fueros de la conciencia.

21. El poder de las pequeñeces

¿Por qué tienen tanto poder las nimiedades? Nada se pierde en el mundo sin dejar huella. Las cosas más pequeñas, aunque parezcan números quebrados junto a la gran unidad de la vida, entran como componentes, en pequeñas dosis, en la formación de las costumbres. Es tan fácil acostumbrarse a una manera de obrar moral como a la vida pecaminosa. Después de un sinnúmero de pequeñas acciones buenas, tendrá para nosotros tanta facilidad la vida honrada cuanta es la fuerza con que la ignominia atrae a quien ya se acostumbró a la vida pecaminosa.

Cuanto más perfecta sea una cosa, tanta más exactitud tendrá hasta en los pequeños pormenores. Los hombres de la antigüedad no conocían el mundo sino en sus grandes líneas, y, sin embargo, las proporciones del mundo creado, aun con este conocimiento imperfecto, los movieron a hincarse de rodillas ante el Hacedor Supremo. ¡Cuánto más fervoroso es el homenaje que nosotros rendimos a Dios desde que, merced a los telescopios y microscopios, nos es dado penetrar en los secretos del universo, y nuestro entendimiento queda extasiado ante la pasmosa exactitud del orden, de la finalidad, del encadenamiento que en él maravilla! La minuciosa precisión de la obra de Dios ha de servirnos de ejemplo para nuestro carácter.

Si todo lo miras de esta manera, nada te parecerá una pequeñez. Así, verás qué fuerza educativa tiene el cumplimiento de las prescripciones, al parecer insignificantes, por ejemplo, el ayuno, prescrito por nuestra Religión. Pero también puedes aprender lo mismo en muchas otras ocasiones. Si en una excursión te esperas un cuarto de hora junto a la fresca fuente antes de beber, a pesar de la sed que tienes; si sabes dominar tu lengua para que no cuente en seguida una cosa interesante que despierta la curiosidad de tus compañeros; si hay gran muchedumbre en la calle y no vas a mirar lo que pasa, aunque te mueras de ganas de saberlo; con todas estas pequeñeces haces labor seria en orden a librar tu voluntad del yugo de las acciones instintivas. Y con eso, ya verás que cuando la Religión Católica habla tantas veces de abnegación, de dominio de sí mismo, no intenta con ello menguar la libertad humana; todo lo contrario: quiere prestarnos ayuda para lograr la única manera de vida digna del hombre y de la libertad de su alma. Quien no se ejercita en la abnegación, no puede ser verdaderamente religioso; el hombre verdaderamente religioso es aquel cuya alma triunfa cada día en la materia del cuerpo.

«Son los efectos y las consecuencias los que ponen el sello de grandeza o de pequeñez en todo, dice el barón Nicolás de Wesse–Lényi; y lo que tiene consecuencias importantes y graves, no puede ser una pequeñez, por muy insignificante que parezca».

Así, ya comprenderás cómo pudo perderse toda una batalla…, por un solo clavo de herradura. Al caballo del general le faltaba un clavo en la herradura, y ésta se le cayó durante la marcha. Tropezó el caballo, y cayó el general. El enemigo mató al general caído. El general no pudo dar órdenes, y se perdió la batalla; se perdió ¡por faltar un clavito en la herradura!

22. Gulliver, atado

El camino del alma humana es como en los países fríos, la calle llena de charcos helados en que juegan los niños. Al principio no son lisos, no es posible patinar sobre ellos; pero se meten los muchachos, y, a medida que van pasando sobre el hielo, lo igualan y alisan; al fin lo han convertido en una especie de pista, por la que se deslizan maquinalmente. Algo semejante nos sucede con las acciones: cuantas más veces hacemos algo, bueno o malo, tanto más nos acostumbramos, y nos deslizamos ya sin poder pararnos en la dirección tomada.

¿Conoces el cuento de Gulliver? Cuando llegó al país de los enanos parecía un gigante entre ellos. Y, sin embargo, le jugaron una mala pasada los liliputienses. No tenían, es verdad, cuerda bastante resistente para retener a Gulliver; pero aquella «futilidad», «aquella pequeñez» (los miles y miles de hilos delgados con que lo ataron al suelo) no pudo romperla Gulliver.

Así comprenderás, amado hijo, por qué los hombres serios procuran librarse hasta de los defectos pequeños. Quien concede libertad a sus inclinaciones en las cosas pequeñas, no consultará en las grandes con su conciencia.

Es cosa que espanta el ver cómo muchos jóvenes, que en sus tiernos años inspiraron las más risueñas esperanzas, se desviaron más tarde, y marcharon por el camino del pecado, porque empezaron a descuidarse en las cosas pequeñas y tomarse demasiadas

libertades. También estos muchachos alcanzan su completo desarrollo, también se hacen hombres; pero no son sino caricaturas del hombre verdadero; se parecen a aquellas grotescas figuras de hombres que los niños hacen con la nieve, las cuales, mirándolas con un poco de benevolencia, guardan cierta semejanza con el hombre: tienen ojos, boca, un gorro de papel en la cabeza; sólo les falta carácter y voluntad.

Al ver la mesa de trabajo o el cuarto de algunos estudiantes, exclamo, espantado: «¡Dios mío! Si habrá el mismo desorden en el alma de este joven... Un cepillo para los zapatos y el diccionario latino, una pelota de fútbol y el cuaderno de matemáticas; botones rotos y una regla, un mendrugo de pan y un dentífrico, todo en "poético" desorden, esparcido por doquiera...».

Pon orden en tu mesa, en tu armario, en tu cuarto. En primer lugar, el orden exterior no es tan sólo manifestación de la armonía íntima, sino también su eficaz instrumento para llegar a ella; quien siempre tiene orden en sus cosas ordenará con más facilidad sus pensamientos.

Además, has de tener orden, porque sólo el hombre ordenado sabe ser puntual, mientras que el desordenado pierde mucho tiempo en buscar sus cosas, y después, en la vida, también llegará siempre tarde a todas partes. ¿No conoces jóvenes –espero que no te cuentes entre ellos– que diez minutos antes de las clases buscan afanosos su cuaderno de clase? Revuelven todo el cuarto; en vano. No está. Ha desaparecido. Por fin lo descubren debajo de la mesa, junto a la caja de betún. Pero sólo faltan cinco minutos para empezar la clase. Corren..., llegan tarde..., se les pone falta... por desorden.

Y aquí, sin embargo, no se trata más que de llegar tarde a la escuela. Pero cuando lleguen tarde a sus oficinas y se olviden de asuntos importantes... Si son médicos, matarán a algunos clientes, porque se descuidarán de «una pequeñez» en sus recetas; si son farmacéuticos, prepararán mal la receta del médico por haberla leído superficialmente.

¡Y aquellos cuadernos desordenados, llenos de garabatos descorazonadores! ¡Aquellas líneas revueltas, salpicadas con manchas de tinta! ¡Aquellos libros de texto cubiertos de toda clase de mamarrachos! Cuando se revisan los libros de los comerciantes declarados en quiebra, se halla, en la mayoría de los casos, que no llevan en orden y sistemáticamente su contabilidad. Sería interesante revisar también los libros de los estudiantes «suspensos».

Cuidado, hijo mío, que los hilitos de las malas costumbres, de las pequeñas negligencias y superficialidades, no lleguen a maniatar tu carácter.

Pon orden en las cosas más insignificantes. Que tu lápiz tenga punta; que tu regla no esté manchada de tinta; que en la mesa no haya otra cosa que lo necesario para el estudio o lo que sirve de adorno; que cada libro, cada cuaderno, cada palillero, cada goma tenga su puesto acostumbrado, de suerte que puedas hallar cualquiera de estos objetos aún a oscuras.

Cada mañana da cuerda a tu reloj con puntualidad. Cuídate especialmente de los objetos prestados: libro, diccionario, compás; no prestes a otro lo que te prestaron a ti, y no esperes que el dueño venga a pedirte que le devuelvas lo suyo.

23. El cerrojo malo

Say, célebre economista francés, nos cuenta de un modo sugestivo cuánto daño puede provenir de pequeñas negligencias. «En una finca, escribe, se deterioró el cerrojo de la puerta del corral. Habría podido arreglarse en varios minutos, pero "es cosa sin importancia", dijo el dueño. Naturalmente, día tras día iban escapándose, ora un pollo, ya un pato. Un día llegó a huir un lechón. ¡Ay! ¡Esto ya no se puede aguantar! Toda la familia, jardinero, lavandera, pastor, adelante, a apresar el lechón. El jardinero fue el primero que lo descubrió. Va a tomarle la delantera, no le falta más que saltar por encima de una zanja. Pero tropezó al saltar, y se descoyuntó el pie; tuvo que guardar cama mucho tiempo. La lavandera, al volver de la caza del lechón, vio con espanto que la ropa que había colgado cerca del horno para que se secara, se había quemado. El pastor, con la mucha prisa, se olvidó de atar una vaca en el establo, y el animal tropezó con el pesebre, y se rompió una pata. Ved aquí cuánto daño causó el cerrojo descuidado, que se habría podido arreglar con algunos céntimos».

Algunas veces, la cosa más insignificante adquiere importancia decisiva en la vida humana. ¡Qué cosa tan insignificante es el alga marina que se pega al costado de los buques en el océano! Y, sin embargo, Cristóbal Colón, cuando la tripulación empezó a rebelarse después del largo viaje sin resultado, para apaciguarlos les dijo: «Mirad, ya están aquí las algas; debe estar cerca la tierra».

Observa a los grandes compositores. ¡Cuánto han de estudiar, día tras día, para dominar técnicamente las dificultades más pequeñas! Francisco Listz dijo: «Si no hago ejercicio un día, lo noto yo; si lo omito durante tres días, entonces lo nota el público».

¿Sabes de qué se forman las enormes rocas de yeso de Inglaterra? De ostras tan diminutas, que sólo son visibles con microscopio.

¿Qué es lo que pone en marcha las gigantescas máquinas de vapor, esos monstruos espantosos? Gotitas de agua, al parecer insignificantes, que se truecan en vapor.

¡Qué cosa más admirable es el telégrafo! ¿Sabes cuál fué el primer paso para este magnífico invento? Pues el descubrimiento de Galvani, al parecer ridículamente «insignificante», de que si tocamos las patas cortadas de la rana con metales diferentes empiezan a moverse.

Acostúmbrate a no considerar nada insignificante respecto a tus deberes.

24. El cabello de Absalón

El título de una novela de Björnson es *El cabello de Absalón*. Sus protagonistas son hombres que se pierden, no por grandes faltas de carácter, sino solamente porque no saben dominar las cositas de cada día de la vida. Y, sin embargo, quien domina las cosas pequeñas es señor también de las grandes; y quien sabe aprovechar los minutos que corren, tiene en su mano la llave del tiempo. ¿Cómo podría lanzarse a una empresa grande quien no se preocupa de las pequeñas?

Procura ser, pues, puntual y fiel en el cumplimiento de los deberes que a primera vista parecen insignificantes. Supongamos, por ejemplo, que vives en un colegio y que a las seis de la mañana toca la campana para que te levantes. Podrías aún estar cinco minutos descansando sobre las blandas almohadas, pero no hagas tal. Salta en seguida de la cama..., y, adelante, a lavarte. ¿Es cosa insignificante? Lo parece tan sólo. En realidad, es vigoroso ejercicio de voluntad, porque es triunfo sobre la pereza.

Otro ejemplo. Llega el tiempo del estudio. No bosteces, no empieces con ojos adormilados a escoger los libros, no te desperezes, sino que, después de una breve y fervorosa oración..., ¡adelante!, ¡a estudiar! ¿Es cosa insignificante? No. Sino triunfo sobre ti mismo, ejercicio y robustecimiento de la voluntad.

Del criminal a quien ejecutan, no podía figurarse la madre, cuando lo mecía en sus brazos, de niño, que acabaría su vida en el

patíbulo. Pero el camino del *delirium tremens* empieza con la primera copa de alcohol; el de la estafa de millones con la avidez de ganar la partida en que se juegan unos miserables céntimos; el de la falsificación de letras de cambio con los pequeños ardides y traiciones de la escuela; el de las orgías nocturnas con las primeras estampas y lecturas obscenas, que hicieron soltar una impúdica carcajada al estudiante.

Sólo quien sabe ahogar en sí el más leve desorden podrá prevenir los grandes tropiezos de su carácter.

Sólo quien huye de la mentira más leve perseverará fiel a la verdad hasta en las situaciones difíciles.

Sólo quien es honrado en las cosas más pequeñas podrá conservar la misma honradez en las grandes. Lo dice el mismo Jesucristo: «Quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho»[50].

Así comprenderás la frase del gran obispo de Hipona, San Agustín: *Quod minimum est, minimum est; sed in minimo fidelem esse, maximum est.* «Lo pequeño es pequeño; pero ser fiel en lo pequeño es cosa grande».

Cuando empiezas a aprender esgrima, la marcha es lenta; antes has de aprender las posturas, la manera de empuñar la espada, los diferentes golpes, es decir, los pequeños elementos de la esgrima.

En cuanto al piano, tampoco podrás tocar sonatas de Beethoven sin haberte ejercitado antes durante años en las escalas.

Si has observado las maniobras que hacen los soldados, habrás podido notar qué ridículos movimientos de pies y manos aprenden algunas veces. Sin embargo, sólo son ridículos y superfluos, al parecer, porque, en la realidad, no se puede prescindir de ellos, y son necesarios para los complicados movimientos de las tropas.

«Vamos gastando nuestra fortuna florín a florín, nuestra vida por horas; cediendo en cosas pequeñas llega a entorpecerse nuestra conciencia; y así como, según los últimos descubrimientos de

[50] Lc 16, 10.

la ciencia, cordilleras enteras se componen, de los restos de diminutos animales que no podemos siquiera distinguir a simple vista, de la misma manera las mayores dificultades de nuestra vida van formándose de la acumulación de cosas tan pequeñas, que ni siquiera la notamos separadamente» (Barón Eötvös).

25. La lámpara del Sagrario de la Catedral de Pisa

Entre las cosas insignificantes, cuentan algunos el fino espíritu observador, y, sin embargo, es un medio muy importante para aumentar el caudal de nuestros conocimientos, y hasta para abrirnos camino en la vida y ejercitar nuestra voluntad.

Procura aprender cómo has de usar con rectitud de tus sentidos y camina por el mundo con ojo abierto y avizor; es decir, desarrolla en ti sistemáticamente el espíritu observador.

El ojo tan sólo ve; el espíritu, además, observa. Los indios llegan a rastrear muchas cosas por una hierba que pisaron, por huellas casi imperceptibles; los antiguos astrólogos árabes sin telescopios descubrieron el curso de los astros; los pintores chinos supieron dar vida con admirable fidelidad en sus cuadros a todos los movimientos del ala del pájaro que vuela. Tenían un finísimo espíritu de observación.

Presencia de ánimo, espíritu de observación y capacidad de decisión no son solamente cualidades necesarias a los pilotos y a la tripulación de los submarinos, sino aun para todos cuantos van navegando por los mares de la vida.

El juego *kim* de los *boy–scouts* es muy propio para el desarrollo del espíritu observador. Consiste en colocar un gran montón de

objetos, unos treinta o cuarenta, previamente en desorden, sobre la mesa; los muchachos no pueden mirar más que un momento la mesa y después, vueltos de espalda, han de decir todo lo que hay en ella. Probad también vosotros a hacerlo. Habrá muchos que al principio no sabrán nombrar ni siquiera quince o veinte de los objetos.

Otro ejercicio muy bueno del espíritu observador es: después de haber presenciado varios un mismo acontecimiento, contarlo uno tras otro, inmediatamente después o un día más tarde, lodos los testigos oculares lo contarán de distinta manera.

Otro ejercicio: pónganse en fila varios jóvenes y el último diga una frase en voz baja al oído de su vecino, con la consigna «dilo al otro». Al llegar la frase al final de la fila, ¡qué cambio habrá sufrido! Así descubrirás cuan débil es la capacidad de observación del hombre. Es tan débil que se engaña hasta en cosas pequeñas que ve diariamente.

Pregunta a un amigo:

–¿Has visto un reloj de bolsillo?

–Claro está. Todos los días.

–Dibuja, pues, la esfera. ¿A que no sabes?

–¿Que no sabré? ¡Hela aquí! –y empieza a dibujarla, y comete dos faltas en este pequeño dibujo. Porque pondrá las cuatro de esta manera, IV, y, sin embargo, suele hacerse de esta otra, IIII, y marcará también las VI, cuando su espacio suele estar ocupado en los relojes de bolsillo por la aguja de los minutos. Ya lo veis, pues. ¡Cuan poco podemos fiarnos de nuestro espíritu observador!

Ejercítate, por consiguiente, en la observación profunda. ¡Qué magníficos e interesantes descubrimientos pueden hacer los muchachos, por ejemplo, al observar la vida de los animales! Cómo la ardilla rompe la nuez; de qué modo comen el perro y el gato, el ganso, los polluelos; cómo destroza su víctima el ave de rapiña; cómo se arrastran el caracol, la serpiente, el gusano, etc. Cuántas

veces habrás visto un caballo al paso, al trote, al galope; y apuesto que no sabrías explicar los diferentes movimientos de patas que hace en las distintas marchas.

Quien se queda boquiabierto al mirar algo, inútil es que vaya por el mundo entero; en vano tendrá dinero para hacer grandes viajes; de nada le servirán, porque no sabe observar. Mira, pero no ve. En cambio, quien sabe observar con vista aguda, ése quiere penetrar el fondo de los acontecimientos, imaginar el reverso de la medalla.

La observación aguda brindó ya descubrimientos magníficos a la humanidad entera.

¡Cuántos fueron los que antes de Newton vieron caer una manzana del árbol! Y él fue el único que meditó este hecho sencillo tan profundamente, que llegó a descubrir la ley de la gravedad!

¡Cuántos habían visto cómo sale el vapor de la cafetera! Y, sin embargo, sólo Papín se puso a meditarlo hasta el punto de descubrir, a base de este fenómeno sencillo, la máquina de vapor.

Röntgen encontró una placa deteriorada en su máquina fotográfica. ¿La tiró enfadado? No. Empezó a meditar cómo pudo la luz llegar a la placa tapada. Y descubrió los rayos X, que atraviesan los cuerpos consistentes. Ved; tales son los resultados de una mirada precisa y honda.

El capitán Brown no pensaba sino en el modo de hacer un puente sobre el río Tweed con la mayor economía. Un día, paseándose por su jardín, revolvía este tema en su mente, cuando notó una sutil telaraña que se extendía de un arbusto a otro. Ahí está. Ya lo tengo. ¿No habría manera de hacer con barras de hierro y con cadenas un puente de semejante estructura? Y no pasó largo tiempo sin construir el primer puente sostenido por cadenas, puente colgante.

El ingeniero Brunel, por camino análogo, llegó a la idea del túnel. Notó cómo un pequeño bicho va taladrando el costado de un buque, primero en una dirección, después en la dirección opuesta,

para poder pasar por el agujero hecho así. Apoyado en esta observación construyó una de las obras más admirables de la técnica, el túnel que pasa debajo del Támesis.

¿Y sabes cómo descubrió Galileo la ley del péndulo? En la cúpula de la catedral de Pisa puso el sacristán aceite en la lámpara del Sagrario, suspendida del elevadísimo techo con una cuerda, ¡Cuántas veces se había repetido este acto al correr de los siglos y cuántos hombres lo habían visto! Y, no obstante, fue el entendimiento potente, el gran espíritu observador de Galileo quien meditó por vez primera los movimientos que hace con regularidad, de un lado al otro, la lámpara al recibir un golpe. A base de este fenómeno insignificante empezó a rumiar el hecho, y, después de una labor fatigosa de cincuenta años, descubrió la ley del péndulo, y pudo perfeccionar su instrumento, que juega papel importante en la medida del tiempo y en los cálculos astronómicos.

26. El trabajo entusiasta

Medio de primer orden en la escuela de la voluntad y del desarrollo del carácter es el trabajo, el deber diario cumplido con alegría, con celo.

El trabajo, en sentir de los paganos, era algo degradante, indigno de un hombre libre. Fue tan sólo el cristianismo quien tributó el honor debido al trabajo, al enseñar que lo que ennoblece al hombre es, justamente, el trabajo.

El cristianismo mostró a la humanidad la gran fuerza que late en el trabajo para desarrollar el carácter. El trabajo fortalece en gran manera la voluntad, porque exige dominio de sí mismo, abnegación, perseverancia. Quien posee una voluntad bastante fuerte para trabajar con perseverancia, con concienzuda puntualidad, no encontrará gran dificultad en mostrarse fuerte al tener que refrenar las pasiones, cosa bastante difícil para un hombre holgazán, que realiza su trabajo con negligencia y descuido.

El trabajo conserva la frescura y salud del cuerpo; la inactividad, en cambio, consume y corroe sus fuerzas. El trabajo perseverante origina constancia, seriedad, paciencia.

Acaso no comprendas, hijo mío, cómo se vigoriza tu voluntad si cumples con puntualidad, con celo y en el tiempo debido la labor diaria que te impone la escuela. Trázate un plan minucioso para la tarde: si al llegar el tiempo del estudio se presentare cual-

quier otra ocupación para distraerte, por mucho que te seduzca el sofá para echarte, por muy interesante que sea el libro que has cogido, aunque te inviten tus amigos, no vaciles. Lo primero es el deber. Coge con alegría el libro. Aprende con alma y vida. El deber cumplido con entusiasmo tiene una gran fuerza educadora de la voluntad.

Pero tan sólo es el trabajo verdadero, serio, el que educa al alma y no el hábito de matar el tiempo. Tan sólo el trabajo, que es verdadero triunfo sobre nuestros caprichos, sobre nuestra inconstancia y comodidad. Sea, pues, principio tuyo el cumplir lo mejor posible todos tus deberes.

No sé si has visitado y admirado algunos templos y otros edificios medievales, de una hermosura sin igual. ¿Sabes qué es lo que más me impresiona al detenerme bajo las esbeltas bóvedas de la catedral de Colonia o ante las blancas estatuas marmóreas de los santos en la catedral de Milán? Me asalta este pensamiento: los antiguos, pintores, arquitectos, escultores, dieron lo mejor de su trabajo, reconcentraron todas sus fuerzas y las invirtieron en sus obras; ése es verdadero trabajo de formación de carácter ¿Y hoy día? El trabajo de los hombres es ¡tan rápido, precipitado, superficial!; es un trabajo mercenario.

Sentirás profunda satisfacción si aprendes a trabajar con alma y vida, es decir, si haces con verdadero entusiasmo, con todo el corazón, el trabajo más insignificante. Lo principal no es la importancia del trabajo que haces, sino la disposición con que lo realizas.

De seguro has oído hablar de Carlyle, historiador y filósofo inglés. Su esposa perdió en una ocasión la paciencia, porque tuvo que estar toda la noche junto al horno; y, a pesar de todo, el pan que preparaba para su marido no se tostaba bien. «¡Que tenga yo que ocuparme en trabajo tan insignificante!». Mas en seguida tomó mejor consejo: «Pero Benvenuto Cellini, ¿no tuvo que velar toda la noche cuanto estaba en el horno su famosa estatua de Perseo? ¿Y qué diferencia hay entre Cellini, que vigila su estatua

en el horno, y la mujer, que tuesta el pan para su marido?». Sí; hasta el tostar pan podemos hacerlo con toda el alma, y el hombre que más respeto merece es el que cumple las cosas más pequeñas con la mayor conciencia. Lo que vale la pena hacer, merece que se haga bien, y lo que no está dispuesto a hacer a conciencia es preferible que ni siquiera lo empiece.

Un amigo fue a visitar a Miguel Ángel, y se quedó maravillado de que todavía estuviese haciendo la misma obra.

–Su trabajo no adelanta nada, le dijo.

–¿Cómo que no? He corregido ya mucho; aquí he quitado algo, allí he perfeccionado una arruga; he dado más suavidad a esta línea, he procurado dar más expresión a aquella boca.

–Pero todas estas cosas son pequeñeces –proseguía–, maravillado, el visitante.

–Sí lo son –le contestó el maestro–. Pero las pequeñeces hacen lo perfecto, y la perfección no es pequeñez.

Cuando pasé por Milán, subí al techo de la catedral, ese templo soberanamente hermoso. Toda la iglesia está construida de mármol blanco deslumbrante; hasta en el techo levántanse innumerables torrecitas de mármol, y los nichos de las torres también están llenos de estatuas marmóreas de santos, a cual más hermosas. Mientras duraba la construcción, dijo alguien al escultor que estaba trabajando con gran celo: «Pero, ¡tanto trabajo! Desde abajo nadie verá las estatuas. ¿Para qué entonces tanta fatiga?».

–Desde abajo, nadie –contestó el artista–; pero lo ve Dios.

Dios ve mi trabajo y esto me basta. ¿Ves ya cuánta alma y vida puede haber en el trabajo que se hace de esta manera?

El deber cumplido con todas las veras del alma educa tu carácter; en cambio, el trabajo hecho de mala gana y superficialmente lo deteriora.

El trabajo hecho sin entusiasmo, sin alma, refunfuñando, es peor que la completa inactividad, pues te engaña, haciéndote creer que trabajas mucho.

De la misma materia en que el artista esculpe una estatua maravillosa, el chapucero no sabe sino moldear una caricatura. De la misma manera podemos ser héroes del trabajo y, mediante él, pulir nuestro carácter, mientras que otros son sus esclavos y gimen con cara entristecida bajo su yugo.

El hombre nació para el trabajo; y, ya que no hay más remedio que trabajar, por lo menos trabajaré de buena gana. Echaré de ver en seguida que así me resulta fácil el trabajo.

27. El deber

¡Deber!

Palabra que tiene una fuerza mágica. El cumplimiento del deber exalta a individuos y pueblos, mientras que la negligencia en el trabajo los conduce a la bancarrota. Los pueblos que cumplen su deber a conciencia resisten triunfantes el asalto de la historia mientras que los holgazanes corren a su propia perdición.

En una antigua iglesia hay una pintura interesante que representa diferentes estados de la vida. Allí está el Papa revestido con los ornamentos de gran solemnidad, y debajo se leen estas palabras: «Yo os enseño a todos».

Allí está el emperador, con corona en las sienes, con cetro en la mano, y debajo se lee esta inscripción: «Yo os gobierno a todos».

Allí está el general con la espada en la mano, y dice: «Yo os defiendo a todos».

El labrador abre largo surco con el arado, y dice: «Yo os alimento a todos».

En la parte inferior del cuadro se ve pintado el diablo, haciendo muecas de carcajada, y exclama: «Y yo os llevaré a todos si no cumplís vuestro deber».

¡Qué profundo significado encierra este cuadro! Que en esta tierra seas emperador o labriego, es indiferente; pero has de cum-

plir tu deber. La vida terrena es un gran drama, en que Dios distribuye a todos el papel que han de desempeñar. No depende de ti el papel que has de recibir, pero sí está completamente en tu mano el modo cómo lo representes.

En el drama, lo importante no es el papel que has de hacer, sino el cómo. Quien tiene el papel de emperador, quizá sea acogido con silbas por no hacerlo bien; en cambio, se aplaudirá a un aprendiz de zapatero remendón porque hizo con maestría lo que le tocaba hacer.

Con tristeza oigo a cada paso de boca de los estudiantes «No sé qué partido tomar. ¡Se ven tan concurridas todas las carreras!». No te asustes, hijo mío: todavía en todas las carreras hacen gran falta hombres hábiles, diligentes, que cumplan, con conciencia, su deber.

En el cumplimiento indefectible del deber se esconde una ingente fuerza educadora. Hacer todo cuanto nos exige nuestra posición, y hacer, sobre todo, lo que nos sea ingrato.

La vida sin trabajo es un cuadro sin marco.

Durante la guerra mundial, las balas alcanzaron a dos aviadores precisamente cuando regresaban a su campamento después de un viaje de exploración. El observador murió instantáneamente; el piloto, agonizante, todavía logró aterrizar en su campamento.

Los soldados corrieron a su ayuda. ¿Sabéis cuál fue su última palabra? Con frases entrecortadas iba describiendo las posiciones del enemigo, y con el gesto indicó la máquina fotográfica que estaba entre las manos de su compañero. A mediodía fueron enterrados los dos; pero al mismo tiempo el ejército ganaba las posiciones enemigas. ¡Qué héroes más admirables del cumplimiento del deber!

28. «Hoy no estoy de buen humor»

El estudio y el éxito dependen, en primer lugar, de la voluntad, y no del humor. Sin embargo, ¡cuántos jóvenes se disculpan con que: «Hoy no puedo estudiar; no tengo humor adecuado; más vale no esforzarse si falta el humor...; mañana trabajaré el doble... !».

No lo olvides: el trabajo diferido al día siguiente, siempre resulta más difícil de lo que hubiese sido el día anterior.

El cumplimiento del deber no ha de depender nunca del humor. El deber diferido de hora en hora va adquiriendo cada vez más el aspecto de un fantasma, y su figura amenazante llega a envenenar todas tus alegrías. Quien tiene deudas, que pague cuanto antes.

Nunca olvides esta sencilla regla: Antes, el deber; después, las diversiones. Muchos jóvenes se quejan de que «no tienen suerte»; que el profesor «los tiene entre ojos»; que «nada les va bien»; y, sin embargo, en la mayoría de los casos no se trata más que de un solo defecto: en estos muchachos, lo primero son las diversiones; sigue después un gran paréntesis, y allá muy atrás viene a un trote cansado el deber.

Habrás oído hablar mil veces del centinela de Pompeya. Cuando en el año 79 sobrevino la erupción del Vesubio, y la lluvia de

ceniza y lava hirviente inundó toda la región, y los hombres enloquecidos corrían atropellándose sin piedad para salvar la vida, hubo un soldado romano que firme quedó en su puesto, sin titubear. En medio de la terrible confusión del momento, nadie se acordó de relevarlo. Su deber lo clavaba en aquel sitio; no se movía. Y la lava se iba aproximando. Y su fuego silbaba. Y su gas sulfuroso hacía imposible la respiración. Y todo aquel infierno encendido bramaba. Y el soldado, quieto, sin moverse una línea..., y llegó a cubrirlo la lava. Las excavaciones modernas hallaron en esta postura al centinela. Y forman uno de los más valiosos tesoros del Museo Borbónico de Nápoles el yelmo, la lanza y la coraza de este soldado, que, firme en su deber, se dejó sepultar por la lava ardiente para no manchar el honor del soldado romano.

Hijo mío, a ti quizá no te aguarden deberes militares; pero te espera el gran deber de la vida. Tienes deberes con Dios, con tus prójimos, con la Iglesia, con tu Patria. Quizá te parezca algo dura la frase que voy a escribir; no obstante, es el único principio decoroso para un hombre honrado: No estamos en esta tierra para ser felices, sino para cumplir nuestros deberes y todo cuanto Dios espera de nosotros. «Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado», hemos de repetir todos, porque es lo que dijo de sí mismo el Redentor del mundo[51].

Hay jóvenes que, para estudiar, esperan siempre que llegue «el buen humor». Y, sin embargo –como escribe Horacio– quien ha emprendido el trabajo tiene ya hecha la mitad, mientras que quien siempre da largas al momento de comenzar un género de vida más justo, hace como el labrador que, cruzadas las manos, espera que haya pasado la inundación; pero ésta no pasa; más bien una ola empuja la otra:

Dimidium facti, qui coepit, habet; sapere aude,
Incipe! Qui recte vivendi prorrogat horam,

[51] Jn 4, 34.

Rusticus expectat, dum defluat amnis; at ille
Labitur et labetur in omne volubilis aevum[52].

Todo cuanto existe bajo la bóveda del cielo está sujeto a la voluntad divina. Las leyes de la naturaleza obedecen sin excepción y con puntualidad a esta voluntad eterna: el astro recorre su camino; las lunas van rodando con precisión en torno de sus soles, no por propia decisión, sino por fuerza superior.

Tan sólo el hombre se mueve «de su propia voluntad» a seguir los preceptos de Dios. El Señor le dio libre albedrío, y el hombre puede oponer esta libertad a la voluntad de Dios: he aquí el pecado. Pero si no quiere vivir en las tinieblas; si no quiere perecer, ha de seguir las leyes de Dios lo mismo que la hierba más diminuta o el gusano imperceptible.

Cumple tus deberes, aun los más insignificantes, con la mayor puntualidad; y así merecerás la alabanza más hermosa que nadie tributó a un simple albañil: «En todas las piedras que ha puesto se hace patente su conciencia».

Nelson, el famoso almirante inglés, triunfador, murió con estas palabras en la boca: «Gracias a Dios he cumplido mi deber». Magnífico consuelo que levanta el ánimo, cuando toca a su término una vida, pasada en continuo trabajo. Ojalá puedas decirlo un día de ti mismo.

---

[52] *Epis. ad Pis.*

29. El que nació tarde

Por muy raro que parezca –quizá no llegues a creer lo que escribo– quien no trabaja no puede ser feliz.

El trabajo es garantía de salud corporal. Si el arado yace, abandonado en un rincón, se enmohece; en cambio, si se usa, recobra el brillo. También el hombre holgazán llega a cubrirse de moho, mientras que los ojos del hombre trabajador brillan de alegría.

No sirve darle vueltas; es inmutable el destino del hombre; ha de ganar su pan con el sudor de su frente[53]. Esto pregona la voz de la naturaleza con el hecho elocuente de que la vida de los hombres inactivos no suele ser larga; mientras que llegan a edades más avanzadas precisamente aquellos que trabajaron durante toda su vida.

El horror al trabajo es una enfermedad moderna; la ausencia de una voluntad fuerte también se muestra en este terreno. Porque para el trabajo se necesita abnegación, dominio propio, en una palabra: fuerza de voluntad. Nadie es trabajador por naturaleza. Como la ley de la gravedad atrae la materia hacia abajo, de la misma manera nos lleva a la pereza la naturaleza humana dada al regalo. Pero quien sabe vencerla con noble empuje, llegará a disfrutar más tarde de las benditas alegrías del trabajo.

---

[53] Gn 3, 19.

El secreto del éxito es trabajar siempre con entusiasmo. Hay muchachos que se preparan durante algunas horas para estudiar después media hora sólo.

«Pero..., ¡si no sale de dentro el trabajar! ¡Si es tan antipática la lección!». Lo mismo da. Una fuerza de voluntad, enérgica y varonil, te ayudará a vencer también este obstáculo. Y la cuestión es lanzarse de una vez al trabajo. Verás que, a pesar de los desalientos anteriores, tendrás éxito. Naturalmente, quien empieza bostezando media hora, quien antes de lanzarse se despereza y va perdiendo el tiempo, ya se dispone de antemano al mal humor.

Has de tener orden en el estudio. *Serva ordinem et ordo te servabit*, decían los antiguos. «Guarda el orden y el orden te guardará». El deber cumplido con orden tiene doble valor; en cambio el trabajo a capricho, desordenado, mal encaminado, es sencillamente perder el tiempo. El desmenuzar los quehaceres equivale, en resumidas cuentas, a la inactividad.

Suelen consignar los biógrafos de los hombres más célebres que éstos acostumbraban hacer todas las noches sus planes para el día siguiente. Trázate tú también, por lo menos a grandes rasgos, un plan para el día siguiente.

Y síguelo firmemente. Por ejemplo, a la una salgo de clase y vuelvo a casa; comida, descanso hasta las dos y media; lecciones hasta las cinco; juego, diversiones, hasta las seis; música, hasta las siete; estudio de idiomas, cena, lectura, a las nueve de la noche; rezos, acostarse.

Y cuando toca estudiar, entonces, a ello. Pero de veras. Sin remisión. Firmemente..., por más que oigas una voz que te susurra al oído: «Tendrás bastante tiempo hasta la mañana siguiente»; y por lo mucho que el sol te invite con su espléndida luz a salir. No te dejes ablandar. Ahora lo principal es el deber. Verás cuánto más te cunde el tiempo distribuyéndolo bien que si procedes sin orden en el trabajo. ¡Y cuan corta es la vida y cuántas cosas se pueden aprender! Por tanto, distribuye con cuidado este tiempo harto

breve. Tiene razón el dicho inglés: «Quien se acuesta temprano y madruga, será sano, rico y sabio»:

Early to bed and early arise,
Makes the man healty, wealthy and wise.

Había un estudiante que sistemáticamente llegaba tarde a todas partes. Ni por casualidad podía ser puntual. Sus maliciosos compañeros tuvieron una aguda ocurrencia: «Este muchacho nació cinco minutos más tarde de lo debido, y desde entonces no sabe recuperar estos cinco minutos de retraso». Cuando ya fue hombre no servía para nada, tenía una infinidad de disgustos en su oficina por sus continuos retrasos. ¿Y qué será de él si llega tarde al cielo? No muy tarde: ¡sólo unos cinco minutos!

30. «El reloj iba atrasado»

Casi sin aliento llega un hombre a la sala de espera:

–Déjeme usted, quiero irme en el expreso.

–En este momento acaba de salir, contesta con flema el portero.

–¡Horror! ¿Y qué hago yo ahora? Tenía que irme sin faltar. Me causará daños incalculables, gime el viajero atrasado.

Sin embargo, no tiene derecho a quejarse; el tren salió con puntualidad; fue él quien llegó tarde. En la vida, las cosas van con meticulosa puntualidad; sólo los hombres no suelen ser exactos.

Sospecho que este viajero atrasado solía levantarse en sus mocedades cinco minutos antes de las ocho, y nunca llegó con puntualidad a la escuela. Y esta primera falta de puntualidad fue la semilla de que brotó después su despreocupación y superficialidad.

Y, propiamente, ¿qué es la puntualidad? Una cosa muy sencilla: «Suspender un trabajo cuando se acaba su tiempo y emprender otro cuando llega su turno». Quien cumple esta regla sencilla desempeñará bien su oficio y lo hará todo a tiempo.

La puntualidad empieza muy de mañana. Suena la hora de levantarse; por ejemplo, las seis de la mañana. Hacerse cargo en el mismo instante de que «pasó ya el tiempo de descanso» y saltar heroicamente de la cama. Si lo haces, nunca tendrás que lamentar-

te: «No tuve tiempo para los rezos de la mañana». Le falta tiempo sólo a aquel que aun después de despertarse está dando vueltas en la cama durante un cuarto de hora, como la puerta en su quicio.

Llega el tiempo de estudio. ¡Qué tesoro representa el ser puntual también ahora y poner manos a la obra en seguida; no después de una preparación de media hora; no después de pensarlo previamente y bostezar y estirarse y repasar sobre los botones del traje el consabido cuento: lo empiezo, no lo empiezo; estudio, no estudio!...

El estudiante puntual no olvidará el cuaderno y los libros al partir para la escuela; al volver a casa no los tirará por los rincones del cuarto, y así no tendrá que recurrir a la excusa: «No sé dónde los he metido». El muchacho puntual y ordenado merece confianza, porque dio pruebas de tener un carácter firme.

Ser puntual. ¿Ves qué palabras más sencillas? Y, sin embargo, significan un medio importantísimo para la educación del carácter. Cumplir el deber cada día; si es preciso, cien y cien veces al día, todas las veces que así lo exijan nuestras obligaciones; ser concienzudo hasta en las cosas pequeñas, trabajar con ahínco aun cuando nadie lo ve... Decidme si conocéis un medio más eficaz para lograr la grandeza moral y la madurez del hombre íntegro.

No en vano dice el refrán: «La puntualidad es la cortesía de los reyes». Se necesita de veras gesto de rey, grandeza, valentía, constancia heroica para dominar los obstáculos y no excusarse ni esquivar jamás la voz sagrada del deber. Los grandes deberes de la vida sólo podemos confiarlos a quien sabe ser puntual siempre, en todo.

El joven puntual hasta tendrá más dinero que los otros, aunque reciba menos. ¿Y cuál es la explicación de este secreto? El puntual sólo gastará el dinero en cosas absolutamente necesarias; mientras que los demás compran cuanto les llama la atención en el primer escaparate que encuentran.

Será siempre puntual el que sabe apreciar el tiempo. El que no se hace esperar da pruebas de tener en su justa estima el tiempo propio como el de los demás. En cambio, el que a los principios sólo es desordenado y no sabe ser puntual, poco a poco llega a perder la confianza de los demás, porque no cumple su palabra; quien no emplea con escrupulosidad su tiempo, nos hace sospechar que tampoco debe ser muy escrupuloso en su oficina.

El que no sabe ser puntual, no merece gran confianza cuando da su palabra; y os advierto que el hombre que no es puntual y no guarda su palabra hace tanto daño a la sociedad como el anarquista y el revolucionario. En cambio, el joven puntual da pruebas de fuerza de voluntad, de carácter, y por eso es acreedor a la confianza. ¿Sabes cuál es uno de los elementos esenciales del carácter? Cumplir firmemente todo aquello a que has dicho sí. Si te parece contestar no, entonces sé valiente para decirlo con sinceridad y abiertamente.

«Señor profesor, el reloj iba atrasado», suelen decir para excusarse los estudiantes que llegan tarde. Sin embargo, si supiesen hablar con sinceridad, dirían: «Señor profesor, llego tarde porque he sido desordenado y negligente».

«¿El reloj iba atrasado?». ¿Sabes qué contestó Washington a un empleado que alegó la misma excusa al llegar tarde?; «Entonces no hay más remedio; o usted ha de comprarse otro reloj o yo he de buscar otro empleado».

Mucha verdad encierran las palabras de Nelson, el célebre almirante: «Debo todos mis éxitos a haber acabado todo un cuarto de hora antes del tiempo prefijado».

31. El estudiante pobre

Conmovido contemplo muchas veces aquella lucha titánica que han de sostener algunos jóvenes para poder seguir sus estudios. Sus pobres padres viven en un pueblo y apenas pueden ayudar al hijo, que vive en estrechez y penuria. El muchacho estudia con ejemplar diligencia; se levanta temprano para hacer sus temas, da lecciones de repaso, ni siquiera se desayuna, come todos los días invitado por una familia caritativa, lleva un traje remendado, tiene un cuarto frío en el invierno. A su lado está en la clase un estudiante elegante, perfumado; tiene un abrigo de pieles, y cuando saca con importancia su desayuno –un panecillo con jamón– los ojos de mi pobre estudiante se enturbian muchas veces de lágrimas: «¡Dios mío! ¡Si yo no tuviera que luchar tanto!...».

Si tú, amado hijo, fueras acaso uno de estos estudiantes pobres, quisiera consolarte y decirte que no te dé rubor la pobreza; quisiera hacerte comprender que los años de juventud pasados en medio de continuas dificultades tienen gran valor educativo.

Tu compañero rico, que vive en gran opulencia, pierde el tiempo muchas veces en procurarse comodidades, diversiones y distracciones o, en el caso mejor, en deportes exagerados.

Para el joven rico tener que ir a la escuela no es quizá sino un estorbo de sus distracciones; mientras que para el pobre el estudio es refrigerio, gozo, consuelo, esperanza de un porvenir más rosado.

Conozco a muchos jóvenes a quienes les falta el concepto serio de la vida y el adecuado entusiasmo para el trabajo, debido precisamente al exceso de bienestar. Rodeados de compañeros de la misma condición, gastan el tiempo en continuas travesuras, paseos, bailes, fiestas..., y cortejan a las muchachas. Concedo que la gran pobreza causa muchas horas amargas y rompe las alas a muchos talentos; pero no es menos cierto que perecieron más talentos y caracteres por causa de un bienestar excesivo.

El joven opulento casi no puede proponerse un fin para su trabajo; mientras que para el pobre, el mundo es como una gran tienda en que podemos comprar cuanto queramos mientras paguemos con trabajo los objetos apetecidos. Si después, merced a sus esfuerzos, llega a crearse, cuando sea ya hombre, una posición desahogada, verá entonces cuánto debe a las privaciones de su juventud.

El joven acomodado, aunque tenga un alma magnánima, lo que alcanza con sus estudios es tan sólo un título; pero el estudiante pobre, gracias a los años difíciles de la juventud que pasó tiritando de frío y padeciendo hambre, llega a adquirir, precisamente por estos sufrimientos, confianza en su propio valer, virilidad, presencia de espíritu, decisión de carácter. ¿Quién lo duda? Muchos talentos perecen en la miseria; pero aún es mayor el número de aquellos que se pierden en la blanda comodidad de las riquezas.

«Por el dinero del trabajo los dioses lo venden todo», dice un antiguo proverbio griego.

Andrés Carnegie, el conocidísimo millonario americano, enumera una larga serie de grandes industriales de su patria que empezaron su carrera como simples obreros, o comerciantes sin dinero (Wanamaker, Claflin, Lord, Field, Barr, Rockefeller, Gould, Seligmann, Wilson, etc.).

Garfield, que más tarde fue presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, era tan pobre durante su juventud, que a los

dieciséis años, cuando quiso embarcarse, para pagar el pasaje tuvo que ofrecerse de segador durante la cosecha de las mieses. El hacendado a quien se presentó lo rechazó, diciendo:

–Para este trabajo tan pesado necesitamos hombres y no muchachos.

–Y si el muchacho es capaz de hacer el trabajo de un hombre, ¿no sirve tanto como otro cualquiera? –preguntó Garfield modestamente– pero confiado.

Al *farmer* le gustó la respuesta y contrató al muchacho.

Al día siguiente lo mandó a segar con cuatro hombres. Estos quisieron burlarse de su joven compañero; lo colocaron en medio, y corriendo a toda prisa, empezaron a segar las mieses para cansar... al muchacho. Imposible. El nuevo segador trabajaba tan estupendamente, que los más viejos deseaban que llegase el mediodía para descansar. Las manos de Garfield se llenaron de ampollas, pero no se quejaba. Después de la comida pidió por favor a los otros que lo dejasen guiar el trabajo de la siega, para demostrar al *farmer* que también él era capaz de trabajar como un hombre de tomo y lomo. Los trabajadores le concedieron lo que les pedía. Pero tuvieron que arrepentirse. Garfield dio una marcha tan precipitada al trabajo, que los segadores, que ya por salvar su honor no podían quedar atrás, cayeron agotados al llegar la noche. Garfield no parecía haberse cansado, y cuando los otros se fueron a descansar pidió una bujía al *farmer*.

–¿Para qué la quieres? –le preguntó el dueño.

–Quisiera estudiar un poco, porque durante el día no tengo tiempo.

–Pero, chico, tú has trabajado hoy por tres hombres, más vale que te acuestes. No me acuerdo bien, ¿cómo te llamas?

–Jaime Abraham Garfield–contestó el muchacho.

Tomó la bujía, subió a su cuarto, y estudió hasta muy avanzada la noche. Y el pobre joven estudioso llegó a la dignidad de presidente de los Estados Unidos.

Y aún podría seguir citando ejemplos semejantes que alientan e infunden confianza.

32. Muchachos pobres. Hombres grandes

Stephenson, el inventor de la máquina de vapor, nació en un miserable tugurio de minero; su padre era jornalero, y había de cuidarse de la máquina que subía el carbón de piedra desde la mina. Primero empezó el mismo Stephenson a limpiar el carbón de piedra, después le confiaron la conducción de uno de los caballos de la máquina.

Watt, mientras iba meditando sus magníficos inventos, tenía que buscarse el sustento con la fabricación de flautas, órganos, brújulas.

Herschel, el astrónomo insigne, se ganaba la vida tocando en una orquesta; durante los descansos salía de la sala de baile y observaba los astros con unos gemelos, y después tenía que seguir tocando en la orquesta. Músico del montón, descubrió el planeta Urano, y así, de una vez, se hizo célebre.

Franklin tuvo que vivir durante mucho tiempo de trabajos de imprenta y de la venta de libros.

Fergusson se sustentaba pintando retratos.

Canova, el escultor insuperable, fue al principio un simple cantero, como su padre y su abuelo, y su talento lo levantó de este oficio sencillo y le dio fama mundial.

Tintoretto, al principio, era teñidor de trajes; Caravaggio, peón de albañil; Giotto, pastor; el padre de Haydn, pobre carretero.

Faraday, el naturalista, era hijo de un herrero, y en su juventud fue aprendiz de encuadernador, y practicó este oficio hasta los veintidós años de edad.

¡Qué ejemplos más alentadores y notables para demostrar que el verdadero talento y la diligencia saltan por cima de los grandes obstáculos y «se abren camino y tocan el cielo»!

Copérnico era hijo de un panadero polaco; Képpler, de un tabernero alemán; Newton y Laplace eran originarios de una casa de labradores; si todos ellos no hubiesen tenido que luchar denodados contra las duras adversidades de la vida, quizá no habrían desarrollado tanto ni su talento ni su diligencia.

¿Quieres leer otros ejemplos?

El padre de Czuczor[54] era un pobre vasallo; el de Arany[55] y de Tompa[56] eran campesinos.

El padre de Vörösmarty[57] era un pobre mayoral, que murió pronto; dejó muchos huérfanos, y Vörösmarty hubo de ganarse la vida desde los dieciséis años dando lecciones de repaso.

Munkácsy[58] empezó su carrera como aprendiz de carpintero; Katona, el autor de *Bánk bán*[59], tuvo que ayudar en casa a su padre tejedor.

No conocemos la vida de Shakespeare; pero sabemos que sus padres eran pobres.

---

54 Monje benedicto, poeta épico y lírico (1800-1360) *(N. del T.)*.

55 Poeta de gran talla, digno de fama mundial. Es con Petöfi, el más eximio poeta húngaro. Tiene poesías épicas, líricas y baladas de una belleza incomparable (1817-1855) *(N. del T.)*.

56 Poeta de gran relieve. A más de canciones y odas inspiradas, tiene leyendas populares de un sabor peculiar (1817-1868)– *(N. del T.)*

57 Poeta lírico y épico: como tal es de los más eximios. Tiene, además, algunos dramas *(N. del T.)*.

58 El mayor pintor húngaro. Sus cuadros bíblicos: *Cristo ante Pilato, Ecce–Homo...*, dieron la vuelta al mundo. *(N. del T.)*.

59 El mejor drama húngaro. *(N. del T.)*.

Uno de los presidentes de los Estados Unidos de América, Johnson, trabajaba en su juventud en una sastrería; otro presidente, Lincoln, era hijo de un jornalero, y tuvo que ganarse la vida durante diez años como leñador, después como carpintero.

¿Deseas aún más ejemplos?

En ninguna parte se destacan con tanta pujanza y brillantez los verdaderos talentos como en la Iglesia Católica. Es cosa muy sabida que las más altas dignidades de la jerarquía se conceden muchas veces a hombres de talento que proceden de familias modestas y pobres.

Martinuzzi[60], el célebre cardenal, era hijo de padres pobres, que se vieron obligados a conformarse con que su hijo se ganase la vida como criado encargado de hacer fuego en las chimeneas, y ya pasaba de los dieciséis años de edad cuando empezó a estudiar. Vitéz[61], arzobispo de Esztergom, era hijo de un pobre labrador eslovaco. El príncipe-primado de Hungría, Szelepcsényi[62], era tan pobre, que Pázmány[63] hubo de sufragarle los estudios. El padre del príncipe-primado húngaro Szitovszky[64] era modesto maestro, y el de Csernoch[65] un simple labrador.

---

[60] Cardenal húngaro, gran hombre de Estado (1482-1551) *(N. del T.).*

[61] El obispo Juan Vitéz (1408-1472) era el confidente del gran Hunyadi, e1 caudillo vencedor del poder turco. El obispo influyó mucho en la elección del Joven Matías Hunyadi (Matías Corvino) para el trono húngaro *(N. del T.).*

[62] Jorge Szelepcsényi, arzobispo de Esztergon (1635-1668). El año 1667 desempeñó el cargo de lugarteniente real de Hungría. Introdujo a los religiosos de San Juan de Dios en Pozosony, a los escolapios en Szent–Gyorgy, a los carmelitas en Buda, a los jesuitas en Szokolca, Locse, Zsolna *(N. del T.).*

[63] Pedro Pázmany, arzobispo de Esztergom (1570-1637). Caudillo de la Contrarreforma. Fundó la Universidad de Pozosony (12 de mayo de 1635). La reina María Teresa trasladó el año 1765 la Universidad a Buda; más tarde la fundación de Pázmány pasó el Danubio y en la actualidad está en Pest. En el año 1936 se celebró entre grandes solemnidades el tercer centenario de la fundación *(N. del T.).*

[64] Juan Szcitovsky, príncipe primado de Hungría (1785-1866). Fue uno de los designados por el Papa para colaborar en el estudio de la Concepción Inmaculada *(N. del T.).*

[65] Cardenal príncipe-primado que coronó a Carlos IV de Hungría *(N. del T.).*

¿Y entre los Papas? Gregorio VII, uno de los más insignes, era hijo de un carpintero; Sixto V, de un pastor.

El padre de Adriano VI era simple marino, tan pobre que en su casa no había dinero para comprar bujías, y su hijo –¡el futuro Papa!– hubo de aprender sus lecciones a la luz de los faroles de la calle.

¿Cuál era el secreto de estos grandes hombres? ¿Su talento? Acaso. Pero antes que todo, su voluntad férrea, su perseverancia, su diligencia; y, además..., sabían aprovechar bien el tiempo.

33. ¿Cuánto vale el tiempo?

Los ingleses tienen un refrán cortito, que ya se difundió por todo el mundo: *Time is money*, «El tiempo es dinero». Pero así sólo no es perfecta la frase. El tiempo es más que dinero; el tiempo es el paño de que nos hacemos el traje de la vida. Por tanto, quien desea lograr algo en la vida, por muy poco que sea, ha de saber dar justo valor al tiempo.

El tiempo en el curso febril de nuestros días adquiere cada vez más importancia, y sólo en los pueblos pequeños es posible que comprador y comerciante, cliente y empleado, antes de arreglar sus asuntos se den el lujo de hablar del tiempo, de las cosechas, de la lluvia, y de preguntarse recíprocamente por la salud «de su estimada familia».

En los bazares de países orientales es costumbre todavía que el tendero, sólo para engañar al comprador, hable tanto, ofrezca machaconamente sus mercancías, haga inclinaciones de cabeza y juramentos: «Me cuesta más a mí». «No puedo darlo más barato». Y así sucesivamente, tanto que durante el mismo tiempo se podrían concertar diez contratos comerciales en forma legal.

Pero en los pueblos de gran adelanto económico no hablan mucho ni el comerciante ni el comprador, ni el cliente ni el empleado; aún más: con frecuencia se pueden ver colgados de las paredes de las oficinas de Inglaterra y de América carteles así redactados para indicar a los que vienen con ganas de charlar que

acaben pronto: *When yon have done your business, please trot.* «Se suplica que, una vez terminado el negocio, sigan su camino».

O también: *We know all about the weather.* «Respecto al tiempo, tenemos todas las informaciones necesarias».

Y: *We have read all papers.* «Sabemos de memoria todas las noticias de los periódicos».

Cuando me detengo en las grandes bibliotecas ante las largas hileras formadas por las obras de un San Agustín, de un San Buenaventura, de un Santo Tomás de Aquino..., me pongo a pensar: «¿Cómo les bastaba el tiempo para escribir tantos libros cuando algunos de ellos murieron relativamente jóvenes y tuvieron múltiples quehaceres a más de escribir?».

Me detengo, por ejemplo, ante los libros de Santo Tomás de Aquino: treinta y cuatro grandes volúmenes en folio. ¿Cómo pudo escribir tanto un hombre que en total vivió cincuenta y dos años y, además, enseñó y predicó mucho? Y hay que tener en cuenta que su producción literaria no consta de novelas, sino que trató de las cuestiones más difíciles: de Filosofía y Teología.

¿Cómo tuvieron tanto tiempo? Sencillamente, no perdían un momento de su vida. El que quiera crear algo grande ha de reconcentrar sus fuerzas hasta en las cosas pequeñas.

Un secreto tenían estos hombres: sabían aprovechar bien el tiempo. La hora se compone de minutos, y quien salva minutos, salva horas y días enteros. *Tempus omnia fert, sed et aufert omnia tempus.* «El tiempo todo lo trae; pero también todo se lo lleva».

Aprovechar bien todos los minutos, ¡qué ciencia! Tenía razón aquel monje antiguo que puso esta amonestadora inscripción sobre el reloj de arena del claustro de Hamersleben:

Praeteritum effluxit, nondum venere futura;
Praesens in puncto vertitur, illud habes;
punctum illud praesentis habes, recte utere; merces
virtuti, vitio poena superstes erit.

«Desapareció el pasado, no llegó aún el futuro;
ahora cae el presente, tenlo;
tienes a la mano el presente, úsalo bien;
quedará para la virtud, premio; castigo para el vicio».

Y puedes observar lo contrario: justamente los que nada tienen que hacer suelen ser los que «no tienen tiempo» para el trabajo. El estudiante perezoso difiere sus deberes para el último día, y aun más para el último minuto de este día, y escribe por la noche el tema que ha de presentar al día siguiente.

Fíjate, ¿quiénes son los que más trabajan por el bien común por la Humanidad, quiénes los que escriben las mejores obras científicas? ¿Quizá aquellos que gozan de situación desahogada? Regularmente, no; sino precisamente aquellos que se ven obligados a trabajar desde la mañana hasta la noche. Realmente, el tiempo tiene un valor inmenso.

34. 20 minutos=12 millones de dólares

¿Quieres saber cuánto vale, efectivamente, el tiempo? Pues bien: veinte minutos valen 12 millones de dólares. Pero, ¿cómo es eso? Entre Nueva York y Búffalo, el tren al principio daba la vuelta a un valle profundo, al valle Tuckannock. Más tarde, los americanos construyeron sobre el precipicio un viaducto que les costó 12 millones de dólares, pero así el recorrido del tren dura veinte minutos menos. Por veinte minutos dieron, pues, 12 millones de dólares.

Encierra gran verdad la frase, aunque lo diga Mefistófeles en el Fausto: «Aprovechad el tiempo, que vuela tan aprisa; el orden os enseña a ganar tiempo».

Tiene especial importancia aprovechar bien el tiempo de la juventud para trabajar, para estudiar; esta edad es la época en que se acumulan el capital espiritual y la ciencia; es la preparación para la vida. Más tarde habrás de vivir del tesoro espiritual que hayas formado en tus mocedades.

Las Sociedades de seguros de vida, mediante una pequeña cantidad, que se paga anualmente, se comprometen a hacer un seguro para la vejez de los jóvenes que aún no han cumplido veinte años;

es que saben muy bien que el capital, aun modesto, formado en la juventud, llega a dar grandes intereses durante el curso de la vida.

La misma regla rige para el capital espiritual que formamos en la juventud. Quien aprende, por ejemplo, a los cuarenta años de edad el alemán, lo aprovechará, según los cálculos humanos, unos veinte años; en cambio, quien lo aprendió a los veinte años, disfrutará de su saber durante cuarenta años; por tanto, no sólo lo aprovechará durante doble tiempo, sino precisamente cuando ha de escoger carrera; de esta suerte tiene abiertas muchas más posibilidades para crearse una posición en la vida. Hijo mío, depende de ti el capital que formes para ti mismo. Todo saber, adquirido en la juventud, es un capital excelente, que dará abundantes intereses en el curso de la vida.

La economía del mismo organismo humano lo exige también. Más tarde, en edad más avanzada, no hacemos gimnasia como en nuestra juventud; el organismo desarrollado no la necesita ya.

Tampoco podemos aprender ya más tarde, como en la juventud, en la edad del vigor espiritual. Quien no ha podido terminar sus estudios a los veinticuatro o veinticinco años de edad, es muy probable que no los termine nunca; la capacidad de aprender baja sensiblemente alrededor de los veinticinco años; después la mente quiere producir más bien que recibir. Por tanto, lo que no haya aprendido el hombre antes de los veinticinco años con conciencia y perfección, más tarde le costará mucho aprenderlo bien.

No es necesario subrayar que no intento que nadie se ponga enfermo de tanto trabajar. Sí; necesitamos también el descanso, el reposo; pero hagamos también esto a su debido tiempo.

No quieras mezclar trabajo y diversiones, porque sería en detrimento de ambos. Sea tu consigna: al trabajar, trabaja con todas las veras de tu alma; al descansar, ríete con toda el alma y disfruta de las alegrías puras de la vida; no has de pensar siquiera en el trabajo. Pero nunca has de pasar el tiempo tan valioso con sueños vanos, sin hacer nada.

35. «*Transeunt et imputantur*»

Gustaban los antiguos de escribir sabias sentencias en los grandes relojes, para recordar cómo vuela el tiempo. En uno leemos esta inscripción: *Transeunt et imputantur*; su significado viene a ser algo así: vuela un minuto detrás del otro, pero has de rendir cuenta de cada uno de ellos. ¿No ves que las horas fugitivas, los minutos que corren con pie veloz, van huyendo sin contarlos? ¿No sientes su soplo en el rostro?

Transeunt et imputantur. No estaría por demás que tomasen nota de esta sentencia muchos jóvenes. Porque los hay que llegan a hacer un verdadero arte de la inactividad y no saben que precisamente en la juventud apremia más el trabajo, porque en esta edad se ha de hacer la siega para toda la vida.

Hay una época en la vida del joven en que fácilmente se torna soñador. Hace poesías a la luna, teje de continuo la novela de su porvenir, su fantasía le pinta escenas llenas de color; y, con todo, abandona el trabajo. Claro está que para el trabajo se necesitaría más fuerza de voluntad que para las novelas esbozadas por la fantasía. Estos jóvenes van urdiendo semanas y semanas el tema de alguna de sus novelas predilectas, la manera cómo ellos la acabarían; en voz baja dirigen palabras de ternura a sus

héroes; y, mientras tanto, vuela el tiempo. «El soñar es la ruina de la vida» (Vörösmarty).

No nos sorprende que cueste a estos muchachos bajar del mundo sentimental al círculo prosaico y serio del trabajo y del cumplimiento del deber. Y si se ven obligados a trabajar, lo hacen de mala gana y sin entusiasmo. El aviso se dirige, pues, de una manera especial a éstos: *Transeunt et imputantur*.

36. Cuando el pasado se trueca en presente

¿Por qué has de derrochar el tiempo en inactividad o diversiones infructuosas? Porque el tiempo y tu vida terrena no son tuyos. Sólo los has recibido prestados, y un día habrás de rendir cuentas de ellos.

¿Cuándo? No lo sabes. Lo que sabes es que la muerte puede llegar en cualquier momento; entonces Dios sacará tu gran libro de cuentas, y el breve minuto que ha sido tu paso por la vida se trocará de nuevo en presente; por tanto, prepárate a rendir cuentas en cualquier instante. De cuando en cuando debes pensar en este gran día de la cuenta. «¡Aún está tan lejos!», dices. ¿Y está aún lejos? ¿Quién lo sabe? El anciano tiene que morir, pero el joven puede morir. He visto morir muchachos de doce, quince, dieciocho, veinte años.

Se me ocurre un pensamiento interesante. Si un médico sabio te auscultara, te examinase parte por parte, y después pronunciara la sentencia de que sólo te quedaban ocho días de vida, dime, ¿qué harías? ¿Cómo aprovecharías esa semana? ¿No habrías de rectificar aún muchas cosas? ¿No habrías de pedir perdón a muchos? ¿Quitar muchos defectos de tu alma? ¿Lavar muchos pecados?

Creo que no encontraríamos a nadie, quien quiera que fuera, que no aprovechara mejor estos ocho días que cualquiera otra semana de toda su vida anterior. Y, sin embargo, la experiencia da demasiada razón al proverbio alemán: *Heute rot, morgen tot.* «Hoy todavía las rosas de la vida; mañana, la muerte».

Lee cómo Miguel Ángel, el artista célebre del siglo XVI –quien creó, sin embargo, obras maestras de una belleza insuperable– se queja, en su edad ya avanzada, del tiempo que había perdido:

«¡Ay, ay de mí! ¡Cómo me engañaron
los días fugaces! Y el espejo
dice la verdad, sin ambages,
a quien le mira en la cara.
A quien siempre titubea y queda indeciso
le sucederá lo que a mí;
me pasó el tiempo sin notarlo,
y en breve me veré lleno de canas.
El pensar ya es infructuoso; fracasa
la buena intención y el consejo: pisando mis talones viene la muerte.
En vano me torturo como si fuese mi propio enemigo, y vierto lágrimas;
no hay mal peor que el tiempo perdido».

Vulnerant omnes, ultima necat. «Todas las horas te hieren, la última te mata», leemos en un reloj antiguo. Medita cuán breve es, en realidad, la vida humana. Generalmente, suelen contarse treinta años para una generación. Una gotita en el gran océano del tiempo. Una cuarta parte de los niños mueren antes de los siete años; la mitad no alcanza los diecisiete; entre diez hombres, uno cumple los sesenta, y de cada quinientos, uno los ochenta. Diariamente mueren en el mundo, prescindiendo de guerras, unos 150. 000, poco más o menos, lo que significa una mortali-

dad de 6. 250 hombres por hora, y de unos cien por minuto. Medita con seriedad: a cada momento, de día y de noche, mueren 100 hombres. Así verás cuán corta es la vida. ¿Te es lícito pues, pasarla en un *dolce far niente*?

Aprovecha el tiempo cuanto puedas. ¡Con qué triste acento vibran las palabras del sabio Séneca!: «Los hombres suelen pasar la mayor parte de su vida haciendo el mal, una gran parte no haciendo nada, y toda la vida en no hacer lo que deberían». Vivirá sabiamente quien siempre medita que la vida es una continua agonía. ¡Qué serio pensamiento! En vano harías retroceder la manecilla que señala el tiempo; también le da cuerda al reloj la muerte, pero con más fuerza..., y vuela..., vuela sin cesar el tiempo de veloces alas. Lo que hemos vivido hasta el momento presente de nuestra vida ya pertenece a la muerte. ¿Cuántos años tienes, hijo mío? ¿Dieciséis? ¿Ves? Ya has dado dieciséis años a la muerte. ¿Y cuántos te quedan todavía? ¿Quién podrá decirlo sino el Omnipotente? Por tanto, agarra firmemente cada hora. El pasado ya se te escapó, el futuro aún no es tuyo; no tienes más que el momento presente; aprovéchalo, pues. Aún depende de ti que en tu vejez puedas recordar con alegría los años de la juventud, pasados en una labor honrada.

Los jóvenes malgastan muchas veces el tiempo. «Tenemos bastante», dicen. Cuando piensan en las grandes posibilidades de la vida que los espera, se embriagan, se vuelven despreocupados, ligeros, como quien ve por primera vez el mar inmenso. Pero, ¡ay!, todos los océanos tienen orillas; y, por muy joven que seas, tampoco es inagotable el mar de tu existencia.

El hombre sabe medir en la actualidad la velocidad de los átomos en los colores, es decir, cien y cien millones de vibraciones por momentos, pero no sabe medir el mismo tiempo, porque éste tiene aún movimiento más rápido. «¡Pero hay ya relojes tan perfectos!», dirá alguien. No; el tiempo no se puede medir ni con el reloj más perfecto; lo que éste hará ver es la fugacidad del tiempo.

37. «*Non numerantur*...»

En rigor de verdad, lo único en el tiempo que podemos llamar nuestro es el instante presente; aprovechémoslo, pues, cuanto mejor podamos.

Los relojes nos engañan; cuentan el tiempo siempre desde un principio muy cercano a nosotros, y nos hacen olvidar que el tiempo pasado nunca vuelve. Podría suceder que un solo segundo que no has aprovechado bien, tenga influencia decisiva para toda tu vida. El tren local lleva un momento de retraso, y este momento puede ser causa de que tú pierdas el enlace y no llegues a coger el expreso.

«Mi señor pierde cada mañana una hora, y después ya no la encuentra en todo el día», dijo agudamente un criado de su dueño, que estaba desperezándose largo rato en la cama todas las mañanas.

«Vivió veinte años», leí en la tumba de un joven. «¡Qué poco tiempo vivió!», dice alguien a mi lado. ¿Poco tiempo? ¡Oh, no!: Si es que de veras «vivió veinte años», es decir, si encaminó su vida según la voluntad divina y aprovechó bien todos los momentos, así ha podido vivir mucho en pocos años. *Non numerantur, sed ponderantur;* Dios no cuenta los años, sino que los pone en la balanza.

«*¿Cuál es el secreto de la vida larga?*». «*¿Cómo se puede tener una vida larga?*». Libros que llevan éstos o semejantes títulos suelen ser

leídos con afán por los hombres. Sí; es un empeño muy respetable querer alargar nuestra vida terrena. Tú también has de hacer lo posible por tu salud. Pero nunca has de olvidar una cosa: la vida terrena más larga muy pronto toca a su fin; por tanto, el que obra más sabiamente es aquel que, mediante una vida honrada, va adquiriendo derechos para la vida eterna, para la eterna felicidad.

Quien no pierde de vista que todo perece acá abajo, no será insensato, no malgastará su vida.

Quien piensa en la muerte, logrará cada día mayor madurez.

Ante la descarnada mueca de la muerte se desvanecen toda fatuidad, toda concupiscencia y las preocupaciones pusilánimes, efímeras.

El pensamiento de la muerte ¡enfría tan aprisa el ardor de nuestra sangre!, soltamos de la mano la pluma, enjugando nuestra frente, donde corre el sudor, y nos preguntamos: «¡Dios mío! En fin de cuentas, ¿para qué sirve todo este vaivén, las penas, las fatigas, cuando nos espera la tumba?» Resuena entonces llena de consuelos la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, que nos muestra la vida eterna más allá de la tumba.

Pero el pensamiento de la muerte no paraliza el recto trabajo de la vida. *Vivit christianus ut aliquando moriturus, moritur ut semper victurus.* «Vive el cristiano como quien un día morirá; muere, como quien vencerá siempre». Quien busca vida más allá de la tumba mirará sin pavor la cara de la muerte, porque sabe que «aunque todo perezca, el valor de la vida virtuosa permanece siempre», *omnia cum pereunt, est virtus sola perennis.*

Apenas empieza la vida eterna a despedir sus rayos, y ¡en qué nueva luz ve el agonizante toda la vida terrena! ¡Ah! Ojalá nadie tuviese que pronunciar con labios moribundos aquella terrible frase: «¡He vivido en vano! ¡En vano! No he hecho sino perseguir continuamente vanidades efímeras, y ahora he de presentarme con las manos vacías ante el Juez Justiciero».

Muchos hombres tuvieron que llorar así su vida en los últimos momentos y maldijeron las ligerezas de su juventud; pero ni uno he visto que, en semejante trance, se haya arrepentido de haber sido hijo obediente, fervoroso, del Dios Creador.

38. «*Ars longa, vita brevis*»

No todos los proverbios suelen ser gráficos; pero esta sentencia de los antiguos: *Ars longa, vita brevis,* «Es largo el arte, hay mucho que aprender, y la vida es corta», encierra, sin duda, una gran verdad. Aún más; cada día parece más exacta, porque, aunque la duración de la vida humana, en general, no se acorta visiblemente, sin embargo, el dominio del entendimiento ensancha sus proporciones gigantescas de día en día. Cada vez hay más conocimientos, para cuya conquista no basta el corto tiempo de la vida terrena.

«Pero ya que son tantas las cosas que no podemos aprender, lo más discreto será no aprender nada», dice con alegría Juanito Perezoso.

Poco a poco. Todo lo contrario. Justamente, porque hay un tesoro inconmensurable esperando que lo saques de la mina, es necesario que manejes con habilidad y prudencia el tiempo y aproveches todos los minutos. Puede todavía hacer mucho durante los años, al parecer cortos, de la vida terrena, quien sabe administrar bien el tiempo.

Piensa cuántos cuartos de hora, cuántos «diez minutos» se desperdician porque los hombres exclaman: «¡Ah! No vale la pena empezar algo para unos minutos». Sin embargo, si empezaran algo, cuantas horas, cuántos días y hasta cuántas semanas preciosas adquirirían en el curso de un solo año. ¿Y qué decir entonces de una

vida entera? En cambio, así consienten que se sumerjan estos cuartos de hora en el piélago sin orillas de la eternidad. Nadie sabe de cuánto tiempo dispone aquí abajo; este pensamiento ha de espolearnos para aprovechar bien el tiempo.

El que aprovecha bien su tiempo, nunca dirá que ya no vale la pena de empezar nada para el cuarto de hora que le queda. Tiene razón Goethe; «Mejor es hacer la cosa más insignificante del mundo que despreciar las migajas del tiempo».

He leído de un escritor, a quien su esposa servía el desayuno siempre con un cuarto de hora de retraso, y él escribió durante estos cuartos de hora uno de sus libros.

«El tiempo es dinero». Con poco dinero, realmente nada podemos empezar; mas no por esto vamos a tirarlo; podemos ponerlo en un Banco. Las fracciones de tiempo que nos quedan, lejos de malgastarlas, las hemos de aprovechar. Naturalmente, para aprovechar los trocitos más diminutos, las migajas del tiempo, se necesita una voluntad fuerte. Y está claro que tampoco se necesita una voluntad fuerte para que un estudiante se decida en el mes de septiembre «a ser, por fin, un muchacho de veras diligente»... desde el próximo mayo.

Aprovecha, pues, todos los ratitos. Inviértelos, por ejemplo, en el estudio de idiomas, y verás cómo estudiando sólo un cuarto de hora diariamente, al cabo de pocos meses ya habrás adelantado bastante.

Fácilmente puedes hacer durante estos breves intervalos de tiempo un trabajo que no requiere una atención muy intensa, y para el cual no necesitas preparar tu mente con un ejercicio previo; por ejemplo, puedes escribir cartas, puedes poner en limpio el borrador, arreglar las notas, etc.

Los estudiantes de las capitales, que han de viajar mucho en tranvía, ganarían mucho tiempo leyendo en el coche alguna obra fácil. Aún más: a quien no le estorba la calle, puede aprovechar su tiempo con ocupación aún más seria. Veo muchas

veces a jóvenes, estudiantes de Universidad, que en el tranvía estudian Anatomía, vocabulario inglés o matemáticas. ¡Muy bien! De esta suerte podemos salvar muchos cuartos de hora, que de otra manera se perderían.

39. «*Quieti, non otio*»

Naturalmente, también es necesario que descanses, que rehagas tus fuerzas y que suspendas un poco el trabajo. El arco siempre tendido pierde su elasticidad, su fuerza de tensión. Pero el descanso ha de ser acumulación de fuerzas, y no tiempo perdido por pereza. Sólo descansa quien antes trabajó. Quien «descansa» sin trabajo previo, pierde el día.

Los romanos solían poner esta inscripción a la entrada de su finca veraniega: *Quieti, non otio.* «Para el descanso, no para el ocio». Era un lema sabio. El descanso y la pereza son conceptos que se excluyen. Por tanto, el descanso nunca ha de ser para ti una inactividad completa. Siempre tienes que buscar algún quehacer, sea cual fuere. No quiero decirte con esto que no interrumpas el estudio; pero busca otra cosa en que ocuparte.

No te censuro si durante las vacaciones de verano dejas en paz la estereometría y la trigonometría, y concedes un rato de sueño al buen viejo Tucídides, a Eurípides, a Tácito y a Salustio. Pero..., como dice un poeta alemán: «Se puede hacer algo en el descanso, y se puede descansar algo en el trabajo» (Longau).

Aunque no vivas en una hermosa región montañosa, esto no obsta a que hagas excursiones agradables, que no sólo darán vigor a tu salud corporal, sino que brindarán refrigerio a tu alma. Si estás en una compañía de *scouts* que tiene buen jefe –acentúo: que tiene buen jefe– entonces el campamento de vacaciones te ayuda-

rá a pasar de una manera incomparablemente valiosa una parte de tu tiempo. Dedícate a algún trabajo manual que da habilidad. Por lo mismo, paseos, excursiones, trabajos manuales, lectura: todo esto es excelente descanso para las vacaciones.

Haz cualquier cosa con tal que no te aburras.

Ahora quiero hacerte ver una verdad interesante: el tedio no es tan sólo un peligro para el alma, sino también para el cuerpo; la inactividad socava la salud más que el trabajo; por tanto, el que se aburre acorta su vida. Nunca lo habrías pensado, ¿verdad?

«Pero con la inactividad vamos ahorrando fuerzas», dices. Pues escucha con atención. El que se aburre, empieza a bostezar. ¿Cuándo bosteza el hombre? Cuando la sangre no encuentra camino libre para llegar a los pulmones. Debido al tedio, el corazón y las venas no saben trabajar debidamente. Si la inactividad dura mucho tiempo, sobrevendrán desórdenes en la circulación de la sangre; los órganos de la digestión también perderán el vigor de su actividad; debido a todo esto, notaremos un estado de agotamiento, de anemia; en una palabra: nuestra vida ordinaria se trastorna.

Observa también, ¿cuándo cometen los hombres más maldades, crímenes, asesinatos, riñas? Cuando están ociosos, y no durante el trabajo.

Tú también has podido experimentar en ti mismo que durante el curso, cuando estás abrumado de trabajo te resulta mucho más fácil guardar tu alma de los malos pensamientos y del pecado que durante las vacaciones, en que no tienes urgentes quehaceres. La lengua alemana tiene la misma palabra para la expresión de «perezoso» y «podrido» ambas son *faul*. Como si dijera: el alma de quien pasa su tiempo en la vagancia no deja de podrirse sin remedio. *Never to be doing nothing*, fue la magnífica divisa de Walter Scott, «no estar jamás ocioso».

Todos los estudiantes esperan rebosando de alegría las vacaciones largas de verano, y bien las merecen los que han trabajado seriamente todo el curso. Después de tanto estudiar, bien está soltar

los libros, dormir algo más; pero nunca está bien pasar el rato en la cama despierto, entregado a la pereza. Porque sólo el cuerpo puede abandonarse a la pereza; el espíritu trabaja continuamente, concibe nuevas ideas; y si no da buen grano, dará espinas, malas hierbas y maleza de todo género.

El espíritu humano trabaja continuamente, como el molino: si echas en él buen grano, le trueca en blanca harina; si no le das alimento, si estás ocioso, ha de molerse a sí mismo.

No olvides nunca el excelente consejo que San Jerónimo dio al joven Nepociano: *Semper te diabolus occupatum inveniat.* «El espíritu del mal ha de encontrarte siempre trabajando». Y entonces no tienes de qué temer.

Aunque no crezca en el jardín más que un ligero césped, ya es más difícil que cardos y malas hierbas echen allí raigambres; pero lo harían fácilmente en un terreno abandonado, en el barbecho.

Por tanto, si no haces absolutamente nada en las vacaciones, las malas hierbas y la perdición se adueñarán de tu alma.

Las vacaciones ofrecen ocasión excelente para la lectura. Lo que tengo aconsejado respecto a la lectura en mi libro *El joven de porvenir* nunca podrás cumplirlo con más facilidad que en los días de vacaciones.

Son, además, las vacaciones una gran prueba por que atraviesa tu religiosidad. Entonces es cuando se hace patente hasta qué punto es sólida la religiosidad de tu alma. Durante el curso, de buen grado o mal que te pese, has de asistir a la misa de los estudiantes, has de confesarte en los días señalados, etc. En cambio, ahora nadie te acucia, nadie te vigila. Más si descuidas estas obligaciones, ¡no eres joven de carácter!

Ve ahí, pues, qué tiempo más útil el de las vacaciones, aunque, al parecer, no estudies nada. Sólo en apariencia. En invierno parece que los árboles no trabajan, y es que reúnen fuerzas para sacar las hojas en la primavera. Las vacaciones son

también una especie de acumulación de fuerzas para los brotes tiernos del trabajo en el próximo curso.

40. ¿Qué es lo más difícil en el mundo?

Sonreímos cuando viene a caer en nuestras manos un mapa de los antiguos. Entonces había, naturalmente, grandes continentes desconocidos, sin explorar. En estas grandes zonas, los dibujantes de mapas, con una tranquilidad fantástica, escribían tan sólo lo siguiente*: Hic sunt leones.* «Aquí vienen los leones».

Sí, sí; hay muchos estudiantes que saben enumerar muy bien los metales nobles que se encuentran en las minas de las montañas rocosas, las fieras que viven en las selvas del Congo; pero apenas conocen el valor escondido en su alma ni tienen, idea de las pasiones que se desencadenan en su interior.

El pagano Pitágoras encargó con solicitud a sus discípulos que dos veces al día, a la mañana y a la tarde, se dirigieran estas tres preguntas: «¿Qué he comido? ¿Cómo he comido? ¿He cumplido todo lo que había de hacer?».

Sextio se hacía las siguientes preguntas cada noche: «¿Qué debilidades has curado en ti mismo? ¿Qué defectos has vencido? ¿En qué te has enmendado hoy?».

El pagano Séneca escribe: «Tengo el hábito de examinarme cada día. Por la noche, al apagar las luces, repaso el día, y pongo en la balanza todas mis palabras y todas mis obras».

Sólo quien se conoce puede mandarse a sí mismo, y ser dueño de sí. El conductor sólo domina la locomotora si la conoce hasta el último tornillo; y si sabe qué presión resiste la caldera, cómo han de manejarse las válvulas, etc.

Pero, ¿sabes por qué no les gusta a los hombres hacer una inspección de su propia alma? Temen el espectáculo de la muchedumbre de sus defectos, debilidades, egoísmos y desamores. Quizá tú también te hayas encontrado ya en caso semejante. Hiciste, hablaste cosas, por las cuales los hombres te alabaron; sin embargo, si hubieras pensado sinceramente, habrías visto que esto lo dijiste por vanidad; aquello lo hiciste por egoísmo u obstinación.

Quien no conoce su propia alma culpa con facilidad a los otros. «¡En vano; no tengo suerte!», dice un joven después del «suspenso». Sin embargo, si hablara con sinceridad, diría: «No tengo diligencia». «En casa siempre me hacen rabiar», dice otro. Tendría que decir: «Otra vez no seré tan insoportable y caprichoso». No en vano estaba escrito sobre el templo de Delfos: «Conócete a ti mismo».

Preguntaron a un sabio griego, Tales, cuál era la cosa más difícil en el mundo. El sabio contestó: «La cosa más difícil es conocernos a nosotros mismos; la más fácil es hablar mal de los demás».

Conocerte a ti mismo es deber difícil, pero inevitable. Pregúntate a menudo: ¿Cómo es, en realidad, mi temperamento?

¿Qué deseos, qué fuerzas, qué anhelos hay en mí?

A los otros les gusta tal libro, tal canto, tal música; ¿y a mí? ¿Lo suave o lo enérgico? ¿Lo serio o lo alegre?

Los otros son así en sociedad; yo, ¿cómo soy? ¿Tímido? ¿Inhábil?

¿Cuáles son mis ocupaciones favoritas? ¿Merece la pena gastar en ellas tanto tiempo y quizá dinero?

¿Para qué me creó Dios? Él a cada uno le señala un fin; ¿qué fin me señaló a mí?

¿Qué fuerza especial, qué inclinaciones puso en mí?

¿Qué es lo que más me gusta?

¿Qué es lo que siempre me sale mejor?

¿Qué virtudes, qué cualidades buenas tengo? ¿Son tan pocas? ¿Y no depende de mí que se acrecienten?

¿Cuántos defectos tengo? ¿Tantos? Y de mí depende que disminuyan, etc.

Dime a quién admiras, quién es el que más te entusiasma, y yo te diré quién eres.

Si admiras al rico, eres un hombre de pensar materialista.

Si quieres codearte continuamente con los poderosos y ellos te entusiasman, eres ambicioso.

Si tu ideal es el hombre honrado, el hombre de carácter, tú también lo eres.

Así verás que el joven que con frecuencia se hace semejantes preguntas en sus adentros, poco a poco, por un lento trabajo de años, llegará a conocerse, y después del bachillerato no le costará mucho escoger con acierto la carrera que le convenga.

41. *«All right?»*

En los grandes transatlánticos, hacia el atardecer, cuando los viajeros se retiran a descansar, un marinero de vista aguda sube a la cofa del mástil, y, después de recorrer con mirada escudriñadora la vasta llanura de las aguas, con voz lenta, prolongada, grita *All right!* «Todo está en orden», podéis ir a descansar tranquilamente. Tú también, hijo mío, dedica unos momentos cada noche a echar una mirada escudriñadora en tu conciencia.

Todos los instrumentos en que queremos acumular electricidad antes hemos de aislarlos; de otra manera se escapa la corriente. Aísla también el alma de las olas tumultuosas que se agitan por doquiera en el mundo, y cada noche dedica un rato a la meditación; ilumina tu alma. Donde no penetran los rayos del sol, allí se crían hongos venenosos y sabandijas de toda clase.

Antes de acostarte haz una pausa en el rezo de la noche, recorre con el pensamiento el día y pregúntate: *All right?* ¿Está todo en orden?

¿Qué he hecho hoy?

¿Qué he omitido de lo que debía de hacer?

¿Lo he hecho todo bien?

Y si hallas que has faltado en esto o en aquello, has sido negligente, has pecado, levanta tus ojos a Jesús crucificado: «Señor, he pecado. Perdóname. Mañana será otro día».

Benjamín Franklin, el hijo ilustre de Norteamérica, el inventor del pararrayos, procuraba con seriedad extirpar el más leve defecto de su alma. Bien sabía qué poderío tienen aún las cosas menudas sobre nosotros, y por esto hizo un tablero especial, en que llevar cuenta cada noche de las obras que había hecho durante el día: se alegraba de sus victorias y deploraba sus defectos. Resumió en trece puntos las virtudes, de que se examinaba cada noche. Eran: moderación, silencio (evitar las palabras ociosas), orden, decisión, economía, diligencia, sinceridad, justicia, sobriedad, pureza, tranquilidad de espíritu, caballerosidad, humildad.

«He anhelado vivir, escribe de sí mismo, de manera que no cometa pecado alguno; me he propuesto luchar contra toda mezquindad... Porque sabía, o, por lo menos, creía saber, lo que es bueno y lo que es malo, no era capaz de comprender por qué no podría obrar bien y evitar el mal».

Era muy severo para consigo mismo; anotaba cada día en su tablero con unas crucecitas si pecó contra alguna de las virtudes. El balance de una semana, por ejemplo, era como sigue:

	Domingo	**Lunes**	**Martes**	**Miércoles**	**Jueves**	**Viernes**	**Sábado**
Moderación							
Silencio	+	+			+		
Orden	+	+	+		+	+	+
Decisión					+	+	
Economía	+					+	
Diligencia			+				
Etc…							

¿No podrías tú también durante algunos años poner en práctica este modo excelente de propia formación reflexiva? Si acaso encontrases difícil esta vigilancia mediante el tablero, por lo menos nunca omitas el examen de conciencia unido a la oración de la noche.

En el entierro de los presidentes de los Estados Unidos de América todo se suspende durante cinco minutos. Cierran las tiendas llenas de movimiento, los trenes rápidos se paran en plena vía, los hombres en la calle se detienen... Todo queda envuelto en silencio durante cinco minutos para recordar el gran acontecimiento.

Y la educación de tu propia alma, ¿no es deber bastante para imponer algunos minutos de silencio cada noche? Apártate del mundo exterior y haz serio examen de conciencia.

Ni qué decir tiene que has de ser inexorablemente sincero contigo mismo; a nadie podemos engañar tan fácilmente como a nosotros. ¿Qué es lo que verás en el fondo de tu alma?

Muchas veces cosas extrañas. Si te atreves a ser sincero contigo mismo, en más de una ocasión deberás hablar como habló Franklin después de un serio examen de conciencia: «Vi espantado que tengo muchos más defectos de lo que me creía; pero por lo menos tuve la satisfacción de ver que van disminuyendo. Muchas veces me sentí tentado de dejar la cosa (el examen de conciencia); me hacía el efecto como si esta puntualidad concienzuda que exigía de mí mismo fuese meticulosidad excesiva en cosas morales. No obstante, proseguí el ejercicio. Y aunque nunca haya llegado a la perfección completa que con ardor anhelaba, y de que tan lejos me quedaba, no obstante me sirvió este empeño para ser un hombre mejor y más feliz de lo que hubiera sido sin él».

Tú también notarás en ti mismo, por ejemplo, que, debido a tu temperamento, te enfadas demasiado aprisa, o que te inclinas a la pereza, a reírte de los demás, etc. Pues no te tranquilices como

tantos otros diciendo: «Es por demás. Soy así; es mi temperamento. No hay manera de cambiarlo».

¡Poco a poco! Precisamente aquí empieza el trabajo de la educación. Concedemos que no se puede suprimir la naturaleza, mutilarla con violencia; pero sí se la puede ennoblecer, levantar, es decir, se la puede educar. Podemos ejercitarnos en virtudes que se oponen a nuestros defectos, y de esta suerte poner orden en nuestras inclinaciones instintivas y desordenadas.

Sigue cierto orden en la educación de tu alma: en primer lugar, lucha contra las faltas que con libre albedrío y con la mente clara, contra la fuerte protesta de tu conciencia, sueles cometer. Si has puesto orden en ellas, lucha contra las precipitaciones y los descuidos más pequeños, y si has alcanzado victoria aun en este terreno, entonces aplícate a vencer las debilidades más insignificantes.

Si no sabes dominarte, no eres aún carácter acabado. Es superfluo hacer constar que el primer requisito del dominio de sí mismo es el conocimiento propio. ¿Qué tensión soporta la caldera? ¿Cuánto combustible necesita? ¿Qué válvula ha de usarse con más frecuencia? ¿Hasta qué grado está deteriorada la máquina? ¿Dónde hay que ponerle más aceite? ¿Verdad que a estas preguntas sólo sabrá contestar el maquinista que conoce a fondo su máquina?

Te aconsejo, pues, encarecidamente que no busques contestación tan sólo a esta pregunta: «¿Qué pecados he cometido hoy?». Gracias a Dios, muchos jóvenes viven meses y meses sin ningún pecado grave. Hazte también preguntas de este género:

¿Cómo he podido ser tan cobarde, que por miedo a una sonrisa irónica haya negado este o aquel noble principio?

¿Cómo he podido ser tan rudo, que por respeto humano haya hablado de una manera ofensiva de mi amigo?

¿Qué obras buenas, que he dejado de practicar, hubiera podido hacer hoy?

¿En qué hubiera podido ser más noble, más cortés, más puntual, más abnegado, más comprensivo?

¿He hecho algo para ensanchar el Reino de Dios, sea en mi propia alma, sea en la de otros?

Y así sucesivamente. En muchas de estas cosas ni siquiera suele haber pecado; pero cabe muy bien la imperfección que puede destruir la armonía de tu alma.

No temas bajar al fondo de tu espíritu, aunque tuvieras que descubrir en sus profundidades un montón pululante de gusanos asquerosos. Cuantas más veces les dirijas el reflector del examen de conciencia, tanto más aprisa perecerán.

El buen examen de conciencia diario no consiste, pues, tan sólo en echar cuentas sobre las obras del día, sino en procurar descubrir la raíz de cada falta. No sólo determino el mal, sino procuro dar también contestación a esta pregunta: ¿Cuál ha podido ser la causa de que en este caso haya negado mis rectos principios? Hay que encontrar las raíces y destruirlas.

Y en estas ocasiones descubrirás cosas interesantes.

«Hoy me he enfadado tantas veces». ¿Por qué? Una vez porque no me gusta algo en la comida y tuve que comerlo a pesar de todo; después me estorbaron el juego de la tarde, obligándome a estudiar; tampoco he hallado el diccionario y en vano he revuelto todos mis libros buscándolo.

¿De qué te arrepentirás en esta ocasión?

¿Y qué es lo que te propondrás? Ir con cuidado, pero ¿en qué cosas? ¿En el enfado? No. Sino en no ser demasiado comodón y dado al regalo. Esta es la raíz del defecto, la que se ha de extirpar.

«Hoy me he enfadado muchas veces». ¿Por qué? Un compañero reveló en casa que he dicho muy mal la lección de álgebra; y en la calle ha empezado a mofarse de mí un botones. ¿De qué has de arrepentirte? ¿Del enfado? No. Sino de ser demasiado perezoso y egoísta.

Y así sucesivamente con todos tus defectos. Trata siempre de descubrir la causa, la raíz del mal.

Para algunos jóvenes la dificultad consiste en que el desarrollo del carácter no se hace en un día. Estarían dispuestos a resolver en un arranque generoso. «¡De hoy en adelante quiero ser joven de carácter!». Pero no quieren comprometerse al trabajo minucioso, pequeño, continuo, que se necesita para formar el carácter.

Sin embargo, en esto de nada sirve la decisión amplia: aquí sólo cuentan las pequeñas victorias de cada día.

Aún será más provechoso tu examen de conciencia, si después de descubrir la raíz de tus faltas escoges tu defecto dominante y luchas principalmente contra él, durante algunos meses.

Importa saber: ¿cuál es tu defecto dominante?

¿Recuerdas qué gritó Goliat al campamento hebreo? Escoged entre vosotros alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo. Si tuviese valor para pelear conmigo y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere y lo matare a él, vosotros seréis los esclavos, y nos serviréis[66]. Pues bien: tu defecto dominante viene a ser una especie de Goliat. Si lo vences, ya dominas los demás.

Cada joven tiene un defecto capital, del que provienen después todas sus debilidades. El uno tiene un temperamento colérico; el otro miente con facilidad o, por lo menos, «exagera», «recarga las tintas»; un tercero es terriblemente comodón, perezoso; el cuarto se inclina demasiado al sensualismo, etc.

Pues aprovecha la ocasión de la enmienda. Declaración de guerra a tu defecto capital. ¡Pero una declaración categórica! ¡Inexorable! Párate cada mañana en tu rezo y si, por ejemplo, has de luchar contra una ira precipitada, piensa de un modo concreto (naturalmente, para ello bastan algunos minutos) las ocasiones que pueden presentarse durante el día, en que te dejas llevar por la ira: en la escuela, en los descansos, durante el juego, en casa con tus

[66] 1Re 8, 9.

hermanos. Después haz el firme propósito: «Venga lo que viniere, hoy quiero pasar el día sin cóleras, sin precipitaciones. Dios mío, ayúdame a ello».

Durante el día procura repetir la noble decisión que tomaste por la mañana.

Por la noche, durante el rezo, examínate: ¿Has cumplido tu propósito?

¿No lo has logrado? Pues mañana he de ser más fuerte. ¿Lo has logrado? Con alegría da gracias a Nuestro Señor Jesucristo.

En algunos claustros está vigente aún la costumbre de examinarse la conciencia mutuamente. Los religiosos se reúnen ciertos días y cada uno de ellos va enumerando los defectos que ha notado en los demás.

Si tienes un amigo de confianza, tú también puede aprovechar este medio indudablemente muy eficaz, de propia educación. El ojo avizor de otro descubrirá tal vez manchas donde nuestro amor propio todo lo ve cubierto de nívea blancura. Alégrate si tienes un amigo que con amor sincero te avisa de tus defectos.

42. A los pies del Señor

Mi libro va acercándose a su término y te sorprenderá acaso que, después de exponerte todos mis pensamientos respecto a la formación del carácter, haya dejado para el fin el medio más importante: la imitación de Nuestro Señor Jesucristo, modelo sublime de todo carácter humano.

Si crees que lo he dejado al final de todo, te engañas. La necesidad del amor a Dios, el consejo de una vida profundamente religiosa, brilla en cada línea del libro. Pero no he escrito más detenidamente de ello porque después de *El joven de carácter* seguirán otros dos libros, dedicados exclusivamente a meditar las relaciones que existen entre Dios y el alma del joven.

Por otra parte, sentirás sin dificultad en cada línea de este libro que, apoyándose en una base religiosa, resulta más fácil formarnos rectas normas de vida y permanecer fieles a ellas, es decir, «tener carácter».

Has leído a cada paso en este libro el encargo de escoger una dirección determinada, principios de vida, un fin, rectos conceptos, y el consejo insistente de que a ellos ajustes tu conducta. Esta es, debes decir, la dirección de mi vida, y no me desviarán de ella ni lecturas, ni pruebas, ni amigos. Sé que sólo tendré una vida

bella, feliz, si me hago, según las palabras de San Pablo, *vinctus Christi*[67], es decir, si ato mi voluntad a Cristo.

Sólo el que tiene la raigambre de su alma en Dios, y sobre Él edifica toda su vida, puede tener un carácter realmente fuerte.

El ala más vigorosa de la voluntad es la oración, y el medio que da más eficaz auxilio para toda formación de carácter es la vida realmente religiosa; en ninguna parte encontramos un blanco tan seguro y elevado, y acicates tan poderosos para la autoeducación, como en las primeras palabras del catecismo: «Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verlo y gozarlo en la otra».

Tanto adelantarás en el camino del carácter cuanto más te acerques día tras día a la semejanza del ideal sublime de todo carácter…, a Nuestro Señor Jesucristo.

[67] Flm. 1, 1.

43. «*Gaudeamus igitur*»

Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus. «Alegrémonos mientras somos jóvenes», dice la antigua canción de los estudiantes. Y tiene razón. La alegría pura es un medio para fortalecer la voluntad. Es fuente de vigor, es eficaz protección contra el pecado. Lo que haces con alegría te resultará fácil.

La alegría es rayo de sol; y de él brota la vida. Pero el rayo de sol descubre también el moho, la podredumbre, renueva el aire corrompido; la alegría noble tampoco deja lugar a que hablen las bajas inclinaciones que nos inducen al pecado.

Pero cuidado con una cosa, hijo mío; mira qué entiendes por alegría. Es interesante ver cuán diverso es el sentir de los hombres respecto a este punto. Para algunos hombres es alegría sentir en la cabeza al vaho del vino; es alegría la sala de un café, en que el humo del tabaco no deja respirar; las juergas continuas, la inactividad, los paseos, las voces descompasadas, etc.

Pero te creo con otras aficiones. Para ti será alegría el bosque en que se oyen los trinos de los pájaros, el campo que exhala los perfumes de millares de florecillas, el deber cumplido con exactitud y después el juego con regocijo, y el sinnúmero de ratos agradables en que abunda la vida del joven como campo vestido de flores vistosas; sacar de ellos la miel de las pequeñas alegrías es precisamente uno de los deberes más hermosos del arte de vivir.

La alegría verdadera brota sólo de una conciencia limpia y tranquila. Si la conciencia nos acucia y nos remuerde, será vano nuestro esfuerzo por estar alegres. El que buscare en el pecado su alegría, lea la inscripción que hay sobre la tumba de un estudiante en el cementerio de Bolonia: *O quuam fragilis, nosce, ruit voluptas.* «Aprende cuan frágil es la voluptuosidad, el placer».

Con una juventud cuyo ideal es la embriaguez, la juerga prolongada hasta la mañana y el sueño hasta la noche, el derroche del dinero y la inactividad, no podemos esperar un risueño porvenir para la Patria. El pagano Séneca hace constar con aire de reproche que había en su época «hombres que invertían los papeles de la noche y el día, y después de la embriaguez del día anterior sólo abrían sus ojos a la vida normal en la noche siguiente»: *Sunt qui officia lucis noctisque perverterint, nec ante diducant oculos hesterna graves crapula, quam aapetere nox coept*[68]. ¡Quién sabe si no podría dirigirse el mismo reproche a muchos jóvenes de nuestros días!

Malgastan un inmenso caudal de puras y verdaderas alegrías, de nobles entusiasmos, de tiempo precioso, de dinero ganado por otros entre sudores, aquellos jóvenes, dignos de compasión, que pasan sus años de estudio en juergas que duran hasta la madrugada. ¡Quién podría decir cuántos jóvenes de halagüeñas esperanzas han destruido su talento en medio de las borracheras de los años universitarios! El joven que se entrega a la bebida caerá forzosamente; lo consignó ya San Jerónimo al escribir: *Vinum et adolescentia dúplex incendium voluptatis*[69]. «El vino y la juventud son un doble incendio de voluptuosidad». Por esto escribió Salviano en la losa sepulcral del Imperio Romano, tan poderoso un día: *Sola nos morum nostrorum vitia vicerunt*[70]. «La única causa de nuestra caída fue la inmoralidad».

Entiéndeme bien. No quiero verte ceñudo y entristecido, que pierdas toda alegría. ¡De ninguna manera! Sé un joven ale-

[68] *Epis. mor.*, 205.
[69] *Epis. ad Eust.*
[70] *De gubernatione mundi*, I, 7, c. 23.

gre, dichoso, jovial; pero no seas un señorito ligero, vacío, calavera, sin valor.

No te encargo que siempre te las des de valiente y vayas buscando el peligro; pero tampoco quisiera que empezases a silbar de puro miedo al quedarte solo en un cuarto oscuro.

No quiero que seas un acróbata; pero me alegra verte jugar en el agua, cuando te deslizas entre las olas con la velocidad de una serpiente y cuando haces con tal vigor la «bandera» en la clase de gimnasia, que pareces tan firme como el roble.

No te digo que vayas con la cara sombría, pero me gustaría que al reírte pudieras hacerlo siempre con un corazón puro.

Me encantan los jóvenes alegres, vivarachos, vigorosos; siempre me dan que pensar los jóvenes tristes, inactivos, envejecidos antes de tiempo. Los muchachos que tristes se acurrucan en un rincón están enfermos, o de cuerpo o de alma.

Sé, pues, siempre un joven alegre, sonriente, de cuyos labios brota el canto. Y, gracias a un gran esfuerzo, por atención a los demás, cabe, en lo posible, mostrarte exteriormente alegre, cuando el corazón sangra en tu pecho; para esto necesitas una fuerza de voluntad que sobrepasa la ordinaria.

Demuestra aún más valentía si sabes conservar la alegría y tranquilidad interiores, cuando te cerca la tristeza. ¿Estás triste? No. No lo permito. La tristeza no es mi elemento de vida. ¡Al fin y al cabo he de tener tanta fuerza de voluntad que pueda dirigir yo mismo el barómetro del día de hoy y prescribir el tiempo que ha de hacer en mi alma! No me abandonaré nunca a la tristeza.

¿Nunca? ¿Y si he cometido alguna falta? ¿Y si he caído en pecado? ¿Si no me arrepiento antes de la confesión? Ni siquiera entonces debes caer en la tristeza, porque de esa tierra no brotaría vida; no debes lamentarte estérilmente, sino que hasta las mismas lágrimas de arrepentimiento se deben iluminar con el arco iris de la alegría de una vida nueva, más noble, más pura, que te espera después del arrepentimiento.

44. Juventud mía, vuelve y escucha…

Es interesante que los hombres nada recuerden con más gusto que su juventud. Hombres avanzados en edad, hombres serios, se conmueven en cuanto hablan de su juventud.

¿A qué obedece esto? A que los años de la juventud forman la época más hermosa de la vida. De todas las estaciones, la más sugestiva es la primavera, la época del desarrollo, de la floración; y la juventud es la primavera de la vida.

Mira el árbol en su desarrollo. ¡Cómo se despliegan sus vigorosas energías en crecimiento y salud juvenil! Ante el alma del joven se abren día tras día nuevos y nuevos territorios del gran mundo; su fantasía es fresca, su memoria viva, se alegra del presente y va tejiendo continuamente el cuadro de la esperanza del porvenir que brilla con irisaciones de mil colores. Nos parece verdaderamente un árbol rebosante de lozanía que se abre en flor en el mes de mayo.

Es también hermosa la juventud, porque aún no han tocado su alma virginal las mil y mil preocupaciones de la vida.

«¡Vaya si tengo preocupaciones!», objeta alguno de vosotros.

¡Y las lecciones de matemáticas, de literatura!

¡Ah, hijo mío, si nunca tuvieras mayores preocupaciones en la vida! Pero está bien como está. Tienes derecho a que los años de tu juventud no se amarguen con otros desvelos.

Mas la juventud sin inquietudes no quiere decir una juventud despreocupada. Por desgracia, hay quienes se creen que el no tener preocupaciones es lo mismo que ser despreocupados. Son los que no aprovechan bien su juventud y malgastan ligeramente los años que ya nunca vuelven. Y, sin embargo, el que no aprovecha su juventud según los planes de Dios, es decir, para que sirva de preparación a la edad madura, tendrá una juventud que llegará a ser un sueño descabellado en la aurora de la vida, y a la que seguirá en la edad madura un amargo despertar.

Acuérdate de que *ut flos vel ventus, sic transit iuventus,* «nuestra juventud pasa como la flor o el viento».

Lo sé muy bien: «hasta el justo cae siete veces al día», y los jóvenes también caen muchas veces, resbalan y tropiezan en la vida moral. Es triste, pero es muy humano; y esto no quiere decir todavía una juventud pervertida.

Tan sólo me da espanto el porvenir de aquellos que retroceden de una manera cobarde, sin resistencia, ante las malas inclinaciones que bullen en todos los hombres, que saben cuán imperfecta es su alma, pero no les importa; no toman en serio la propia formación.

Mi ideal es el joven de carácter.

El joven que sabe reconcentrar su fuerza de voluntad, que sabe mandar a sus sentidos, que sabe vencer la cobardía y la molicie.

El joven que sabe tener en justa estima su alma inmortal y sabe luchar por conservarla pura.

El joven que educa su sentimiento, educa su alma, y aun después de largos estudios sabe sonreír con el espíritu inundado por el sol.

Mi ideal es el joven que en el estudio es el más diligente; en la oración, el más fervoroso; en el juego, el más alegre.

¿Y cómo deseas ser tú?

45. ¿Qué quieres ser?

¿Qué quieres ser? Así, de momento, tal vez te parezca que me interesa saber la carrera que piensas elegir. No. No pregunto si serás médico, o comerciante, ingeniero o sacerdote, abogado o industrial. A donde quieras que vayas, en cualquier dirección que te empujen tus inclinaciones, tu vocación, las circunstancias, para la sociedad casi viene a ser igual. Pero lo que no es igual es que a donde quiera que vayas, allí seas hombre íntegro y cumplas con tu deber.

Por tanto, al preguntarte ahora antes de despedirme, ¿qué quieres ser?, te pregunto propiamente si has meditado ya cuál sea el fin, el deber del hombre en este mundo. Porque hasta los animales más pequeños, aun el último granito de arena, tienen un fin, un significado y una relación estrecha con el gran Universo. Es difícil descubrir a veces este fin, esta relación íntima; pero ello no obsta para que exista en verdad.

Pues bien: ¿sólo el hombre se quedaría sin un fin determinado? No, de ninguna manera; tiene uno muy elevado.

¿Y cuál es éste? ¿Cuál es tu meta? La gloria de Dios y tu propia felicidad.

¿Qué significa esto? Significa que has de poner en juego todas tus fuerzas para realizar por completo su esencia, el contenido de tu vida.

En otras palabras: has de ser hombre de carácter.

¿Quién es el hombre de carácter? El que sabe luchar firmemente contra todos los males morales.

«Hombre de carácter», católico.

«Hombre de carácter», católico y patriota.

¿Quién es el «hombre de carácter», católico? El que en este mundo falaz y engañador en que nadie muestra su verdadera cara y todos quieren parecer distintos de lo que son procura formar un valor real, un carácter incontrastable.

¿Quién es el «hombre de carácter», católico y patriota? El que demuestra su amor a la Patria, no con palabras, golpeándose el pecho, sino que la sirve con una vida honrada y con el cumplimiento escrupuloso de su deber.

¡Hijos míos! ¡Estudiantes! Trabajad todos para llegar a ser verdaderos «hombres de carácter», que amáis vuestra religión y vuestra patria.

Marco Agripa en la antigüedad levantó un templo espléndido en Roma bajo el nombre de Panteón, y amontonó en él todos los dioses de los países conquistados. Ídolos a cual más extraños reuníanse en el templo, levantado en honor de «todos los dioses», edificado con arte incomparable; y en medio de la pompa de las magníficas columnas corintias y de los tesoros acumulados del culto de entonces resaltaba con deplorable contraste la aglomeración de los ídolos: señal de los tanteos inciertos del alma humana.

Un día, a principios del siglo IV después de Cristo, llegaron viajeros extranjeros a Roma: cristianos venidos de lejanas tierras. El pequeño grupo entró también en el Panteón, y, al echar una mirada a los rostros exóticos de los innumerables dioses paganos, su alma sintió el hálito de una tristeza sin nombre; uno de ellos sacó del pecho un pequeño crucifijo, y lo depositó entre las estatuas de los ídolos gigantescos. La pequeña comitiva salió del templo en silencio...

Pues mira, hijo mío, ahí tienes el símbolo de la lucha del joven cristiano de nuestros días en el Panteón de los ídolos modernos.

Al salir de la escuela y alistarse en la vida, tu alma noble también sentirá el hálito frío de la moderna gentilidad, y notarás que en este mundo, donde no hay sino competencia, afán de lucro o de brillo, en que los unos pisotean a los otros, has llegado a un Panteón pagano, y en él, ante todos los ídolos de muecas atroces, de boca mentirosa, de pulmones insaciables, se inclinan los hombres hasta el suelo; sólo para el culto de Dios verdadero hay cada vez menos lugar.

Y, quieras o no quieras, has de alistarte tú también en esta gentilidad moderna. Has de entrar en el Panteón; pero no has de hacerte pagano. Si tú, hijo amado, llevas sobre tu pecho y en tu alma la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y vives según su espíritu hasta en el mundo actual, entonces también tú depositarás tu diminuto crucifijo en medio de tu pequeña comitiva –tus parientes cercanos y conocidos– y más tarde en tu oficina y en tu carrera. Así despedirás luz, alegría, darás ejemplo; así de «joven de carácter» te harás «hombre de carácter».

46. Triste noche de Año Nuevo

No olvides, hijo mío, el único pensamiento que vibra en cada frase de este libro: en ti está latente un tesoro inmenso; y es: tu alma inmortal.

Obligación tuya es adornar tu alma para que sea lo más ideal posible, lo más hermosa, lo más rica en nobles virtudes.

La vida eterna de todos estará en consonancia con la seriedad y esmero que hayan puesto en el perfeccionamiento de su alma en la vida terrena.

Hay una planta interesante: el ágave. Se cuenta que sólo florece cada cien años, pero su flor tiene una belleza incomparable. Se prepara durante cien años para aquel día de esplendor; reúne fuerzas, va vistiéndose con un trabajo silencioso que nadie nota durante la centuria. Cuando llega la hora despliega los pétalos frescos de su flor y embelesa con su hechizo a los hombres que van a admirarla.

Amado Hijo: Tú también has de ser un ágave en flor. Has de aplicar todas tus fuerzas a alcanzar este único propósito: he de hacer brotar en mí la excelsa flor que se llama carácter.

Soy un árbol que crece.

Soy un capullo que se abre.

Soy un sembrado que promete.

Trabajaré sin cesar durante mi juventud, en mi alma podaré los retoños silvestres; reuniré fuerzas para llegar a ser un hombre de carácter en quien encuentren complacencia los mismos ángeles del cielo.

Hay que redimir el alma, y el precio de este rescate es el combate. Los deseos del cuerpo no se compaginan con los anhelos elevados del alma, y entonces estalla la lucha. La gran lucha por la libertad del alma.

La cuestión es saber quién en la casa ha de ser el dueño: ¿el señor o el criado?; quién ha de tener en sus manos el timón del buque: ¿el capitán o el fogonero?; qué ruta ha de emprender el barco de mi vida: ¿ha de errar entre rocas y escollos, abriéndose una brecha en el costado, padeciendo de continuo, o ha de ir como la flecha despedida del arco, hacia el puerto de la patria?; al final de todo, ¿Dónde ha de atracar el buque?, ¿en las playas de la felicidad perdurable o en la desesperación de la ruina sempiterna?

Pues bien: ¿no vale la pena luchar por un buen fin?

Un escritor célebre, Jean Paul, describe de manera conmovedora la desesperación íntima de un hombre que naufragó en su fe.

En la noche de Año Nuevo un anciano medita solitariamente junto a la ventana de su cuarto; con angustiosa mirada, mira al cielo impasible, brillante, llenos de estrellas; la tierra, silenciosa, envuelta en un manto de nieve. No hay en este mundo un corazón tan árido como el suyo ni alma tan atribulada. El sepulcro se abre ya ante sus pasos; él se encamina a la sima[71], y, espantado, nota que, por bagaje de su vida, no trae más que un enjambre de errores y de pecados; un cuerpo quebrantado por los placeres y un alma envenenada. Como espectros aterradores se arremolinan en

[71] El vocablo «sima» hace referencia a una cavidad grande y profunda en la tierra (es este caso a la tumba) y no a la cumbre de una montaña («cima»). *(N. del Ed.).*

su memoria los días hermosos de su juventud: aquella espléndida mañana de mayo en que su padre le puso por vez primera en el sendero de la vida para él desconocida; aquel momento fatal en que él, un joven de sonrientes esperanzas, pisó, en vez del camino pedregoso, pero apacible, de la virtud, en vez del cumplimiento del deber y del trabajo, aquel otro de la voluptuosidad y del pecado, camino que le prometía el gozo, pero arteramente lo precipitó al abismo. Una pena indecible tortura el corazón del anciano, cuando sollozando, grita en el silencio de la noche: «¡Oh! ¡Si pudieran volver otra vez los años de mi juventud! ¡Oh Padre mío! Colócame otra vez en el cruce de los caminos de la vida, para que pueda escoger de otra manera».

La queja sollozante del anciano se pierde sin respuesta en el silencio de la fría noche invernal. No tendrá ya ocasión de escoger…

Pero tu, hijo mío, estás aún ante el cruce de los caminos. Tú puedes escoger aún el camino recto.

No seas primavera sin flores.

No seas cielo sin estrellas.

No seas joven sin ideales nobles.

47. Escojo

¿Puedo escoger?

Pues bien: escojo.

Quiero ser «joven de carácter».

Quiero vivir de suerte que mis nobles acciones, mis palabras y mis pensamientos puedan revolotear en torno mío con alegría encendida, cual aves canoras[72]. Y después de mis acciones y pensamientos quiero sentir cómo en un abrazo suave atrae mi frente limpia mi mejor Amigo, mi Dueño, mi Padre, Nuestro Señor Jesucristo, y en ella deposita un beso de recompensa.

¡Sí! ¡Yo me pongo al lado de Jesucristo, y nunca le seré infiel!

¡NUNCA! ¡NUNCA!

---

[72] Canoro: Dicho de la voz de las aves y de las personas: Grata y melodiosa. *(N. del Ed.)*.

DESPEDIDA[73]

Joven lector:

Terminas la lectura de este libro. Sus páginas te han sugerido seguramente sanos propósitos, que desde hoy mismo vas a poner en práctica.

Ahora, antes de cerrarlo, respóndete sinceramente:

¿Soy joven de carácter?

¿Me mantengo firme en mis decisiones?

¿Sé decir que no cuando la conciencia me lo exige?

¿Qué obstáculos se atraviesan al cumplimiento de mis propósitos?

¿Soy veleidoso, inconstante, precipitado, incapaz de un pequeño sacrificio?

¿Me privo de aquellos placeres y distracciones que están reñidas con el deber cristiano?

¿Quiero de veras ser joven y activo, caballero, leal, amante de mi Dios y de mi Patria?

Adelante, joven; marcha alegre a la conquista del porvenir. Es tuyo, si fielmente sigues los consejos que aquí has leído.

No te espante o retraiga la pobreza en que acaso naciste y en que todavía vives: en la escasez y en el trabajo rudo se han forjado los grandes caracteres de nuestra raza.

Fray Luis de Granada, el hijo de una lavandera, es el príncipe de los prosistas españoles del siglo XVI.

---

[73] De la edición española.

Pizarro, de guarda de puercos en una campaña pasó a conquista Perú.

¿Y qué decirte de las penurias y cautiverios en que se escribió el Quijote?

En nuestros días, San Antonio María Claret fue hijo de un pobre tejedor; San Juan Bosco, de un humilde labrador; el beato Pío X[74]*, de un modesto empleado de Correos. El gran filántropo y español, primer ministro de Valdecilla, fue de niño un pobre montañés que luego con su talento, trabajo y honradez, labró una fortuna cuantiosa, gastada en obras de beneficencia.*

Adelante, pues: sigue sus huellas, no pierdas el tiempo; trabaja, confiado en tus fuerzas y en Dios. Sé desde ahora mismo joven de carácter.

---

[74] Al momento de la impresión y publicación del libro en su traducción castellana (Madrid, España; 1952) Pío X no había sido aún declarado santo. San Pío X fue canonizado el 3 de septiembre de 1954 por Pío XII. *(N. del Ed.).*


IVE Press